

Fuimos Destino

Veronica BlackSmith





Fuimos Destino

Veronica BlackSmith



Copyright © 2019 Veronica BlackSmith.

Fuimos Destino

Obra registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Málaga.

Registrada también en SAFE CREATIVE.



Todos los personajes y acontecimientos de este libro son ficticios y cualquier parecido con personajes reales, vivos o fallecidos, es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos.

No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc. sin el permiso previo del titular de los derechos de propiedad intelectual.

Aquello que se esconde a nosotros y lo que está por venir, no es nada comparado con lo que hay en nuestro interior.

Me quedé desolada, desamparada, deshecha, desubicada, perdida, ida... no podía creer que Robert había muerto. No ahora. Después de tanta tristeza, penuria y soledad encerrada en mi jaula dorada.

Parecía que después de todos estos años comenzábamos a soportarnos, llegábamos a un entendimiento... Robert no había sido malo conmigo, solamente tuvo un fallo: no era el amor de mi vida, no era Javier.

Ahora esto. Esa maldita llamada desde Londres.

Mi vida se hizo añicos de nuevo, antes de que pudiese percatarme de ello me la habían vuelto a destrozar.

¿Cuándo había perdido la buena fortuna?

Hacía ya tanto de aquello que me entristecí de solo recordarlo. Cualquiera que me viese pensaría que lo había superado, pero como suele decirse: la procesión iba por dentro.

—Buenos días, necesito comunicarme con la señora Sara Scott —requirió una urgente voz al otro lado del teléfono en inglés.

—Sí, dígame —respondí con mi perfecto acento inglés. Tras haber vivido algo menos que la mitad de mi vida en el Reino Unido, casi trece años, dominaba a la perfección la lengua de mi marido.

—Le llamo del hospital St. Andrews, soy el médico de su esposo.

—Disculpe, no le entiendo —pregunté acelerada, pensé que había sufrido un accidente.

—Sí, verás, soy el doctor Johnson del hospital St. Andrews de la unidad de oncología... —realizó una pausas— vamos, el médico que ha estado tratando a Robert...

A este lado del teléfono se hizo el silencio. Esperaba ingenuamente que en cualquier momento otra voz gritase que era una broma macabra de mi marido. Pero esa voz no llegó.

—¿Señora sigue usted ahí...? Lamento enormemente comunicarle que su marido ha fallecido hace una hora.

Recuerdo que el teléfono resbaló de mi mano deslizándose de manera estrepitosa, chocando con el suelo marmóreo de color beige de la casa de verano y desportillándose por una esquina. A pesar del tremendo golpe, el aparato parecía seguir emitiendo algún sonido.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntaba el doctor a miles de kilómetros de distancia en su inglés cerrado de la zona de Manchester.

Estaba temblando. Sola, de nuevo sola, cuando todo parecía volver a encajar. Miré por el ventanal del salón que daba al jardín. Recuerdo a Carmen jugando despreocupada con su abuela. Después de tantos años sin hablarnos, había empezado a perdonar a mi madre. Carmen chapoteaba y saltaba en la recién estrenada piscina con la inocencia de quien no tiene que preocuparse por nada.

Apenas si llevábamos un mes en España. Volver a mi tierra después de tantos años añorándola había sido un sueño cumplido. Me había reencontrado con mi familia, con mis hermanas y sobrinos, mi madre, incluso empezaba a entablar amistad con las familias del barrio. Al menos sabía que durante dos meses al año, en aquella casa sería feliz. Lejos del ruido, las prisas y la contaminación de la city londinense. De nuevo en el acogedor lugar del que fui usurpada.

Robert era agente de bolsa y vivíamos en uno de los rascacielos más prominentes de la capital británica. Cuando nos mudamos allí, tuve la esperanza de que tal vez pudiera ver el liviano sol británico de vez en cuando. Sin embargo, ni siquiera a aquella altura podía sobrepasar la plomiza franja de nubes perennes de Londres que vivían sobre el skyline londinense. Jamás contemplé, a pesar de buscarlo a diario, un sol tan brioso y picante como el de España, al menos esperé encontrar algún tímido y tamizado rayito que animara mi espíritu aquellos primeros días, pero nada, ni siquiera en la planta veinticinco podía contemplarse el sol en un Londres que, rodeado de tanta polución y días nublados, se convertía en un sempiterno paraíso de la humedad.

—Señora, disculpe... —recordé que el médico estaba al otro lado del teléfono. Me agaché sintiendo que la habitación se me venía encima, sentí una terrible opresión en el pecho. Iba a sufrir un ataque de ansiedad. De rodillas, apoyada en el sofá de microfibra que había comprado la semana anterior en Ikea. Alargué mi trémulo brazo y respondí.

—Diga...

—Lamento mucho darle esta terrible noticia. Verá, en el estado tan deplorable en que se encontraba su marido, con sus continuos y terribles dolores, era mejor así... Su situación era insostenible... Créame, era lo mejor que le podía pasar. Ya apenas le hacía efecto la morfina. Encima, la metástasis...

—¿Quiere usted decir que mi marido tenía cáncer? —pregunté perpleja.

¿Cómo era posible vivir tantos años con una persona a la que crees que conoces y que no te hubiese contado nada, cuando durante nuestro matrimonio se quejaba ante el más mínimo dolor de cabeza. Peor aún, ¿por qué? ¿Qué motivos le habían llevado a ocultar su enfermedad y a sufrirla en

soledad? ¿Qué ocultaba Robert?

—Lo siento, no comprendo... ¿No sabía usted nada?

—No.—Repuse al borde de las lágrimas.

El médico se quedó en silencio mascando las palabras y eligiendo con cuidado lo que iba a decir.

—¿Está usted seguro que hablamos de mi marido?—objeté.

—No cabe duda, él mismo nos facilitó este número en España para llamarle, nos lo entregó al principio del tratamiento, aunque dio orden de usarlo en caso de emergencia o cuando ya hubiese fallecido...

—Necesito encontrar un vuelo —reaccioné, práctica, como siempre.

—No se preocupe, solo debe ir a la embajada del Reino Unido en la ciudad española que se encuentre, ellos se encargarán de todo.

—De acuerdo. Empezaré a preparar la maleta, en cuanto termine me dirigiré hasta allí.

—Disculpe, no olvide venir con su hija.

—¿Perdón?

—Sí, los de Asuntos Sociales requieren la presencia de su hija antes de que se celebre el funeral. Comprenderá que en estas circunstancias, el régimen de acogida se verá sujeto a cambios sustanciales. Usted es ahora viuda, su marido era quien trabajaba y aportaba el dinero... el gobierno británico no puede darle un niño a usted en estas circunstancias... Pero no se preocupe, en la embajada británica se lo explicarán todo mucho mejor.

Le colgué estrepitosamente. No podía escuchar más. No soportaba la voz de aquel hombre, que sin ser culpable de nada, había desmoronado mi ya desolada vida. Ahora que empezaba a remontar el vuelo muy poco a poco...

Quise hundirme en el suelo, ahogarme en el poco oxígeno que me ayudaba a continuar.

¿Y si salía corriendo, se solucionaría todo?

Recapitulé mentalmente mientras sentía las frescas baldosas en mi trasero, calando el frío del mármol en mis huesos. Robert había muerto y encima me iban a quitar a nuestra hija: Carmen. Miré por la ventana y deseé tirarme a la piscina, bucear hasta el fondo y permanecer allí hasta ahogarme. Desaparecer...

1.

No esperes a perder a alguien para decirle cuánto lo amas, díselo ahora que lo tienes cerca y nadie te lo impide, ni siquiera la odiosa prisa de nuestro día a día.

Metí en la maleta poco más que mi tristeza, mi dolor y la frustración de sentirme engañada por aquel que había sido mi marido durante casi trece años, desde que era prácticamente una chiquilla. Me sentí desnuda ante los demás, solo por el hecho de todos en Inglaterra sabían más de aquel asunto que yo misma.

No podía explicarme cómo había sido capaz de llevar semejante enfermedad él solo. Tal vez su hermana sí había estado acompañándolo...

Estaba segura que no había sido por el dinero. La casa en España, y el piso de superlujo en Londres estaban pagados. La primera a mi nombre, y el segundo a nombre de los dos... Debía haber otro motivo, pero ¿cuál?

Con lágrimas en los ojos, me despedí de mi madre, que no hacía más que suspirar y sollozar. A estas alturas... *¿Se sentía culpable?* Tal vez los remordimientos... Ella ya había quedado viuda, también joven, ese fue el principio de nuestra desgracia. No quería revivir aquello de nuevo. Había que volver a Londres. Aunque parezca egoísta me quedaba el consuelo del dinero. No volvería a prostituir mi voluntad y mi vida como me obligaron a hacer en el pasado.

El taxi esperaba paciente en la puerta mientras nos despedíamos, miré la vivienda contigua esperanzada con ver a alguien, pero no salió nadie a consolarme. Carmen, disgustada, tiraba de su pequeña maletita, resignada a

otro viaje más. En su corta vida había pasado de orfanato en orfanato y de una casa de acogida a otra sin parar. Por fin parecía que nosotros seríamos sus padres definitivos, pero no, tras esperar varios años de suplicios burocráticos y emocionales, ahora, querían quitármela. Estaba claro que lucharía por ella, era lo único verdadero que me quedaba en la vida. No podía contar con el respaldo de mi marido, el apoyo de mi familia, el cariño de mi madre, ni tampoco con el amor de mi primer y único amor... Ahora ya no tenía nada, sutilmente me habían despojado de todas y cada una de las capas de mi efímera felicidad, hasta dejarme desnuda, desprotegida ante la maldita desdicha, la cual parecía haberme cogido cariño.

Les rogué a los demás miembros de la familia que continuasen disfrutando de las vacaciones, podían hacer uso de la casa cuando quisiesen. Había comida para casi un mes. Nuestra despensa estaba abastecida para Agosto, mes en el que llegaría mi marido de vacaciones. Estaba previsto que Robert, Carmen y yo pasásemos disfrutando del mes de agosto en nuestra nueva casa en España. Yo llevaba desde finales de junio preparándolo todo: pintando la barbacoa, buscando jardinero para embellecer el césped de cara a cuando Robert llegase, compré lámparas, ropa de cama, cubertería, cojines, muebles, todo preparado y ahora... No quería ni volver la vista atrás para contemplar la casa. Tampoco me esforcé por ver si había alguien más despidiéndonos.

—¡Mami! ¿Dónde vamos? —me preguntó Carmen escamada.

—Cariño vamos a Inglaterra.

—¡Tan pronto! Dijiste que no volveríamos hasta después del verano, y todavía hace mucho calor...

—Cariño, papi ha sufrido un problema y nos necesita —fue todo lo que le pude explicar a esa personita de cinco años que me miraba despechada por haber sido arrancada de la piscina de su nueva casa en la Costa del Sol—. No

te preocupes, volveremos, mi amor...

En la embajada nos habían buscado avión, sicólogo e incluso chófer para llevarnos al aeropuerto. Una persona de la embajada, un asistente social, nos acompañaría hasta Londres. Una vez llegásemos allí, ellos se encargarían de Carmen. El hospital y el cementerio no era lugar para una pequeña de cinco años. Me prometieron que volvería a verla, al menos hasta que quedase clara nuestra situación. No le explicamos nada a Carmen sobre lo que pasaría en Londres por miedo a que sufriera un ataque de ira. Por lo visto, la habían separado de varias familias y no lo había llevado nada bien. En cuanto vio aparecer al asistente social, se agarró a mi falda y no se despegó de ella en todo el trayecto hasta el aeropuerto Pablo Ruíz Picasso de Málaga. Carmen era muy intuitiva y se olía que esa escapada a toda prisa de nuestras vacaciones no era normal. Llevaba colgada su cara de culpabilidad, me prometió que se portaría mejor, la pobre pensó que había hecho algo malo.

No sabía cómo decirle a la pequeña que esa noche no dormiríamos juntas en la espaciosa cama de nuestra casa en Málaga, como habíamos hecho durante un mes; ni siquiera en nuestro piso de Londres. Se me partía el corazón otra vez más, si cabía, al contemplar su ingenua inocencia ante el abrupto viaje. Sentía un nudo en el estómago solo de pensar en Robert, el entierro, la tediosa lectura del testamento, su familia... Y encima el trance de tener que separarme de la pobre Carmen, de nuevo tendría que pasar unos días en un centro de acogida. Seguramente lloraría, suplicaría, vomitaría, haría cualquier cosa por ver a su “mami Sara”. Sus aciagos gritos y desconsolados llantos retumbarían en la distancia, con angustia, por encima de los lamentos y los llantos de los familiares y amigos de mi marido lamentando su pérdida.

Me sentí la persona más miserable del mundo. Si aquella mañana que me

había despertado pletórica, feliz conmigo misma y con la vida por primera vez en años, me hubiesen contado lo que se avecinaba... hubiese cerrado los ojos y no los habría abierto nunca.

Existen muchas formas de morir. También los vivos morimos a veces en pequeñas dosis, poco a poco. Sufrimos heridas que nos van sesgando la vida lentamente, pero que cuando ocurren, ya no podemos volver a estar tan vivos como antes. Somos un poco menos personas y un mucho más seres mancillados que vagan por su existencia hasta el fin de sus días.

La asistente social trató de entablar amistad con Carmen pero mi pequeña se cerraba en banda. Cuando la mujer no nos escuchaba, mi hija me decía que no le gustaba esa metomentodo, que seguramente querría llevársela lejos de mí. Le estuve mintiendo todo el trayecto, hasta que el comandante dijo que en veinte minutos aterrizaríamos en el aeropuerto de Heathrow. Entonces, abrochando el cinturón de seguridad alrededor de su cuerpecito por última vez antes de aterrizar, no pude reprimir más las transidas lágrimas, y rompí a llorar. Carmen me levantó el rostro por la barbilla delicadamente y me dijo:

—Mami, no llores. No te preocupes, estaré bien... Siempre lo estoy, soy fuerte.

Se me destrozó el alma al contemplarla y oír sus palabras dándome ánimo a mí, cuando debería ser yo la que le proporcionase aliento y seguridad. No sabía qué decirle, ella con cinco años demostraba más madurez y saber estar que yo: una supuesta adulta desbordada por la despiadada realidad.

—Lo sé mi vida, lo sé —apenas pude balbucir entre sollozos. Una señora que estaba sentada en la misma fila se conmovió por la escena. Pude ver de reojo como sacaba un pañuelo y enjugaba sus lágrimas en él.

—Solo quiero que me prometas una cosa...

—Dime, mi vida ¿el qué? Lo que quieras.

—¡Prométeme que volverás a por mí! Pase lo que pase... Eres la mejor mami del mundo, eres la mejor mami que jamás pudiera desear...

Rompí a llorar sin consuelo en su pequeño hombro, ella me acogió en sus brazos y me permitió que llorara allí, amparada por aquel pequeño cuerpecito hasta que tomamos tierra. Alguna azafata pasó y, al vernos, ni siquiera se atrevió a romper ese momento para indicarnos que debía abrocharme el cinturón de seguridad al aterrizar. Sollozando en su regazo de pena e impotencia, escuchando el latir de su corazoncito, comprendí que acababa de perder a la hija que tantos años habíamos buscado infructuosamente. Mi marido había fallecido y ya no se podía hacer nada por él, pero aquella pequeña, aquel ángel me necesitaba. Tenía que hacer lo inenarrable para seguir protegiéndola el resto de nuestras vidas. Se lo había prometido, y una promesa a un niño es inquebrantable, lo cumplía o jamás volvería a confiar en mí. Poco a poco me recompuse hasta que volví a comportarme de manera racional cuando el avión se detuvo.

En el aeropuerto, la asistente social se encaminó por el largo pasillo de llegadas con otro colega que esperaba a Carmen para obsequiarla con una enorme piruleta. Carmen me dedicó una media sonrisa e ignoró al halagüeño caballero, que se quedó plantado con el regalo. Si Carmen les importase tanto como a mí, hubieran sabido que es la única niña del mundo a la que ni le gustan las golosinas, ni el chocolate; solo lo salado.

Apesadumbrada, me senté sobre mi maleta justo delante de los sensores de las puertas automáticas de llegadas, no podía dar un solo paso más. De nuevo sola, abandonada, abatida, desesperada... Nada comparable a la efímera alegría que había vivido en las últimas semanas. En la zona de llegadas, las puertas se abrían ante mi presencia una y otra vez, pero volvían a cerrarse al

no continuar caminando. Cada vez que las puertas se abrían y cerraban, todas las personas que habían ido a recoger a algún familiar en la terminal uno del aeropuerto podían contemplar a una mujer de unos treinta y pocos años, despeinada, nívea y llorando afligida sobre una enorme maleta color verde pistacho, toda una estampa. El policía, al verme, se dispuso a salir de su garita para socorrerme. Entonces, una mano liberadora, cargada de esperanza, una de esas manos que jamás olvidas en toda tu vida, se cruzó en su trayectoria, la mujer le hizo una señal indicando que ella se hacía cargo de mí.

Sus manos acariciaron con ternura mi desdibujado rostro, limpiando algunas de mis lágrimas. Miré arriba y allí estaba: la cara afable y servicial de mi buena amiga Patricia. Patty, así era como le gustaba que la llamasen, aunque sonase algo vulgar. Patty era de Argentina, estaba casada con un agente de bolsa, Paul, que había sido compañero de Robert durante los últimos diez años en la city londinense. Tanto Pat, como yo la llamaba a veces, como Paul llegaron de Argentina huyendo del corralito y encontraron seguridad y lugar donde quedarse en la ciudad de Londres. Ellos tampoco tenían hijos, pero lo suyo fue una decisión personal. Les encantaba viajar, disfrutar el uno del otro, hacer fiestas, saborear cada ápice de la vida... A veces, cuando hablábamos acerca de no poder tener hijos, no entendía su punto de vista, pero los respetaba. Patricia sabía lo que nos había costado que Carmen llegase a nuestras vidas. Había sido una batalla campal, y ahora, se la habían llevado; a mi niña, pobrecita...

—¡Ey! mi vida, ya está, ya pasó, vamos, salgamos de aquí. Vos no debés de preocuparos por nada. Paul se encargó de todo en el hospital, la familia de Robert está avisada... Pero, ya... mi niña, no llorés más, tranquila, vamos, vamos...

El sincero abrazo de mi amiga me reconfortó mucho más que el de mi

propia madre cuando la había dejado en España. A pesar de tener cuarenta y cinco y aparentar menos, Patty había vivido mucho. Sabía de casi todo y siempre sabía aconsejarme sabiamente, para mí era mi madre postiza cuando estaba en Inglaterra.

3.

La cosa más triste de esta vida es separarte de una persona cuando en realidad no quieres que se vaya, pero sabes que debes hacerlo para que, al menos ella, sea feliz.

No hizo falta ir al hospital de St. Andrews. Paul y Alison, mi cuñada, que era enfermera en el hospital, lo arreglaron todo. El funeral sería en la casa familiar de los Scott, a las afueras de Oxford.

Cuando llegamos al opulento rascacielos de apartamentos en pleno corazón de la city londinense, el señor Jennings, tan atento como siempre, corrió raudo a recibirnos con un paraguas negro. Llovía... De nuevo... Una novedad que lloviznara en Londres en pleno verano. Me acordé de los chapoteos matutinos en la piscina empujadas por los cerca de treinta y dos grados.

El clima de Londres no entendía de vacaciones o época del año. Seguía su curso impasible, al igual que lo hacía mi mohíno destino. Apenas unas horas antes había sido tan feliz...

Era muy tarde y aunque insistieron en que debía descansar antes de realizar otro viaje en coche hacia la casa señorial de la familia Scott en la campiña inglesa, me negué rotundamente y le prometí a Patricia que podrían pasar a recogerme en una hora. Ellos vivían cerca, así que no sería problema.

El vapor de la ducha parecía arrastrarlo todo: la congoja, el vacío, la soledad, hasta los pequeños resquicios de felicidad que había vuelto a sentir después de tantos años. *Trece y medio para ser exactos.* Unos malditos años en los que había vivido una vida robada, una pantomima pactada para sobrevivir y contentar a todos.

Mientras el agua caía sobre mi cuerpo reparando mis entumecidos músculos, se cruzó por mi mente la imagen de mi hija sola en una habitación con más niñas en un centro de acogida. Mis lágrimas saladas se entremezclaron con el agua hirviendo que caía sobre mis pechos, tanto que me quemaban más por dentro que por fuera.

¿Por qué me has hecho esto, Robert? ¿Acaso es esta tu última venganza antes de morir?—me dije medio escaldada bajo el agua que al menos arrastraba consigo algún gramo de desasosiego de mi cabeza. Él, a su manera, siempre había sido muy considerado conmigo, así que no entendía su actitud.

En la finca familiar se encontraría mi beligerante cuñada, una mujer de poco más de cincuenta, amargada y entretenida en fastidiar a todos aquellos que la rodeaban. Por eso solo estaba rodeada del cariño de los únicos a quien no trataba de engañar y subyugar: sus caballos y los canes que pululaban por la finca. Mis suegros habían fallecido hacía algunos años, Alison y Robert eran los únicos hijos, por tanto los herederos. Tarde o temprano mi cuñada sacaría la pungente conversación sobre la herencia, como siempre.

Me repateaba la costumbre anglosajona de dar un festín durante el velatorio. En Inglaterra parecía estar prohibido llorar o demostrar los sentimientos en ese plúmbeo ambiente. El dolor y la pena debían ser privados. Los que asistían al velatorio siempre parecían estar comiendo y bebiendo como si de se tratase de una barbacoa más a la que asistir otro domingo cualquiera. *¿Cómo podían atiborrarse así en momentos tan amargos como estos?* Para nada me sentía identificada con esa tradición, así que no participé de ella, al igual que con tantas otras cosas de los británicos. Por eso, cuando Robert me regaló la casa en España, creí tocar el cielo con las puntas de mis dedos. Al menos una época del año me alejaría de aquella atmósfera sombría y apabullante.

Me sequé el pelo torpemente, topándome con cientos de pertenencias de mi marido. Cada momento que había transcurrido desde su muerte le odiaba más. A mi cabeza volvía una y otra vez la extraña situación. No hacía más que preguntarme por qué había mantenido su enfermedad en secreto, haciéndome quedar como una inútil desinteresada ante todos. Un leve remordimiento se cruzó en mi mente: *Tal vez yo no me había fijado demasiado... Tal vez había sido demasiado egoísta.* Pero ya no estaba entre nosotros y seguía reprochándole cosas... Él, que me había salvado de mi incierto destino en el pasado, condenándome sin saberlo a otro mucho peor si cabía: la cautividad en libertad.

Até mi cabello en una cola alta y los recuerdos del último mes se agolparon de nuevo en mi cabeza. Había sido tan feliz... Aun a sabiendas de saber que esa felicidad era fugaz y yo no la merecía. Sabía que los momentos felices desaparecerían pronto, sin embargo no de forma tan abrupta, no asestándome un golpe mortal. Como siempre, la vida me abofeteaba de nuevo para espabilarme y dejarme claro que yo era una de esas personas que había venido a este mundo a sufrir. ¡Qué hipócrita era la existencia conmigo! Ya lo sabía, ya lo tenía asumido, no obstante, seguía agitándome el hecho de que por castigarme a mí otros tuviesen que pagar. La pobre Carmen pasaría una solitaria noche en la casa de acogida, con otros, que al igual que ella eran niños inocentes de sus propias desdichas. Mi hija recordaría esa noche el cuarto que con tanto mimo habíamos decorado esas semanas anteriores. Sus cortinas de princesa, su cama con dosel, todos sus muñecos, los colores de las paredes... Una lágrima recorrió de nuevo el lagrimal hasta que ya fue tarde y no pude reprimirla, resbaló hasta el lujoso suelo del apartamento y desató el nudo de mi garganta. Sabía que aquel lugar, tan impersonal como conocido, al que había llamado hogar, no era más que un habitáculo de un par de millones de libras donde guardaba mis efectos personales, no me ataba nada a él, no lo

sentía como mío, a pesar de los años encerrada en él.

Rebusqué aquel socorrido vestido de cóctel negro que tantas veces me había sacado de un apuro; esta sería otra más. Tuve que subir al altillo para buscar una rebeca negra, en Oxford haría más fresco. *¡Qué diferencia con España!*

Miré el reloj y me dije que en la costa los vecinos estarían en las puertas charlando, los matrimonios paseando con sus hijos en el paseo marítimo, y yo... Yo estaba a punto de ahogar mi cabeza en el retrete para vomitar del hastío que me producía mi propia vida, destrozada hasta el tuétano como un roído hueso arrojado a la basura por no poder sacársele nada más.

Decir que estaba hundida sería decir algo, estaba desecha. Parecía que me habían arrancado las entrañas, les hubiesen esparcido ácido por encima y, una vez derretidas, las hubiesen vuelto a colocar en su sitio para que continuase con mi vida como si nada.

Realmente no era que no pudiese vivir sin mi marido. Ya hacía tiempo que casi no nos tocábamos, ni siquiera dormíamos juntos. Nuestro amor tuvo un precio. Una vez pagado, desapareció.

Me tumbé en la cama bocabajo queriendo hundirme dentro del colchón, desaparecer del mundo. Recordé entonces el fatídico día en que años atrás mi padre falleció en un accidente en el campo. Por aquel entonces yo tenía diecisiete años, a punto de cumplir los dieciocho, toda la alegría del mundo me embargaba. Empezaba a salir con el muchacho más apuesto de toda la comarca. Él lo tenía todo: metro noventa, ojos verdes que desprendían un halo de misterio, cuerpo atlético, simpatía a raudales y era el joven más cariñoso de todos los que había por el pueblo. Nuestra ilusión por ir a la capital y estudiar una carrera tras aprobar la selectividad iba en aumento. Al enterarme de que había entrado en la Facultad de Magisterio y podría ir a estudiar a

Málaga, a la Universidad, mi felicidad fue completa. Iba a ser la primera persona de mi familia que pisaría las aulas de una universidad. *Si mis abuelos me vieses* —pensé.

Ese verano cumplía la mayoría de edad y pensaba comunicarle a mis padres que en realidad no iba a vivir en Málaga con unas amigas, sino con mi primer y único amor: Javier. Un paso muy arriesgado pues la mentalidad del pueblo continuaba aferrada a la costumbrista idea de la virginidad femenina como prueba irrefutable de ser una persona buena y honrada.

Javier Vidal, así se llamaba, iba a estudiar ingeniería en la facultad del Ejido cercana a la mía. Habíamos visto un piso de alquiler por la zona. El casero no puso inconveniente en que lo fuésemos a compartir. El hombre ya había visto de todo tras años de arrendarlo a variopintos inquilinos de diferentes costumbres. De esa manera estaríamos juntos, y ahorraríamos algo de dinero para otros menesteres. Yo tenía una buena beca con la que podría costear los gastos de matrícula, alojamiento y desplazamientos hasta el pueblo los fines de semana. Mis padres me dejaron muy claro, desde muy joven, que con el ridículo sueldo de agricultor de mi padre, no podría ir a la universidad. Tendría que acostumbrar mis manos a los invernaderos, los aguacates, los mangos y las pasas del terreno. Cualquier cosa por salir adelante. Yo no estaba dispuesta a trabajar para otros más de lo que yo permitiese, así que me partí los cuernos para sacar unas notazas y poder conseguir la liberadora beca. Mis hermanas mayores jamás habían salido del pueblo, principalmente por motivos económicos, aunque tampoco pusieron de su parte al ennoviarse demasiado pronto y dejar claro que deseaban ser unas excelentes amas de casa; eso no iba conmigo. Yo quería salir, entrar, conocer gente, diferentes costumbres y pensamientos, y estaba cerca de conseguirlo. Magdalena no hacía más que reprocharme la suerte que había tenido con la beca, repitiendo que si ella la hubiese tenido, se habría ido lejos, muy lejos, sin mirar atrás. Lo

decía incluso delante de mis padres, sin cortarse. Aunque todos sabíamos que nunca hubiese dejado atrás al borracho de mi cuñado... *Qué bonitos somos todos en la primera juventud y qué horrendos se vuelven algunos con el paso del tiempo...*

Con casi todo preparado para el siguiente curso y el piso buscado a primeros de julio, recuerdo todavía con claridad cómo al girar por la casa recién encalada de mi vecina Anita, escuché a mi madre y mis hermanas llorando en la puerta de casa. Un gran revuelo de vecinos se agolpaba en torno a ellas. Me acerqué rápidamente temiendo que una desgracia hubiese sucedido. No había duda, algo había pasado. Cuando estuve más cerca, un vecino me abordó y me contó que había ocurrido un terrible accidente: mi padre se había matado arando en el campo.

No podía creerlo, por lo visto, la enorme máquina agrícola se había atascado con las piedras. Mi padre, sin desconectarla, bajó para ver qué era aquello que bloqueaba el mecanismo. Tantas veces había hecho la misma operación sin que nada malo le hubiese sucedido, que cuando quitó la enorme piedra que había bloqueado las cuchillas de la máquina, solo le dio tiempo a emitir un alarido que retumbó en las parcelas adyacentes. Cuando los demás agricultores acudieron en su ayuda dicen que no pudieron hacer nada en mitad de aquel dantesco espectáculo. La máquina le había pasado por encima y había seccionado su cuerpo en varios pedazos, casi al instante. No se pudo hacer nada por salvarlo. Pobre papá, qué muerte tan desagradable —me dije— si es que alguna vez la muerte es algo grato...

Mamá anduvo desquiciada la semana después del entierro. Vagaba como ida, aunque trató de ocuparse de todo. La infortunada mujer no levantaba cabeza. Fue un palo durísimo. Papá era quien traía el dinero a casa. Entre el entierro, el campo que no se trabajaba, las bestias que había que alimentarlas,

el banco, etc. Pronto empezó a faltar dinero...

Lo que menos me podía imaginar era que mi propia madre, hasta entonces venerada, se revelase contra mí, y puliese todo el dinero de la beca en pagar a los del seguro, los de la funeraria, el banco y sobre todo en los preparativos de la cercana boda de mi hermana mayor: Magdalena, la muy hipócrita de mi hermana...

—¡Madre, no puedo creer que ya no esté! Fui hace unos días al banco, y la muchacha de la oficina me felicitó porque acababan de ingresar el dinero. He ido a pagar la reserva del piso y la misma chica, avergonzada, me ha dicho que solo quedan trescientas pesetas. —Grité colérica. No podía creer que mi madre hubiese sacrificado mi futuro, mis estudios, después de tantos sacrificios personales, levantándome al alba para ayudar en el campo y la casa como la que más y acostarme a las tantas estudiando. Sabía que mi madre era de la opinión que las mujeres debían servir a sus maridos y esperarlos obedientemente en casa hasta que llegasen como llegasen, pero lo que había hecho con mis humildes aspiraciones de progresar en la vida y como persona, eso fue demasiado. Quise despertar de esa horrible pesadilla. Obviamente todo fue a peor y mi presente se desmoronó como un castillo de naipes en llamas.

Mi madre, casi sin apartar la mirada del escueto guiso, me contestó seca, como de costumbre:

—No había más remedio. Tu familia necesita ahora ese dinero. Tu hermana va a casarse... El banco pide todos los meses. He tenido que adelantarles un año de hipoteca, ya no se fiaban al enterarse de que tu padre ha fallecido...

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —pregunté indignada al enterarme que tendría que costearle el bodorrio a la odiosa Magdalena.

Mi madre soltó el paño y me cruzó la cara de un guantazo. El oído

izquierdo me pitó y por un momento no escuché como mi orgullo y mi integridad se estrellaban contra el suelo.

—¡No seas mal agradecida niña! Ya estudiarás... Si no, trabaja, o haz como tus hermanas; cástate.

—Niña, te la tienes muy creída, eso te pasa por alardear tanto... No entiendes que te debes a tu familia... —añadió la detestable de mi hermana Magdalena, orgullosa de que parte de mi dinero fuese a parar para su boda, en septiembre.

Mi madre había sacrificado la vida de su hija pequeña por salvar las nupcias de la mayor, que casi había quedado para vestir santos. Lloré, pateé, protesté e incluso pensé en marcharme de casa. Todavía era menor, pero me faltaba poco para los dieciocho. De repente Javier se cruzó en mi pensamiento. No sabía cómo decírselo, todos nuestros planes se habían esfumado. De todos modos tampoco podía, había tenido que marcharse con sus padres a Benidorm. Sus tíos maternos tenían allí un apartamento, y todos los veranos iban a pasar unas semanas. Habíamos acordado que no nos veríamos hasta finales de agosto. Nos cartearíamos durante la época estival.

Lo que desconocía en aquel momento de impotencia adolescente era que ya no lo volvería a ver más.

Nosotros no teníamos teléfono. Si necesitábamos llamar íbamos a casa de la vecina. Mi padre nunca fue amigo de que lo controlasen. Así que no pude llamarlo de todos modos cuando los terribles acontecimientos de mi vida se desencadenaron para que nuestros destinos se separasen para siempre.

Grité sobre la almohada de la King size bed del apartamento de la city y me levanté rabiosa. Pat me había dicho que en una hora vendría a recogerme, ya casi había pasado el tiempo acordado. Mi amiga no quería que cometiese una locura, así que solo me dio tiempo de coger un bolso con el móvil y el

monedero cuando el portero llamó por la línea de teléfono interna del edificio. Ya habían llegado. Me miré en el espejo.

¿Había envejecido...? Bastante. En pocas horas me había convertido en una mujer mucho más demacrada y envejecida. Entonces, al abrir la puerta, mientras buscaba las llaves en el bolso, sentí que todo se desvanecía.

¿Me estaba desmayando? Al chocar contra el suelo recordé que desde la llamada telefónica en la casa de España, no había comido nada, absolutamente nada.

Desperté en el sofá contemplando la cara de alivio de Paul y Pat al ver que volvía en mí. Me ofrecieron algunas galletas rancias que encontraron por la cocina y una Coca cola. Una vez me repuse, les supliqué que nos marchásemos en seguida. Ya era bastante tarde y quería al menos velar unas horas el cuerpo de Robert. Durante el tiempo que permaneciese allí tal vez podría averiguar algo más del porqué no me había comentado nada de su enfermedad. Seguía sin entender qué broma macabra era esa. Tal vez su inquietante hermana pudiera sacarme de dudas.

Los verdes campos de la campiña inglesa no me dieron la bienvenida como la primera vez que Robert me trajo allí hacía trece años, cuando desconcertada y tímida no sabía qué hacía en ese lugar. Esta vez nos adentrábamos por el camino forestal de noche. Una oscuridad casi impenetrable rodeaba la gran villa de la familia Scott. Su antepasado había sido barón, pero su enemistad con el rey Jorge VI provocó que le fuese retirado el título, aunque no las propiedades.

Sabía que no estaba preparada para ese momento, nadie en su sano juicio lo

está, lo único que queda en semejante trance era resignarse, no me quedaba más remedio que afrontarlo por poco que me gustase. Cuando llegamos a la casa, muchos coches aparcados en la puerta me dieron una idea de la cantidad de desconocidos que tendría que soportar. Solo los fumadores esperaban fuera para darnos la bienvenida. Habitados al ir y venir de personas, no se percataron de que llegaba la principal doliente del funeral: la viuda. Escondieron sus vasos de bebida al vernos aparecer. Patricia iba tirando de mí a duras penas, yo no quería continuar, sabía que todos estarían allí esperando ver la cara de la pobre viuda, en realidad de la insensible bruja que no lo había acompañado, como era debido, en los últimos días de su enfermedad pues estaba de vacaciones en la cálida costa del sur. Robert había conseguido joderme hasta en el último momento. Una vida sesgada a los dieciocho años, que se proponía seguir destruyendo a los treinta y tres, incluso después de su fenecimiento. Recordé la deliciosa pero triste balada *Impossible* de James Arthur en mi cabeza como vía de escape para marcharme lejos de allí. A Robert no le gustaba *Factor X*, pero lo veía por estar junto a mí en el sofá de casa, aquella canción fue una de las pocas cosas que nos había unido en años.

Volví a recordar el comienzo de mi atribulada vida con Robert. Muy distinto del sosegado entendimiento al que habíamos llegado con el tiempo y que había controlado nuestra sintética unión en los últimos años de coexistencia.

Mi madre había cogido el dinero manchado de sangre que le dio el terrateniente a modo de indemnización por guardar silencio sobre la muerte de mi padre. El patrón, más versado en las pesquisas legales, quiso eludir cualquier responsabilidad civil o penal en cuanto a la muerte de mi buen padre, finalmente lo consiguió el muy cretino. Ese dinero no le bastó a la buena señora, así que se hizo con el de mi beca y lo invirtió en la dote de mis

hermanas. De esa manera pudo casarlas pronto y deshacerse de dos bocas que alimentar. Para mí que pensó: mejor joder a una hija que a dos.

Tan ilusionada había estado yo, y seguía siendo tan ingenua en el prelude de mi madurez, que a pesar de la brutal desgracia de mi padre, pensé en que de alguna manera hallaríamos la forma de que yo acudiese a la universidad. Sabía que mi madre se había portado de forma mezquina, pero que acabaría solucionándolo. Al fin y al cabo era mi madre, debía protegerme a mí también. Mientras yo estaba embebida en esos planes inocentes, tratando de olvidar la pérdida del dinero y revanándome los sesos para salir de aquel atolladero, no vi venir la tela de araña que mi madre había ido tejiéndome a mis espaldas...

Contemplé la entrada de la villa inglesa tan cariacontecida como la primera vez. Hacía trece años, cuando llegué, lloraba por haber perdido a mi padre y a Javier. Hoy lloraba, más por rabia, al incauto de Robert y, sobre todo, me acordaba de mi pequeña Carmen.

Crucé el umbral de la puerta y nada más entrar todos los ojos se posaron en mí. Decir que me sentí desnuda sería decir que me sentí algo. Me fui empequeñeciendo hasta que me obligué a continuar caminando hacia dentro. Como un soplo de aire que refrescase el enrarecido ambiente corrí hacia el fétetro, me incliné sobre él y pude observar su semblante tranquilo y sosegado. Las lágrimas corrieron por mis mejillas, no era de hierro. Después de convivir tantos años con un hombre, se le coge cariño. Robert fue cualquier cosa, menos el amor de mi vida. No obstante, siempre fue atento conmigo y satisfizo todas mis necesidades, siempre se comportó como un caballero. —No te preocupes querida no sufrió. —Irrumpió una voz seca y adusta tras de mí.

Era Alison, la hermana mayor de Robert. Nunca nos habíamos llevado bien. El sentimiento fue mutuo desde el primer momento en que nos vimos. En vez de

encontrar en ella una sustituta a las hermanas que dejaba en España, me topé con una odiosa entremetida, que no dudaba en ponerme en evidencia y hacerme chocar con Robert o su familia. Desde el primer instante supo ver que no amaba a su hermano. Odiaba que él a mí sí me quisiese con locura, por encima de su vida y de su propia familia. Se la llevaban los demonios cuando le quitaba la razón para dármela a mí.

Gracias a Dios se fue sin sufrimiento —pensé aliviada. La ignoré y me alejé del féretro sin poder mantener más la mirada sobre su frío cadáver. Busqué una recóndita esquina en la que marchitarme y poder ahogarme en mis remordimientos. Pat me acompañó hasta un mullido sillón de terciopelo verde, al sentarme, el paño de ganchillo cayó tras mi espalda. No me molesté en ponerlo en su sitio; por muy antiguo o valioso que fuese. No tenía fuerzas casi ni para respirar.

Rápidamente, como impacientes abejas que corren a la miel, acudieron decenas de conocidos, amigos, vecinos y familiares de mi marido a presentarme sus condolencias y a traerme algo de beber o comer. *Sigo sin entender la costumbre lúdico-festiva de los funerales anglosajones*. Rechacé todos los ofrecimientos. Tenía el estómago cerrado y los jugos gástricos subían y bajaban del asco que me producía el lugar, la comida y la situación.

Viuda —pensé— *a los 33, podía haber algo peor...*

Sí, lo había. El destino quería que yo muriese poco a poco, asfixiándome mi desdicha personal. Mi mala suerte volvía una y otra vez. Mi destino maldito se distraía a ratos y parecía olvidarse de atormentarme por un breve periodo de tiempo, pero cuando volvía a atraparme entre sus garras, lo hacía de forma más cruel si cabía; dejándome claro que yo no merecía un atisbo de felicidad.

¿Por qué a mí? ¿Qué le había hecho yo?

Cualquier equivocación del pasado no justificaba ese ensañamiento. La fatalidad ponía a prueba mi resistencia casi a diario, estaba claro que la infelicidad no me dejaría escapar... Aunque en algunos momentos, lograrse engañarme... Provocando ilusiones en mi alma.

Prueba de ello fue que lo había vuelto a ver a los pocos días de llegar a España con Carmen, mientras preparábamos nuestra nueva casa de veraneo. Por azar, la buena fortuna, o la simple casualidad, me había vuelto a encontrar con Javier en Málaga. Sí, mi Javier, mi único y verdadero amor de adolescencia. El único hombre que había grabado sus caricias y besos en mi piel convirtiéndolos en tatuajes imborrables.

“El amor verdadero es el fruto maduro de la vida. Dicen que a los dieciocho años no se le conoce, se le imagina. Yo, en cambio, lo había tenido a mi lado y dejé que se pudriese”

Por la mañana temprano, empezaba a lloviznar como de costumbre en el regio jardín de la familia Scott. Había pertenecido a la familia durante los últimos dos siglos, la vetusta vegetación daba buena cuenta de ello. Una especie de cortejo fúnebre trasladó el ataúd hasta la parte del jardín dedicada a la sepultura de los miembros de la noble familia. Contemplé el sosiego y la paz que exudaba el lugar, envolviéndonos en una atmósfera serena de recogimiento. Sabía que a Robert aquel paraje le infundía tranquilidad cuando estaba vivo. Le gustaba venir de vez en cuando a pensar, analizar sus problemas, y charlar con sus antepasados. No estaría tan mal aquí después de todo, rodeado de los suyos. Robert podría contemplar eternamente la campiña de poetas ingleses como Yeats, o escritoras como Jane Austen. Estuve totalmente de acuerdo en que allí descansase.

Recuerdo que en una ocasión insinuó que yo podría ser enterrada allí en una tumba a su lado, casi le empujé por la ventana del mal rato que me dio al comentarlo. Por entonces, yo era demasiado joven para pensar en la muerte... Además, yo siempre había querido ser incinerada y arrojada al mar Mediterráneo. Había una calita en la playa de los baños del Carmen en Málaga que permitía otear la salerosa bahía de mi ciudad, hervidero de vida marítima y costera. Desde allí podría contemplar todo lo que aconteciese en mi tierra cuando yo faltase. Mi marido sonrió ante mi exaltada respuesta y confesó que estaba bromeando, sabía que aquel verde paraje no era mi lugar. Era como un pez fuera del mar. No me imaginaba en aquel lluvioso prado,

taladrada por el frío húmedo de Inglaterra durante el resto de la eternidad. A decir verdad, yo no imaginaba cuando iba a morir, tenía tantas cosas por vivir todavía... Tanto tiempo por delante... Involuntariamente, volví añorar el sol y la fantástica brisa del mar al atardecer en el Sur de España, en mi tierra. A pesar del fresco húmedo que nos rodeaba casi pude sentir la reconfortante calidez del sol acariciándome con las puntas de sus rayos.

El sacerdote ofició una sentida ceremonia, repleta de toda la pompa destinada a las clases nobles de Inglaterra. No podía olvidar que Robert era descendiente de nobles ingleses y allí el protocolo se tomaba en serio, no como en España que las nobles se visten de folklóricas para ir a bailar a la feria de Sevilla.

Antes de que pudiese darme cuenta, todo había pasado. Todos se habían ido. Se acabó.

—Puedes quedarte en casa si quieres, Sara, —sugirió por puro compromiso la engañosa voz de mi cuñada, concedora de que querría estar en mi propio piso, a solas —esta también es tu casa. —añadió entre dientes.

—No te preocupes, prefiero irme. Tengo que arreglar muchas cosas... el papeleo, lo de Carmen...

—¡Es verdad! lo había olvidado por completo, pobre criatura... qué será de ella...

—¿Cómo? No va a pasarle nada. Carmen es mi hija y pienso recuperarla... —espeté mirándola con fuego en mi mirada. La muy zorra sabía cómo introducir el dedo en la llaga, aún más, en estos momentos de dolor.

—No, querida. Esa niña no es tuya. Tienes que mentalizarte, te la dejaron para cuidarla, y ahora... deberías pensar en sosegartte y retomar tu vida. Eres joven. —Me guiñó.

No podía creer que casi con el cuerpo aún presente de su hermano, me empujase a olvidarlo todo, incluso a que no dudase en buscar una nueva pareja. Alison siempre me había visto como una rival, como una trepa que había llegado con una mano delante y otras detrás a sus vidas para conseguir un rentable botín.

—De todas formas, el día 31 es la lectura del testamento —interrumpió Patricia.

—Sí, lo había olvidado. Habrá variaciones puesto que Carmen ya no estará incluida como heredera...

Respiré profundamente para relajarme y no partirle la cara a mi cuñada allí mismo. Paul se ofreció para llevarme hasta la city antes de que tuvieran que volver los enterradores para sepultar a aquella bruja.

—¡Menuda arpía tu cuñada! —dijo Patricia en el coche.

—No me hables de ella que me enciendo. Espero no volver a verla nunca más, después de la lectura de la última voluntad de Robert. En cierto modo me alegro de no tener hijos que lleven la sangre de esa víbora. Después del testamento se acabó la hipocresía con Alison. Va a enterarse de quién soy yo. Le voy a escupir en la cara los trece años de silencio que he guardado por respeto a Robert. —Sentencié. Ajusté mis gafas de sol para evitar poner de manifiesto mi extrema sensibilidad al derramar alguna que otra lágrima.

—Si quieres puedo quedarme esta noche contigo —se ofreció Patricia.

—No te preocupes, Pat. No me dan miedo los fantasmas... Temo más a los vivos.

—Lo decía porque no quiero que hagas ninguna tontería...

—Para nada... jamás dejaría a Carmen sola... como mis padres hicieron conmigo. Mi pobre padre porque murió, y mi madre... mejor lo dejamos.

Carmen cuenta conmigo y no la defraudaré, para ella yo soy su madre y para mí, para mí ella es todo ahora mismo.

El portero corrió raudo a abrirme la puerta, cogió un minúsculo maletín con algunas pertenencias que Alison me había entregado al salir. Volvió a repetir en varias ocasiones cuánto lo sentía, y me informó que había encargado la limpieza y que hicieran la compra esa mañana por si quería comer algo. Confesó que tampoco sabía nada sobre la enfermedad del señor Scott. Quise decirle que yo tampoco lo había sospechado, y eso que yo era su esposa... Pero las fuerzas me fallaron. Tantas noches charlando con él de los avances en la decoración de la nueva casa desde España, tantas trivialidades comentadas hasta la extenuación: si el color del sofá es muy fuerte, la pared es muy oscura, el mueble de la cocina no cabe, etc. Y el pobre, muriéndose... ¿Cómo no le había notado nada? ¿Cómo pudo engañarme de esa manera? Y... sobre todo ¿Por qué?

Mientras esperaba el ascensor junto al portero del edificio, notaba cómo mis ojos se iban cuajando de lágrimas. Sentí una amarga pena por él, por Carmen, por mí, y por esos maravillosos días anteriores en la costa del sol. Lloré de pura aflicción, pero también de enfado e impotencia por no poder discutir o preguntarle a un muerto los motivos que le habían llevado a aquella insensatez.

El ascensor paró en la planta veinte. Al abrir la puerta de casa y entrar, me pareció que Robert o Carmen correrían a recibirme como lo habían hecho durante el último año. Los dos se adoraban. Tras escuchar cómo se cerraba la puerta, el silencio doloroso fue lo único que me embargó. Me deslicé arrastrándome por la puerta y, sentada sobre el suelo, empecé a llorar. Lloré hasta que no quedó una lágrima en las cuencas de mis ojos.

Como pude, a rastras, alcancé el sofá. Me tumbé en el mullido mueble de

diseño hecho con el mejor cuero en color negro. Alargué la mano hasta la botella de *Bombay Sapphire* y no me volví a levantar hasta que acabé con ella. Al atardecer me dormí. Soñé allí mismo en el sofá con la vida que hasta entonces había llevado. Una pantomima que se había vuelto agradable con la rutina. Sobre todo era feliz por mi hija adoptiva. Incluso creí haber alcanzado una relativa situación complaciente con Robert. Una especie de convivencia llevadera. Después me adentré en una angustiosa pesadilla sobre mi separación de Javier, trece años atrás...

Todos los años, una familia inglesa venía a veranear a la casita de enfrente de la nuestra en el pueblo. El abuelo de esa familia inglesa la había ganado al póker a un pobre diablo del pueblo, que por lo visto se pulía todo lo que tenía a las cartas. Cuando durante unas vacaciones la familia vino a ver la casa, ya no dejaron de regresar todos los años. Unas veces ellos solos, otras con algún familiar, primos o sobrinos. A pesar de ser viejos conocidos eran unos incomprendidos pues casi no podían comunicarse con nosotros. Ese año trajeron con ellos un amigo: Robert.

Por aquel entonces, Robert ya hablaba algo de español aprendido en la escuela. Tenía treinta y cinco años, para mí, un abuelo, los ojos claros como el cielo y la piel tan nívea que al menor rayo de sol se enrojecía como un salmonete.

Cada día, cuando yo llegaba a casa, lo veía sentado en la puerta charlando con madre, cenando algo en la cocina, e incluso ayudándola con algunas tareas y reparaciones. A pesar de su edad, pude atisbar en uno de mis continuos viajes delante de la puerta de casa que todavía era atractivo.

Un día, mi madre nos dejó a solas. Robert era muy cortado. Tras dos o tres vasos de vino, me preguntó qué me parecía él como hombre. Yo le respondí

que tenía novio, no estaba interesada. Él me dijo que hablara con mi madre... Si la oferta seguía en pie, por él aceptaba. Acto seguido se levantó ruborizado y se fue. Al principio no entendí qué quería decir. Pensé que me había pedido la mano o cualquier cursilería del estilo. Recordé divertida aquella fruslería de petición, mientras recogía la mesa.

Cuando mi madre volvió, yo estaba barriendo la cocina. Recuerdo que entró socarronamente hasta la despensa, como si la cosa no fuese con ella, como si no fuese la artífice de las pretensiones de aquel desdichado.

—Madre, ¿qué ha hecho? —Pregunté colérica.

—¿Yo? —preguntó haciéndose la tonta.

—¿A qué ha venido la cena con el tipo ese... el inglés? Sabe que salgo con Javier y...

—Te he solucionado la vida, hija. Daniel, el guiri de enfrente, dice que el Robert ese tiene mucha “guita”, el inglés está “forrao”, y... tú, tú no tienes un duro, no tienes dónde caerte muerta. Se ha encaprichado contigo. La suerte te ha vuelto a sonreír después de la desgracia que hemos llevado.

—Madre, no me hace falta su dinero... Como sea, pienso ir a estudiar a Málaga, con Javier. Usted ha gastado el dinero y buscará una solución. ¡Tiene que ayudarme! —supliqué desesperada.

Mi madre alzó la vista sintiéndose culpable y empezó a llorar.

—¿Qué ocurre, madre?

—El dinero... la beca... Me siento muy mal. Tuve que cogerlo, había que pagar muchas cosas... la luz, el agua, el teléfono, la contribución... la boda de tu hermana precisa mucho...

—¡Se lo ha gastado todo!... ¡TODO! Madre, era mucho dinero... ¿No se da cuenta?

Corrí hacia ella con el estropajo en una mano y el último plato en la otra dispuesta a partírselo en la cabeza. Por suerte mi hermana mediana entró y me detuvo.

—¿Qué ocurre aquí?

—Madre ha gastado TODO el dinero de mis estudios universitarios en otras cosas... Además quiere que me case con el extranjero ese para solucionar su error.

—¿Lo has gastado todo, madre? —preguntó Marisa con rictus serio.

—¡Todo! —respondió entre sollozos.

— ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo podré estudiar? Necesito una solución. ¿Por qué me pasa esto a mí? ¿Por qué? —clamé al cielo.

—Cásate con él... —Sugirió mi hermana Marisa.

—¿Cómo? ¿Con Javier? Imposible. Javier tiene que empezar la carrera y estoy segura que no piensa casarse con nadie hasta que tenga terminados sus estudios de ingeniería.

—Tu hermana no habla de ese mocoso, habla del inglés. El del dinero. Se me heló la sangre. Ahora comprendía qué quería decir Robert con eso de que hablara con mi madre.

—¿Quieres que me case con ese hombre por su dinero...? ¿En qué me convierte eso, madre? ¿En qué? —Pregunté deseando escuchar la palabra de sus labios. Que se diera cuenta qué quería convertirme en algún tipo de mercancía.

—Hija, es un buen hombre... Así podrás prosperar en la vida. Yo no tengo nada que ofrecerte, el banco se va a quedar con esta casa si el mes que viene no pago la hipoteca. Debo mucho y no tengo aval o garantías. Me han dado un

ultimátum. Es tu única oportunidad, hija. Sálvate tú, si no... no sé qué será de ti... de nosotras. Te convertirás en una muerta de hambre, tal vez yo pueda partir a servir al extranjero, aunque a mi edad... ¡Qué desgracia! —gritó llorando.

La cabeza me iba a estallar. Un momento estaba recordando el último beso de Javier, otro estaba pensando en casarme con un auténtico desconocido e irme a Inglaterra lejos de todo y de la vida que había soñado. *¿Se habían vuelto locas?* —Me pregunté.

Tenía que desahogarme y contárselo a Javier. Pero esa noche no pude, era ya tarde. En vez de poder consolarme entre sus fuertes brazos, fui a la habitación a llorar por pura desesperación y por mi mala suerte. Comprendía que mi madre, ahogada por las deudas, hubiese cogido parte del dinero de la beca, pero no esperaba que lo hubiese gastado todo. Recuerdo que esa noche mamá salió tarde de casa, no sé adónde se había dirigido. El cansancio pudo conmigo y me dormí.

A la mañana siguiente cuando llegué a casa de Javier, no había nadie. Entonces, recordé que él y su familia se iban a pasar unos días a Castellón. Estaríamos una semana sin vernos. ¿Cómo pude olvidarlo? Tal vez por culpa del berrinche.

Cabizbaja y desamparada me dirigí de vuelta a casa. Traté de localizarle en Castellón, pero el teléfono siempre estaba ocupado, él estaba en la playa o en mil sitios. Parecía evitarme.

Yo debía tomar una decisión al día siguiente. Robert, el inglés, se marchaba a su tierra y debía darle una respuesta. Mi madre me dejó muy claro que si no aceptaba una oportunidad así, no debía volver por casa.

¿Dónde iría yo entonces? ¿Qué sería de mí?

No podía creer que mi propia madre me estuviese haciendo un vil chantaje.

De todos modos, la boda no sería de inmediato. Iría a vivir con sus padres y más tarde si la cosa cuajaba, nos casaríamos. Tendría tiempo de conocerlo y echarme atrás si así lo decidía. Podía tomármelo como unas vacaciones, me dijo la muy fresca. El candor de la adolescencia me hizo confiar en que podría llevar las riendas de aquel trato. En cuanto pudiese me volvería para España...

Esa fue la peor decisión de mi vida. Mi falta de valor para enfrentarme a mi madre, la desaparición repentina de Javier, la pérdida del dinero de mis estudios... Todo se alineó para que yo aceptara un viaje, en principio de ida y vuelta, que resultó en boda y en un matrimonio infeliz sin descendencia biológica durante trece años.

Jamás volví a hablar con Javier, ni siquiera volví a verle. Necia de mí, creí que en cuanto regresara de su viaje por el Mediterráneo y viese que yo no estaba movería cielo y tierra para averiguar dónde me encontraba. Pensé erróneamente. Ni una roñosa llamada. No volvimos a comunicarnos nunca más. Nuestra historia acabó ahí. Más tarde averiguaría el porqué de su silencio.

En octubre del año 2000 sin que nadie de mi familia asistiese al enlace me tuve que casar con Robert. Todavía un desconocido, mucho mayor que yo, pero que me trató como un verdadero caballero en todo momento. Como una tonta confié hasta el último aliento que Javier aparecería en mitad de la iglesia para impedir esa locura. Jamás lo hizo... Tampoco pude reprochárselo, fui yo la que me marché sin darle explicaciones, sin que se supiese porqué había robado nuestras vidas en común aquella mañana de verano cuando amargamente me marché para no volver. Ni siquiera miré atrás para comprobar si la arpía que había vendido mi cuerpo y entregado mi alma a un desconocido sentía la vergonzosa necesidad de salir a despedirme...

Seguramente estaría escondida llorando su amarga cobardía si es que aún le quedaba algo de maternidad en sus entrañas.

Cada vez que busco respuestas en el pasado, no entiendo cómo pude meterme en medio de ese embrollo sin apenas darme cuenta y cómo fui incapaz de salir de él. Cada mentira me hundía más y más en el fango de mi angustiada y mísera existencia.

5.

“Una de las partes más difíciles de la vida es decidir si te alejas o te acercas un poco más a alguien, sobre todo cuando te va la vida en ello”

La vida, el destino, la casualidad, lo que sea nos trae a veces las situaciones más inimaginables a nuestra vida cotidiana. Cuando menos lo esperamos, todo da un giro.

El tercer día después de llegar con Carmen a la casa de España, yo estaba tratando el asunto de lo que se iba a plantar o a cortar en el jardín para arreglar el estropicio de los anteriores dueños en las zonas verdes del chalet. El jardinero, Antonio creo recordar, me decía que en tan poco tiempo el césped, las buganvillas, la dama de noche o el jazmín, no estarían arreglados. Yo le insistía que para primeros de agosto, para cuando Robert viniese, todo tenía que estar perfecto. Le dije al buen hombre que había convencido a mi marido de comprar una casa en España para que pudiera plantar y cultivar especies que en Inglaterra serían impensables, ahora no podía echarme atrás. La casa tendría zonas verdes para cuando Robert viniese. El hombre me estaba comentando acerca de los setos de ciprés, que haría lo que pudiese con el jardín, incluso que plantaría especies más caras pero de considerable longevidad para que todo estuviese a punto. Debido a las calvas que existían entre unos y otros árboles, el jardín colindante se veía perfectamente. Yo estaba de espaldas y entonces no pude ver que mi nuevo vecino se aproximaba.

Por lo visto, una joven pareja se mudaba pronto tras su boda que se celebraría el mes próximo. Habían comprado la casa hacía un año y la estaban arreglando por el inminente enlace. Pensé que a Carmen le vendrían bien unos

amiguitos cada verano cuando regresásemos.

—Antonio, espero que mi nueva vecina no le convenza y arregle su jardín antes que el mío, al fin y al cabo quien vivirá aquí todo el año seré yo, no se deje engañar por el dinero de los extranjeros, yo le traigo más cuenta —dijo una voz masculina detrás del seto.

Al escucharla, la sangre se me heló, el pulso pareció detenerse ante un maquiavélico eco del destino. Reconocí la voz de un antiguo fantasma del pasado que volvía para martirizarme. Me quedé petrificada sin dar crédito a lo que había escuchado, casi segura de que volvía a ser una alucinación, me obligué a continuar respirando. En cambio, sentí las garras heladas de un escalofrío recorriendo mi piel, el corazón se me paró y todo mi cuerpo se aceleró mientras, incrédula, me volvía para constatar que una vez más estaba siendo una idiota al imaginar que era él. No supe si girarme para hundirme en el pozo de la desdicha una vez más, o esconderme por siempre en él.

Al fin, me giré y el tiempo se detuvo, pude sentir que todo se borraba, se desdibujaba a nuestro alrededor para volver al verano del año dos mil. Mi vecino, mi Javier dejó caer lo que llevaba en las manos. Se quedó tan perplejo como yo. Sus profundos ojos verdes se empequeñecieron para comprobar, como yo, si lo que veía era realidad o un espejismo provocado por el sol de justicia que castigaba nuestros jardines. Tardó varios instantes en reaccionar, su frente se perló de sudor frío, y su boca seca no pudo articular palabra. Estaba en estado de shock, al igual que yo.

Cuando has pensado en alguien todos y cada uno de los días de tu vida durante los últimos trece años, cuando has deseado volver a ver o saber qué ha sido de esa persona, has creído verlo tras las esquinas mil veces, en las noticias, la prensa, y de repente lo encuentras. Todo tu mundo no hace más que desmoronarse como un castillo endeble de naipes que has ido construyendo

con mentiras y engaños personales al cabo de los años para hacerte creer que esa persona ya no te importa. Entonces, lo ves, y sabes que es imposible seguir engañándote: sigues amándolo, como la primera vez.

De nuevo me encontraba frente al amor de mi vida. No nos hizo falta hablar para saber que, a pesar del devenir de los años, estar separados e incomunicados mis sentimientos hacia él no habían cambiado un solo ápice.

Decir que estaba igual de lozano que en el pasado sería mentir. Javier se conservaba estupendamente, yo diría que estaba aun mejor que cuando habíamos sido pareja. Es más, estaba tremendo. El tiempo no le había quitado un gramo de su atractivo. La vida se burlaba de mí colocándomelo al alcance de la mano. Tan solo estábamos separados por unos inconsistentes setos de ciprés y una valla metálica. Aquel portento del género masculino y su porte de Adonis me reblandecieron todo el cuerpo.

—¡Sara! pero...

Javier estaba tan fuera de sí, como yo. Él habría conocido a mi marido Robert en el mes de marzo cuando vino a comprar la casa, pero jamás esperaría que el destino le jugase el mal trago de encontrarse con la mujer que lo había abandonado cuando teníamos dieciocho años, y conocer al hombre que se la robó.

Meses atrás, Robert llegó del trabajo y me dijo que me había comprado una casa en España, así de sencillo. —Mañana voy a cerrar el trato—. Me quedé muda, pero no le quité las ganas. Era mi oportunidad de volver a mi tierra de nuevo. La casa se encontraba a pocos kilómetros de la ciudad donde me había criado, no podía negarme. Me dijo que era para mí y para Carmen.

Por lo visto un cliente lo había perdido todo al invertir en bolsa. Le ofrecía la casa por una nimiedad si le pagaba en efectivo, pero la operación debía

cerrarse enseguida. Así que salió en el primer vuelo de la mañana a España. Al cabo de unos días regresó con las escrituras a mi nombre.

—¡Javier! —suspiré casi sin poder articular palabra. Mis piernas querían correr a abrazarle, pero no me olvidaba que acabaría chocando contra los arbustos y que el sorprendido jardinero estaba plantado junto a mí al igual que los fastidiosos árboles que me impedían correr a abrazarlo. De todas formas habría caído de bruces, pues ningún músculo por debajo del corazón me respondía.

Cuando una piensa que jamás va a volver a ver lo que más ha amado en su vida, y lo vuelve a tener enfrente de ti, sobran las palabras. Lo miré hasta donde me permitió el arbusto. La última década había pasado por él para conferirle un aspecto inmejorable. Lo había embrutecido un poco, lo justo para hacerlo irresistiblemente atractivo. Era obvio que machacaba su cuerpo en el gimnasio. Su oscura mata de pelo no se veía salpicada por un solo pelo gris, y sus ojos eran igual de expresivos y verdes como cuando éramos adolescentes. Un cosquilleo casi olvidado recorrió desde mis muslos hasta la boca del estómago. Era indudable que se conservaba mejor que yo.

—Pero... ¿qué...?

—¿Conocías a la señora Scott? —Preguntó el jardinero, confuso— es tu nueva vecina, Javier.

Noté cómo la mirada de Javier se entristeció al atar cabos. Aquel hombre que rondaba los cincuenta y que había conocido unos meses atrás era mi marido. El hombre que me arrebató de su lado o por el que lo abandoné, según quisiera verse. Él, en cambio, seguía tan lozano y atractivo a sus treinta y dos años. En aquel cambio de pareja sabía quién había salido perdiendo: yo.

—Traté de llamarte... —dije refiriéndome a aquellos días en los que pareció

desaparecer con su familia en Levante. Él me malinterpretó o cambió de tema a propósito. Era consciente que aquel no era buen lugar para hablar del tema. Tras haber mascado y rumiado tantos años una explicación, yo misma era consciente de que no estábamos solos. Tampoco sabía cuál sería su reacción al verme después de tanto tiempo. Tal vez querría salir corriendo o le pidiese al jardinero que subiera el seto hasta una altura inimaginable para evitar volver a vernos.

Todo a mi alrededor daba vueltas, solo sus amables ojos verdes que me penetraban conseguían mantenerme en pie. Sujetándome para no caer al abismo del desmayo, prendida en su mirada aguanté el tipo.

—¡Cuánto tiempo... Sara! —dijo tomando aire finalmente, era obvio que estaba afectado, aunque trataba de disimularlo bien. El tiempo le había proporcionado más tablas en las relaciones personales, sin duda. Años atrás, la timidez le hubiese provocado algún tartamudeo o una caída de párpados para evitar nuestras miradas.

—¡Hola! ¿Quién hay al otro lado? —preguntó la voz sensual de una joven por debajo de los setos.

Entonces apareció algo que jamás hubiese querido ver ni en mil millones de años: una despampanante muchacha de unos veinticinco años, de pelo largo castaño, con un físico impresionante y un par de poderosas razones por las que quise empujar las ramas de los arbustos con gran fuerza y apartarla de allí de un golpetazo para poder hablar con Javier tranquilamente. Mi Javier, al menos lo fue hacía trece años, era ahora de esa morena de ensueño que bien podría haber desfilado para *Victoria's Secret*. Mi gozo en un pozo, *todo perdido* —pensé.

—Esta es su nueva vecina, la señora Scott, parece ser que... —introdujo el jardinero.

—Esta es Cristina —lo interrumpió Javier mirando fijamente a los ojos del jardinero que pareció coger la indirecta y se marchó mascullando por lo bajo.

No he visto a un hombre más chismoso en toda mi vida que aquel jardinero. Aunque sabía que volvería a sacar el tema a relucir cuando volviésemos a encontrarnos, era obvio que quería saber qué nos había unido en el pasado, pero por esta vez se calló y se ocupó de sus asuntos.

—Encantada, Cristina —mentí— yo soy Sara, un placer. —Dije tras los árboles. A ella me costaba más trabajo divisarla, pero veía lo suficiente como para constatar que era un pibón, y la odiaba por ello.

Otra vocecita, aun más aguda y con fuerte acento británico, saltó de la piscina al constatar que aquellos vecinos a los que llevaba tres días esperando habían llegado por fin. En su inglés y chapurreando cuatro palabras en español se presentó:

—Hi! soy Carmen, and you?

—Perdonad, esta es Carmen, mi hija. Aupé a la mocosa de cinco años y ambos se sorprendieron de que Carmen fuese de color. Rápidamente entendieron que era adoptada, pues ya habían visto a Robert meses antes.

Carmen me sirvió de trinchera para refugiarme. No aguantaba la mirada de Javier que no se cortaba al mirarme de arriba abajo incluso delante de su irresistible prometida. Seguramente estaría pensando que vaya cambio tan bueno había hecho. Al poco de las cordiales presentaciones, la nerviosa de Cristina se marchó. Estaba muy ocupada con los preparativos de la casa. Tenía que llamar a los de las cortinas con las medidas del dormitorio de arriba y estaban a punto de cerrar la tienda. Respiré aliviada cuando desapareció tras el seto. Nos quedamos solos.

—Así que te casas... me alegro mucho. —mentí con los ojos cargados por la emoción. Quise decirle: ¡no lo hagas! ¡deja a la *Barbie* y vente conmigo!. Él

trató de excusarse.

—Sí, bueno... ya ves...tú...

—Reitero mis felicitaciones, Javier. Espero que al menos tú seas feliz. —dejé escapar sin darme cuenta, como una estúpida resentida.

Carmen saltó de mis brazos y corrió a la piscina donde la esperaba mi madre con los manguitos. Saciada su curiosidad inicial, ya no había nada que la retuviese allí. La piscina tenía muchos más atractivos que un nuevo vecino, al menos para ella.

—¡Gracias! —dijo de manera seca—.Traté de...

—No te preocupes, todo está bien así. Dejemos las cosas como están.

Mi madre se aproximó con los manguitos. No podía desinflarlos para poder ponérselos a Carmen. Me los entregó y se disponía a saludar al nuevo vecino cuando se quedó muda. Ambos se reconocieron, se miraron, y acto seguido mi madre se giró con los manguitos sin desinflar hacia la piscina, sin decir ni mu.

¿Era yo, o aquellos dos sabían algo que yo desconocía?

—Recuerdo a tu madre, Sara. Todavía da un poco de miedo —rio nervioso, tratando de excusar el comportamiento tan tenso de ambos. Sonreímos, cómplices, por primera vez después de tantísimo tiempo.

Su sonrisa me derritió. Todos mis recuerdos afloraron y quise arrancar la vegetación que nos separaba con mis propias manos con tal de darle dos besos. Recordé todo lo que nos dijimos cuando yo era su chica y él era mi novio. No pude evitar sonrojarme. No podía verle el resto del cuerpo, pero me acordaba de que calzaba bastante bien. Me fustigué a mi misma pensando en Robert, le estaba siendo infiel, al menos de pensamiento. Pero qué podía hacer, Javier había llegado primero a mi corazón y no había dejado un solo milímetro para nadie más. El único hombre sobre la faz de la tierra al que

había amado realmente y estaba frente a mí. No podía hacer otra cosa que desearlo de manera primitiva e irracional.

—Debo marcharme, me ha alegrado verte. —interrumpí—. Supongo que volveremos a vernos ahora somos vecinos. Suerte con la boda. Debo seguir con Antonio y el jardín, el menor de mis problemas con la mudanza. No recordaba que en la Costa del Sol hacía tanto calor... Debo encontrar unos aparatos de aire acondicionado cuanto antes. Pero Málaga ha cambiado tanto en...

—Trece años —concluyó él.

Llevaba la cuenta —sonreí para mí.

Me entristecí al pensar que de no haberme jugado la vida aquella jugarreta, ahora sería yo la que estaría del otro lado de la valla. Sentí unos celos irrefrenables de aquella jovencita.

—He escuchado la palabra mágica cuando he salido por el porche: "mudanza". Y tú sola, ¡Dios mío! a mí me daría algo. —Comentó Cristina, que volvía a incorporarse a la conversación.

—Sara se lamenta del calor, no tiene aire acondicionado y me disponía a indicarle dónde puede comprar uno. —Aclaró Javier, cortés.

—¡Pobrecita! ¡Sin aire! y con la peque, ¡qué lástima! Eso aquí en Málaga es impensable. Javier, ¿por qué no las acompañas mañana a buscar un aire acondicionado?

Yo tengo prueba final del vestido, así que estaré todo el día con mi madre en el centro.

—No te preocupes, eres muy amable Cristina, pero no quisiera molestar. —Dije algo avergonzada. Si esa chica supiese todo lo que yo había hecho con su prometido, estaba segura que jamás me habría dejado a Javier para ir de

compras. Estaba claro que estaba segura de que yo no representaba amenaza alguna.

—Por mí, vale. Así te podré aconsejar sobre algunas cosas de la casa.

—Javier es aparejador. Hazle caso a las indicaciones técnicas que te dé, pero solo a eso, de la decoración no tiene ni idea. Tú, si te dice que un aire enfría mucho, cómpralo, pero que no te aconseje el color o la forma —aclaró—. Bueno, Javier, queda con ella, yo te espero en el coche. Tenemos que ir a la tienda de las cortinas porque esa vieja no se entera... El color verde pistacho y el lima no son el mismo color. Me va a dar algo. Encantada... Sandra. —gritó perdiéndose en la casa.

—Sara —corregí en voz baja.

—Está de los nervios... ¿A qué hora te viene bien?

—No te preocupes, Javier. Esto ha sido una encerrona. No tienes por qué...

—Me apetece mucho charlar tranquilamente contigo y que nos pongamos al día. La última vez ni siquiera nos despedimos...

Bajé la mirada avergonzada. Debía acceder, se lo debía. Al menos una explicación coherente estaría bien. También me serviría para cerrar heridas y, por qué no admitirlo, me lo pedía el cuerpo.

—Bueno... a ver... ¿a las once? —sugerí plenamente convencida.

—Muy tarde, mejor a las nueve y media y te invito a desayunar en un chiringuito de la playa que conozco por aquí cerca, que te va a encantar. Hay que coger fuerzas antes de aguantar una mañana de compras conmigo.

—¡Vale! como prefieras —respondí rendida como una mema.

—Entonces a las nueve y media paso por aquí.

Se sobresaltó al escuchar el claxon.

—Me ha encantado verte Sara, estás genial. Hasta mañana entonces...

—¡Adiós! —suspiré como una fan de *One Direction* mientras veía cómo se marchaba el trasero más perfecto recubierto en tela vaquera. Subió los escalones del porche de dos en dos. *¿De dónde había sacado esa tremenda espalda?*

Me giré con una sonrisa tonta de quinceañera enamorada. No podía creerlo. Javier, había vuelto a ver a Javier. Encima era mi vecino, pared con pared. Definitivamente el destino era un loco con ganas de joder la marrana.

Por otra parte, me alegraba tener que irme de aquella casa después de cada verano. Demasiado sufrimiento verlo con su esposa todo el año. Y escucharlos en las noches de verano con la ventana abierta de par en par... ¡Uf! Insoportable.

He de reconocer que desde que Robert me dijo lo de la casa en Málaga había fantaseado con volver a verlo alguna vez por la feria o cruzármelo sin que él me viese por algún pasillo de un centro comercial. Pensé incluso que en una ciudad tan grande sería difícil o que tal vez ya ni viviese allí. Sonreí ante mi suerte. Mi madre me devolvió una agria mueca desde la piscina, resquebrajando mi ilusión por sentirme viva de nuevo. Su gesto de reprobación me hizo contener la alegría inmensa de haberme vuelto a reencontrar con el amor de mi vida, aquel del que ella me había separado. Volví a dibujar una sonrisa en mi cara, esta vez iba a disfrutar del reencuentro. Al menos podríamos ser amigos, además de vecinos. Yo me conformaba con eso. Al no haber tenido nada durante tanto tiempo, el solo timbre de su voz retumbando en mis oídos de nuevo había sido el mejor regalo de navidad de la última década.

Daba igual que fuese a casarse o que yo ya lo estuviera. No iba a pasar nada ni por su parte ni por la mía. Pero el solo hecho de poder verlo de vez en

cuando, me llenaría de satisfacción. Hacía trece años, cuando me marché a hurtadillas como quien comete un delito, pensé que jamás volvería a verlo. Caprichos del destino, mañana desayunaríamos juntos.

Corrí entonces a rebuscar algo que ponerme entre las cajas de la mudanza.

Contigo no aprendí a soñar, ni siquiera me enseñaste a respirar, pero contigo supe por fin, lo que era amar...

Desperté el día 28 de julio totalmente turbada. No sabía quién era, dónde estaba: España o Londres, si estaba sola o acompañada. Abrí los ojos y todo me sobrevino de golpe, como un alud de nieve barriendo los sueños de adolescencia que acababa de tener. Mi marido muerto en soledad por un cáncer, mi hija de acogida enviada de nuevo a un inhóspito centro, el amor de mi vida a miles de kilómetros a punto de casarse... Sola, abatida, desgarrada. No tenía ni la más puñetera idea de por dónde empezar. Cómo podía arreglar esa calamidad de vida en la que se había transformado mi existencia.

Cerré los ojos de nuevo y pensé, y si... Quité esa idea de mi cabeza. Debía luchar por volver a estar junto a Carmen. Yo era todo lo que ella tenía, a su vez ella era mi verdadero consuelo. La piedra angular a la que agarrarme en esos momentos en los que mi vida hacía aguas y mi destino se iba a la deriva.

El recuerdo de mi hija me hizo recomponerme. Ya tendría tiempo de lloriquear mi desgracia durante el resto de mi vida. Salté de la cama para llamar al centro de acogida. Quería saber cómo había pasado la noche. Necesitaba verla para decirle que todo iba bien, aunque le estuviese mintiendo. Lucharía por ella hasta el final, con uñas y dientes. Las autoridades británicas no sabían de lo que es capaz una mujer española por recuperar a su hija.

La chica que atendió mi llamada me dijo que podía concertar una cita a las 12 del mediodía con el director del centro. Sólo así podría ver a la niña, bajo la autorización y supervisión del centro.

¿Pensaban que la iba a secuestrar?

Por primera vez desde que había llegado me dirigí a mi oscuro dormitorio. Las cortinas debían estar echadas y las persianas bajadas. Miré de reojo y vi que mi maleta estaba tirada en la esquina de la entrada del piso. Debía haberla lanzado allí cuando entré. Continué caminando hasta mi habitación. Tanteé el mando que accionaba las persianas. Apreté el botón y las dóciles persianas del apartamento de lujo fueron subiendo lentamente. La luz fue iluminando el familiar entorno donde había vivido los últimos años. Ahora me parecía un lugar más frío y aún más extraño. Un sitio al que no pertenecía.

Después del testamento y de recuperar a Carmen, pondría el lujoso apartamento en venta. No quería vivir allí más. Aquella jaula de oro me recordaba lo mísera que había sido al aceptar el chantaje emocional de mi madre. Yo también había tenido culpa, también era culpable de mi desdicha. A veces nos obcecamos en culpar al que tenemos más cerca. Tal vez esa persona nos empuje de forma involuntaria o consciente, pero nuestra es la decisión final de saltar o darnos la vuelta y continuar con aquello que hacíamos antes de tomar una fatídica determinación guiados por otros.

Entré de puntillas al baño anexo al dormitorio. Seguía escuchando el motorcillo de las persianas subiendo. Abrí el grifo de la ducha. Lo dejé caer un buen rato mientras me miré en el espejo. Las ínfimas arrugas de expresión se habían transformado en delatores riachuelos de mi nueva situación: viuda. Mientras, el agua caliente, casi hirviendo, empezaba a caer sobre mi cabeza y mis hombros desnudos, purificando y limpiando mi alma a la vez que mi cuerpo.

Recordé el día en que quedé con Javier a solas, después de tantos años. Javier era ese tipo de persona de la que aunque te desvincules por bastante tiempo, nunca desaparece del todo, que espera latente como una pequeña

llama lista para expandirse en tu corazón, ocupándolo todo.

Aquel día de Junio aparecí con unos shorts blancos y un top negro atado al cuello. El tiempo había pasado por mí, pero en cierta manera se había resentido más mi ánimo y mi alegría que mi físico. Me miré al espejo y me dije que estaba radiante. Los tres días anteriores en la playa y la piscina con Carmen habían tostado mi piel que ya de por sí era morena, consiguiendo un color que delante del espejo se mostraba apetecible. Pensé que no estaba mal para reencontrarme con él. Decir que sentí mariposas en el estómago sería ocultar la realidad. Realmente sentía todo un enjambre de abejas revoloteando y picando en mi interior.

Sonó el claxon y vi por la ventana un Audi negro descapotable en la puerta. Llevaba unas gafas de sol *Ray Ban* tipo aviador, un polo blanco que resaltaba su bronceado y unas bermudas cortas color rosa palo. Bajé aprisa, pero sin despeinarme, esperé un instante tras la puerta para no parecer demasiado interesada. Justo cuando salía, recordé aquella pulsera de nácar blanca que tanto gustaba a todos y que resaltaría mi color moreno. Carmen no estaba, se había ido a dormir con mi hermana y mis sobrinos la noche anterior. Así que tenía toda la mañana para mí sola y para babear delante de Javier.

Cerré con cuidado ya que la puerta era nueva y no debíamos darle muchos portazos. Había que cambiar algo de la cerradura. Subí los escalones y antes de que me divisara por el espejo retrovisor, allí estaba yo, apoyada en la puerta del copiloto.

—Buenas, ¿llevas mucho aquí? —pregunté como si no supiese cuando había llegado.

—Vaya, ¡guao! estás... ¡Increíble! ¿Dónde está la señora mayor inglesa de ayer? —preguntó para chincharme como solía hacer en el pasado. Abrió el

coche desde su asiento y me pareció que no había pasado un solo día sin estar a su lado. Mientras me situaba en el asiento del copiloto, me percaté que escaneaba mis tostadas piernas.

—¡Dos besos! ¿no? —Preguntó pasmado.

Se aproximó a darme dos castos besos. Al fin y al cabo no nos habíamos saludado formalmente en trece años. Olvidé que en España somos mucho más besucones. Al aproximarse, me rodeó ligeramente con sus brazos y sentí su olor corporal característico de nuevo. Aquel que había querido evocar en tantas noches de soledad acompañada por Robert. Todos, y cuando digo todos me refiero a todos los vellos de mi piel, se erizaron. Quedé extasiada con aquellos dos besos lentos y pausados en mis mejillas. Sentí incluso como su barba de un día rozaba mis pómulos, electrizando el ambiente. Javier se demoró al apartarse, parecía querer estar cerca de mí. Le miré a los ojos y descubrí ese brillo que desprendían como cuando éramos adolescentes y se acercaba a mí con el ímpetu de la temprana juventud. Tan solo nos habíamos rozado y ambos redescubrimos lo que ya sabíamos: seguía habiendo química entre nuestros cuerpos.

Desayunamos en el chiringuito que Javier había sugerido. La brisa del mar llegaba hasta nuestra mesa añadiendo un olor salado y excitante a nuestro reencuentro. La mayoría de las personas del chiringuito eran parejas que parecían acostumbradas al cotidiano placer de abandonar el ayuno junto a la persona con la que seguramente se habían levantado. Desgraciadamente ese no era el caso. Los camareros le reconocieron en seguida y nos dieron la mesa más cercana a la orilla de la playa. Todo parecía idílico hasta que los mensajes de Whatsapp de su prometida empezaron a interrumpirnos a cada instante.

—Perdona, es Cristina, ya sabes... está histérica con la boda.

—Es normal, yo también lo estaría. ¿Cuándo os casáis?

—El día 23 de agosto, en la iglesia de San Francisco. —Anunció tecleando un Whatsapp para Cristina.

—Pues mucho me temo que te esperan casi dos meses de histeria...

—Eso parece. —dijo acercándose un poco más.

El camarero llegó con los cafés y los panecillos. Había echado de menos la peculiar manera de pedir cafés en Málaga y esos bollitos de pan con jamón cocido, mantequilla y queso

—Pero... cuéntame qué ha sido de tu vida, desapareciste sin dejar rastro... —preguntó sin vacilar.

Quise replicarle. Decirle que le llamé un centenar de veces, que incluso desde Inglaterra traté de localizarle y pedirle que me sacara de esa locura en la que mi madre y Robert me habían embarcado. Que él también desapareció desentendiéndose de mí. Habían pasado algo más de trece años, ahora era momento de volver a ser amigos, no era tiempo de reproches. Por lo menos había vuelto a verlo y ahora estábamos juntos. Tantas noches había escuchado su voz en sueños... Había recordado nuestra primera vez, había vuelto a sentir sus caricias inexpertas por todo mi cuerpo... Cada vez que había escuchado su nombre en las noticias o por algún casual en boca de algún turista español por Londres, había sentido el vértigo de una montaña rusa y la tristeza de no poder volver a verlo. Ni siquiera había conservado una fotografía. Reconozco que busqué en una ocasión en *Google* su *Facebook* pero estaba bloqueado para desconocidos y como fotografía de usuario tenía una paradisíaca foto de una playa caribeña.

Contemplé sus ojos más verdes e intensos al estar cerca del mar. Quise pensar que el enigmático color se debía a mi compañía, pero seguramente

sería el mar Mediterráneo el que provocaría ese efecto de mil destellos diferentes en tonalidades verdes que reflejaban esas dos profundas esmeraldas. Sus pobladas cejas oscuras y esas pestañas rizadas hacia el cielo enmarcaban el más perfecto rostro masculino que pudiese iluminar el corazón de una mujer.

—Verás... —no sabía cómo empezar, así que me salté lo más crudo: los meses después de marcharme—. Me fui a Inglaterra para mejorar el idioma. Robert, mi marido, veraneaba en casa de unos vecinos y me ofreció la posibilidad de trabajar en casa de unos amigos suyos como *Au pair*. Así que al ver que tú te habías marchado de vacaciones... y no respondías a mis llamadas, decidí marcharme medio enojada —miré hacia abajo al escucharlo, parecía sentirse culpable en parte. Aunque realmente yo era la única responsable del drama de mi vida—. Pensé que unas semanas allí me ayudarían a mejorar el inglés y ahorrar algunas libras para cuando volviese a estudiar en septiembre. El verano pasó y... no me decidí a volver. Decidí tomarme un año sabático cogiendo soltura con el idioma y cierta experiencia laboral, como seguía sin saber de ti... En Inglaterra me concedieron una beca de estudios para estudiar magisterio de Educación Infantil, así que no pude rechazar la oferta. Estudios gratis y trabajo asegurado, aquello era una bicoca.

Quise volver a repetirle cuántas veces le había llamado, incluso desde el Reino Unido, pero seguía con su mirada perdida en el horizonte. Los ojos parecían empañarse de emoción al escucharme. Se puso las gafas de sol aludiendo al sol que estaba empezando a rodear la cala donde estábamos desayunando, invadiéndolo todo, coloreando nuestros corazones, por primera vez juntos después de tantos años.

—Robert era al único que conocía allí y fue muy amable conmigo. No fue amor a primera vista, por supuesto, pero... una cosa llevó a la otra y...

—Te casaste —añadió.

—Me casé al cabo de un tiempo —le mentí— no quería admitirle que me casé forzada por mi madre, y que me tuve que marcharme porque no teníamos un duro y que todo el dinero de la beca se lo había gastado en saldar deudas. Me había amenazado con echarme de casa, y yo no quería ser una carga para nadie, menos para él. Javier tenía toda la vida por delante y yo no podía ser un lastre. Tal vez me sacrificué, pero su silencio de entonces me llenó de dudas, haciéndome ver que pudiera ser que aquel amor que yo sentía no era correspondido por igual.

Ahora pensaba que tal vez había sido muy cobarde al no querer poner a prueba su amor. Quizás lo hubiese dejado todo por mí, o no... Entonces, ¿qué habría hecho yo...? Habría llorado desconsolada su falta de compromiso y su inmadurez. Yo no quería que sacrificase su vida por los dos, ya lo hice yo por él. Algunos lo llamarían prueba de amor, yo lo llamo cobardía. Ahora al ver que todo le iba tan bien... me alegraba de mi decisión, aunque en gran parte deseaba que la compañera de esas alegrías fuese yo.

—No pudimos tener hijos, mi marido...—me apresuré a decir, como para que no creyese que yo... Bueno para que... no sintiese tanta lástima de mí.

—Entiendo. Está claro, deduje que Carmen es adoptada...

—No eres muy ingenioso, ya que Carmen es mulata —dije tratando de picarlo— lamentablemente Carmen no es hija nuestra todavía. Está con nosotros en régimen de acogida. Llevamos un año con ella, pero todavía no es definitivo. Espero que pronto esté para siempre conmigo. Es una niña despierta, lista y encantadora. La pobrecita ha sufrido mucho de unos brazos a otros. Sus padres murieron en un accidente y nadie se hizo cargo de ella, sus familiares eran de una isla caribeña perdida, así que creo que ni los localizaron.

—Pobre chiquilla, ha tenido suerte de encontrarte, siempre fuiste muy dulce con los niños... y los mayores... —sonrió y le dio un sorbo a su café.

Me sonrojé como una niña al escuchar el cumplido. Cogí la taza de café para tapar parte de mi rostro.

—Háblame de ti, Javier. ¿Estudiaste?

—Sí. Estudié Ingeniería en Granada. Al final... ya sabes, aquella universidad era mejor, había más ambiente estudiantil y... eso me llevó a terminar la carrera en seis años más uno para el proyecto.

—Vamos, que te lo pasaste en grande. —añadí derritiéndome al contemplar esa sonrisa de dientes blancos y perfectos.

Esos labios mojados de café que se relamió para borrar cualquier rastro del café eran... un pecado a escasos centímetros de mi boca. Yo siempre me he considerado una mujer de principios, y jamás en tantos años de matrimonio había tenido un desliz o un pensamiento impuro con otro hombre. Pero Javier era diferente. Ese hercúleo dios griego frente a mí estaba poniendo a prueba mi coraza de esposa fiel. En varias ocasiones deseé agarrarlo por detrás de la nuca, enrollar mi mano en su recio pelo moreno y atraer su boca hacia la mía. Después, besarlo muy, muy lentamente hasta que nuestras lenguas se fundieran en una, nuestras bocas se secasen de tanto buscarse y me rogase separarse para poder respirar. Yo también me puse las gafas para poder contemplarlo con mayor detalle y libertad. Lo había vuelto a sorprender mirando mis piernas tras las lentes de sus gafas de aviador.

—Pues sí. Lo pasé bien. Al cabo de unos meses tras terminar la carrera empecé a trabajar en una empresa de construcción de Granada. Después, abrimos una sucursal en Málaga. Cristina, la hija de mi jefe, y yo nos trasladamos aquí. Al principio hemos vivido en un pisito de mi suegro, pero ahora que las cosas no nos van mal pese a la crisis, nos hemos metido en la

fabulosa casa que está junto a la tuya. Por cierto, qué casualidad ¿no?

—¡Y que lo digas...! El mundo cada vez es más pequeño, más globalizado, a veces me da miedo pararme a pensarlo.

—Cuando conocí a tu marido y me habló de ti... pensé que cuando llegase su esposa se trataría de una inglesa de cincuenta y tantos, de esas horteras y piel blanca que se pasaría el día tratando de tostarse al sol como una gamba. Cuando te vi ayer, te prometo que casi me da algo. No podía creerlo.

—¿Tanto he cambiado...? Hubo un tiempo en que te parecía interesante. — Añadí consciente que acababa de cruzar una peligrosa línea roja. Él, extrañado, me miró fijamente bastante sorprendido por mi repentino juegucito.

—Perdona, pero con 18 años estabas hecha un bombón —dijo para picarme, entrando al trapo.

—¿Quieres decir que ahora no? Vale, vale, no intentes arreglarlo.

—No, quiero decir que...

—No te preocupes, Cristina es una chica de bandera y... mucho más joven...

No sabía a cuento de qué venía esa pérdida de papeles, debía disimular o descubriría que me seguía atrayendo locamente.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, eso, más fácil de manejar, ¿no?

Se quitó las gafas y entrecerró los ojos de la misma manera que hacía cuando se quedaba sin argumentos y sabía que le había dejado KO.

Terminamos el desayuno, y nos montamos en el Audi con rumbo a Málaga, ansié que esa mañana de compras no terminase nunca. Cuando daba la vuelta al coche, tras cerrar mi puerta, le vi apagar su *iphone* con disimulo. Era todo

un caballero pero a la porra con su prometida. Parecía que no quería que nadie nos interrumpiese. Yo aproveché y lo puse en vibrador, por si mi hermana me llamaba por algo relacionado con Carmen.

Mientras conducía por la autovía y gritaba para que yo le escuchara acerca de las cualidades de un aire acondicionado u otro, apoyé mi brazo en la esquina superior de su asiento. Él al ver mi cercanía, no se inmutó, parecía complacido. Su ego se elevó y en un par de ocasiones dejó la mano en el cambio de marchas rozando mi desnudo muslo al viento, por debajo de los shorts.

¿Qué significaba eso? ¿Estábamos tonteando? Tal vez era yo que me imaginaba cosas después de encontrarme con él cuando jamás pensé que volvería a verlo. Su rostro no había cambiado apenas a pesar de los años. No había olvidado nada de los rasgos característicos de su cara, ni de su cuerpo... esa pequeña cicatriz en el bajo vientre vino a mi memoria al mirarle el torso. De pequeño le habían operado de una hernia justo encima de donde acaban los abdominales inferiores y comenzaba lo prohibido de su masculinidad. Me abandoné a recordar aquellos momentos íntimos, gracias a que el aire que entraba por todas partes en el descapotable no pudo percatarse del rubor que mis mejillas experimentaron. La brisa me ayudaría a refrescar los ánimos hasta que llegásemos.

No soy tan buena, no soy tan perfecta, solo que contigo a mi lado, siempre trato de ser la mejor mitad de mí.

Salí de la ducha no sé cuanto tiempo después de haber entrado. Encontré mi suave albornoz y me enfundé en él para salir del baño. La sensación suave, y el olor familiar me reconfortaron. El teléfono tenía mil mensajes, los borré todos. No quería, ni podía devolver llamadas para narrar cómo había sido el entierro u otros detalles escabrosos. Aquel que quisiese de veras hablar conmigo lo volvería a intentar, aquellos que sólo hubiesen llamado por compromiso... no lo volverían a hacer pues ya habrían cumplido.

Reconocí los ahora extraños aunque familiares rincones de mi dormitorio. Toda la ropa en el armario de Robert esperaría de momento allí colocada, debía donarla a la beneficencia o algo. Esperaría hasta el testamento por si quisiese que lo entregase a alguna ONG determinada. Abrí mi armario. Las prendas de invierno me daban la bienvenida. Me había llevado todo lo alegre y de colores vivos a la casa de la costa, pensaba dejarla allí para siempre. No me imaginaba con esa ropa en el clima de Londres. Finales de julio y necesitaría una rebequita, con suerte jamás volvería a sentir esa incómoda sensación de coger tres prendas de vestir diferentes “por si”.

Miré por el ventanal cómo el enojado cielo gris comenzaba a salpicar los edificios de gotitas demasiado efímeras como para calar en la pared de los altos edificios de la city. Nublado y chispeando, vaya novedad. Recordé cómo el sol me había picado en la nuca y los hombros durante el paseo en el cabrio de Javier. Qué diferencia. Caí en la cuenta de que me había vuelto a marchar

precipitadamente sin despedirme debido al fallecimiento de Robert. A pesar de que él me había rogado que no volviese a hacerlo... Volvió a repetirse la ironía de nuestras vidas.

Contemplando mi ropa descubrí que casi toda era en tonos grises, marrones o negros. Demasiado sombría y plomiza para una mujer de treinta y poco, pero perfecta para una viuda que era en lo que me había convertido. Había estado vistiendo como tal sin serlo. A veces el subconsciente nos juega malas pasadas.

¿Tan amargada había vivido...?

Entonces lo vi, a través del espejo interior del armario ropero. Vi un objeto blanco sobre la cama. Me giré rápidamente y descubrí que alguien había dejado un sobre allí a propósito, para ser descubierto nada más entrar en la habitación. Cómo no me había percatado de él al adentrarme en mi dormitorio. Seguramente habría sido la botella de *Bombay* y mi cansancio lo que me habrían impedido verla. Me acerqué hasta el sobre. Estaba cerrado. Le di la vuelta y comprobé que era la letra de Robert y que estaba dirigida a mí. La habitación me dio vueltas, tuve que apoyarme en el borde de la cama por miedo a desmayarme.

¿Una carta de despedida...?

El sobre era de buena calidad. Comprobé su grosor al abrirla. Despacio, con cierto miedo a lo que me pudiese encontrar, fui sacando el papel.

¿Por qué no había querido contarme lo de su enfermedad? ¿No confiaba en mí? ¿No me quería? ¿No creía que fuese a estar a su lado en un momento tan nefasto como ese?

Mil preguntas de reproche se agolpaban en mi cabeza mientras el papel blanquecino salía del sobre. Desdoblé las hojas con delicadeza, como si

estuviese tratando con una reliquia, al menos había ocho páginas manuscritas. Parecía un relato en vez de una breve epístola despidiéndose o aclarando los motivos por qué me había mantenido oculta su enfermedad, que era lo que había esperado al abrir la carta.

Buenas amor,

Sara, ante todo no me odies. Te conozco y sé que no me perdonarás que te haya mantenido oculta mi enfermedad. No ha sido culpa tuya, sé que me habrías apoyado hasta el final. Pero no quería que un ser tan bueno como tú sufriese esta angustia con corta fecha de caducidad. Gracias a Dios he tenido tiempo de arreglarlo todo para vosotras, solo le pedí eso al cielo dondequiera que se encuentre. Le pedí que me diese tiempo suficiente para enmendar la vida que te robé.

Las primeras lágrimas corrieron por mis mejillas sin permiso abriéndose camino hacia el papel. Tuve que agacharme y rebuscar unos pañuelos en un cajón de la mesita de noche. Había pasado por todo aquello solo por no hacerme sufrir, él era quien se estaba muriendo y se preocupó por mí hasta el último resuello.

Te preguntarás desde cuando sé que tenía cáncer, y no cualquier cáncer, uno de los peores. Fue las pasadas Navidades, nuestras primeras navidades con la niña. Las primeras navidades en 12 años que te he visto feliz. No podía estropear eso. Ni Carmen, ni tú os merecáis unas Navidades tan tristes.

Llevaba encontrándome en el trabajo bastante mal durante un par de semanas antes de Navidad. Era algo raro, distinto. Parecía fatiga o estrés, pero algo dentro de mí me decía que esta vez era algo serio. Un compañero me acompañó al hospital una mañana que sufrí un vahído cuando hablaba por teléfono. Cuando llegó me encontró tirado en el suelo. Al regresar del

baño había escupido un poco de sangre y me asusté. Los resultados de la analítica llegaron a la semana. El médico me había dicho que no me preocupara, que la sangre podía deberse al esfuerzo al vomitar, pero que debíamos descartar otra cosa más grave. Al cabo de un par de días, el propio doctor me llamó al trabajo y me dijo que fuese a verlo con urgencia. Le dije que estaba trabajando y él me respondió que lo dejase todo, se trataba de mi salud, algo mucho más importante.

Corrí en taxi hasta el hospital. Su llamada me había asustado. Pensé en llamarte, pero luego recordé que la semana siguiente era Navidad, y no quería amargaros las fiestas con una operación o algo por el estilo. Al recibirme en su consulta, su semblante era muy serio, parecía dar rodeos, hasta que le pedí que me contase la verdad. Me dijo sin más preámbulos que tenía cáncer y me quedaban dos meses de vida, a lo sumo. No pude creer lo que ese hombre me decía, iba a morirme y yo no podía hacer nada por evitarlo... Yo que lo tenía todo, yo que era buena persona, yo que estaba empezando a disfrutar de la vida y recogía los frutos del duro trabajo, con una familia estupenda. Lloré desconsoladamente por pura impotencia delante de otro hombre, jamás había hecho eso en mi vida, ni siquiera en el entierro de mi padre, sabes que no soy muy emotivo.

Sonreí para mí.

Entonces reaccioné práctico como suelo hacer tras analizar las variables y posibles soluciones. En vez de perder el tiempo en un segundo diagnóstico, decidí hacer lo imposible por pasar más tiempo con vosotras y arreglarlo todo para cuando yo no estuviera. Le pedí, le supliqué que me prescribiese cualquier tratamiento efectivo, aunque fuese experimental, pero que alargase un poco más mis días de vida. No podía dejaros desamparadas. Tras pensarlo un buen rato descolgó el teléfono al ver que permanecía

impasible frente a él en su consulta. Finalmente me aseguró que me incluirían en un programa de un grupo de fármacos que alargaban la esperanza de vida un poco más, un mes más tal vez, pero que era muy agresivo, prácticamente me haría sufrir más que el propio cáncer. Le supliqué que me incluyese. Un mes no es nada para quien tiene salud y piensa que vivirá eternamente. Cuántas veces lo había malgastado yo, esperando la siguiente nómina... En aquel momento pensé que me iba a morir en dos meses, así que entrar en ese programa supondría aumentar mi esperanza de vida bastante. Finalmente me incluyó y he durado el doble ya: seis meses.

Pobre Robert —pensé. Llorando a lágrima viva comprendí que me había dado la lección de nobleza más grande de mi vida, ante eso no podía estar enfadada, jamás. Antes que pensar en él mismo había pensado en nosotras. Ahora estaba rabiosa conmigo por no haberme dado cuenta de su estado y de la bueno que había sido.

Al comienzo de mi tratamiento tuve que empezar a maquillarme un poco para que no notaseis nada. Un día, rebuscando entre tus cajones de las pinturas, cayó en mis manos un librito azul por accidente: tu diario. Sabía que tenías uno. Jamás osé abrirlo o leerlo mientras estuve sano, me daba mucha grima y vergüenza. Pero en mi obstinación por hacerte feliz cuando ya no estuviese contigo, me aventuré a leerlo. Te pido perdón por ello. Pero gracias al diario comprobé la terrible añoranza que tenías de tu tierra: España. Así que decidí vender unas tierras al Norte de Londres y comprarte una casa en propiedad solo para ti, para cuando yo no estuviese. Así podrías regresar a tu tierra de donde yo jamás debí haberte arrancado.

Me mordí el labio angustiada. Sabía que si había leído el diario, habría descubierto mis sentimientos más íntimos.

El recuerdo por tu tierra se repetía durante todos los años: su olor, el sabor de sus comidas, hasta el aire cálido de tu tierra andaluza y salvaje. Pero también descubrí algo que yo ya sospechaba... no le habías olvidado. Jamás olvidaste a tu primer y único amor: Javier, al que incluso en alguna ocasión llamabas en sueños.

Cuando ya me hube topado más de doscientas veces con su nombre en el diario, desistí de seguir leyendo. Ahora sé que jamás debí participar en aquel complot para separaros. Las almas gemelas seguirán amándose siempre, pase lo que pase, tarde o temprano acabarán reuniéndose. Si en cambio no lo hacen nunca, estarán condenadas a añorarse durante toda la eternidad. Espero que me concedas tu perdón porque eso es lo único que anhelo en estos momentos.

El teléfono móvil sonó, corrí a su encuentro, afectada por las confesiones epistolares de mi marido. Respondí al teléfono algo acelerada a causa de la carta, pero sobre todo porque descubrí que el número que llamaba era el del centro de acogida.

—Hola mami, ¿Qué tal?—voceó una personita alegre y pizpireta.

—¡Hola mi vida! —exclamé a punto de llorar con solo oírla. Tragué saliva y me obligué a ser fuerte. Necesitaba abrazarla y contarle lo buen hombre que había sido su padre, todo lo que nos había querido, pero que ya no estaba aquí junto a nosotras.

—Mami, no llores, he estado muy bien. Estaba Lucy, era amiga mía del albergue —así lo llamaba ella—. Ha cuidado de mí muy bien. Espera, que quieren hablar contigo...

Escuché expectante cómo el teléfono pasaba a manos de otra persona. Tantas cosas que le hubiese preguntado a Carmen...

—Buenas, señora Scott, le informo que le corresponde una hora con el director y que durante la misma podrá ver a Carmen. Deberán estar acompañadas en todo momento. ¿Podría venir al centro ahora?

Antes de que terminase la pregunta ya estaba embutiéndome en mis pantalones grises de algodón, me puse una blusa bastante sobria y una elegante chaqueta negra. Corrí hacia el ascensor recogiendo mi pelo en una cola mientras bajaba las veintitantas plantas hasta llegar a la planta baja del edificio. Estaba pletórica, me sentí impelida por poder ir a ver a mi hija.

Debía luchar por ella, la carta podía esperar... De hecho, había estado tantos meses sin saber nada moviéndome a ciegas por los pasadizos que mi marido había querido ocultarme, que un poco más no importaría.

El taxi de *Greentomatocars* estaba esperando en la puerta del edificio para llevarme al orfanato de *St. Andrew's*, a las afueras de la enorme urbe. Sabía que el taxi me costaría un ojo de la cara, pero debía aprovechar al máximo mi tiempo con Carmen, no había un minuto que perder. Cada segundo que pasase esperando el autobús o el metro sería un tiempo valiosísimo que le habría restado a mi pequeña. La ciudad continuaba con su rutinario ajeteo. Los viandantes no se miraban siquiera. Absortos en sus pensamientos, ojeando los tabloides con un ojo y el otro para contestar los incesantes mensajes de sus *smartphones*. A pesar de que todos se movían acelerados yo parecía moverme más a prisa que ellos. No obstante, el taxi no corría lo suficiente. Tal vez era la ansiedad que inundaba mi mente. No me paraba a pensar que el conductor debía respetar las señales de tráfico.

Divisé el antiguo edificio del orfanato al rodear la esquina. Una colosal construcción de finales del diecinueve, con una torre central cuadrada y coronada por cuatro chimeneas y dos alas laterales salpicadas de ventanas, engullidas por la hiedra y numerosas enredaderas apareció ante mí. A simple

vista, el edificio parecía estar delineado por un hábil jardinero y construido en una colosal estructura de madera sostenida por un esqueleto vegetal de verde multicolor por la que parecía no haber pasado el tiempo.

El coche se adentró en el camino de entrada que rodeaba la tornasolada fuente del jardín delantero. Animadas campanillas y plantas colgantes caían imitando la ausente agua desde los estadios más altos de la escultura en bronce que presidía el conjunto. El verde césped que poblaba la rotonda estaba custodiado por dos sauces llorones que conferían un ambiente adusto y severo al colorido lugar. Era obvio y penoso que los niños jamás salían a jugar en aquella maravilla de jardinería.

Desembolsé la carrera al agradecido taxista, sin esperar a recoger el cambio. Pisé el rugoso suelo gris que conducía a las escaleras de entrada del lugar. Toqué el timbre y una voz femenina me preguntó qué se me ofrecía. Tras comprobar que tenía una cita con el director del centro, la puerta principal se abrió por arte de magia. El olor cargado del lugar se coló raudo en mis sentidos. Debía haber un gran número de niños en aquel lugar. Una mujer me acompañó hasta el patio interior, me indicó que debía cruzarlo, pero no debía pararme a hablar con ningún crío. No querían darles falsas esperanzas, así que cuando un externo entraba en el centro no podía hablar con ellos.

Caminé a prisa hasta las escaleras de enfrente, tras las cuales estaría el despacho del hombre que retenía a mi hija. No quise mirar a ninguno de los chiquillos que martilleaban una pelota contra la pared de un muro del edificio y que trataban de atormentar a la monitora que los vigilaba, gastándole bromas y pillerías. Saludé a la mujer, que me indicó el lugar hacia donde debía dirigirme como si fuera una sombra, no debía llamar la atención. Cuando estaba llegando y comenzaba a ascender por las escaleras blancas, no pude más que detener mi mirada en un par de chiquillos que descansaban al sol,

apoyados en la pared debajo de una amplia ventana. El mayor estaba echado contra la pared, con la cabecita del pequeño sobre sus piernas, parecía estar dormido, pero el pequeño bribón de pelo rubio y penetrantes ojos azules mantenía la mirada fija en un horizonte inexistente. Junto a ellos, varios juguetes esparcidos y un trozo de pan mordisqueado, que rozaba la mano inerte del mayor. Parecían hermanos pues guardaban un gran parecido. Seguramente sería difícil que los adoptaran a los dos juntos. Como dos pequeños personajes de *Dickens*, ya contaban con una edad demasiado avanzada para ser acogidos por parejas deseosas de tener su primer bebé. El que permanecía despierto parecía comprender la gravedad de su situación y no quería dejar de aferrarse a la sincera compañía de su hermano un solo instante, por si los separaban y no volvían a verse. Mal pintaba el futuro de aquellos pequeños. Al pasar quise detenerme y darles algo de ánimo, en ese instante me di cuenta que yo no era la única que sufría en el mundo, aunque a mí lo mío me doliese más que a nadie, todos teníamos nuestros problemas. Aquellos niños estaban mucho peor que yo, ellos ni siquiera sabían qué sería de ellos al día siguiente. Tal vez los separarían y ya no volverían a verse, o cuando el hermano mayor cumplierse dieciséis años se lo llevarían a otro centro.

Pobres almas, pobres criaturas, me dije entrando en el edificio.

Tentada de volver y llevármelos a casa, apresuré mi llamada sobre la puerta del despacho. Una voz familiar se excitaba en el interior de la habitación. Al abrir la puerta vi a Carmen, un hombre de mediana edad, con una lustrosa calvicie y cara afable. Sentada a su lado se encontraba una monitora.

—¡Mami, mami! —gritó Carmen al verme.

—¡Cariño! ¿Cómo estás? ¿Pasaste buena noche? —pregunté mientras comprobaba su estado físico. Era ridículo que hubiese adelgazado o crecido

en un día, pero así somos las madres.

—Todo bien, mamá ¿y tú? ¿Estás triste por lo de papá? Le echaré de menos —una nube gris se encaramó encima de su ánimo.

Miré sorprendida al hombre. Este se apresuró a darme una explicación.

—Buenas, Señora Scott. Tuvimos que contárselo, espero que no le importe —dijo haciendo una señal a la cuidadora para que se llevase a Carmen fuera del despacho.

Apenas si la había visto y ya se la llevaban.

—No me importa que esté delante...

—Pero a mí sí. Hay determinados temas que debemos tratar hoy y que no son convenientes que sean escuchados por Carmen.

La palabra “hija” había desaparecido de su vocabulario. Ahora, yo era la extraña y ellos una especie de familia institucional. Me había convertido de la noche a la mañana en alguien que pasó por allí de visita. Carmen corrió a darme un beso. Acto seguido, obediente, siguió a la mujer de pelo rizado sin oponer resistencia.

—Me llamo Mike kennington, soy el responsable de este centro.

—Encantada —respondí con sarcasmo. De manera que él era el tipo que me había robado de manera “legal” a mi hija—. Usted dirá...

—Veamos... Antes de nada me gustaría manifestarle mis condolencias por el fallecimiento de su esposo...

Ahora vendría lo bueno... Como británico debía endulzarlo todo, irse por las ramas y finalmente darte el palo como en todos sitios, pero con algo más de modales.

—Como usted sabrá, las leyes británicas son muy estrictas a ese particular.

Si uno de los cónyuges fallece o la pareja se disuelve de alguna otra manera, ya sea por una separación o un divorcio, el proceso de acogida que derivaría en una adopción se anula. Teniendo usted que volver a iniciar todo el proceso de nuevo, esta vez como madre soltera...

—¿Me está usted diciendo que después de todas las calamidades y cortapisas que nos han puesto en los últimos tres años, ahora tendría que iniciar el proceso de nuevo? —rugí— usted ha visto a esa chiquilla cómo se le ilumina la cara cada vez que me llama “mamá”, ¿la ha visto? ¿Me quiere decir cómo le vamos a explicar que su madre será otra persona después de haber vivido más de un año bajo mi techo, y haberle dicho, incluso usted mismo, que yo sería su madre...?

—Tranquilícese señora Scott, me hago cargo de que para usted...

—Estoy harta de su burocracia y sus buenos modales, ¡al cuerno con todo! Esa chiquilla es mi hija y pienso demandarles y analizar el proceso con lupa. Rece porque mi abogado no encuentre alguna irregularidad en el proceso o un solo resquicio en su “intachable” institución, le prometo que saldrá usted mal parado —grité levantándome de la silla.

—¡Siéntese, por favor! —graznó—. No hace falta que me amenace. Para mí no es fácil comunicarle esto. Cuando inició el proceso sabían que no era concluyente. Precisamente una de las cláusulas que firmaron del acuerdo especificaba por qué podría detenerse el proceso: el fallecimiento de uno de los adoptantes.

Notaba cómo la sangre se agolpaba en mi nuca y un calor penetrante subía hacia mi cabeza, estaba a punto de darme algo. Tenía que pelear por Carmen. Haría lo que fuese preciso, aunque fuese ponerme en evidencia. Ese tipo no pensaría que me iba a largar de su oficina tan contenta, sin ni siquiera mirar atrás. No dejaría a aquella pequeña que confiaba en mí y que me quería como

a su verdadera madre.

—¡Déjese de pamplinas conmigo! Estoy hablándole de personas, no de cláusulas ni letra pequeña. ¿Cuál es el problema? ¿El dinero? Siempre lo es, ¿no? —El hombre no contestó—. Mi marido tenía mucho dinero, así que dígame cuanto debo donar a su fundación y asunto terminado. A mí puede hablarme con franqueza: soy española. En mi país no se hacen las cosas dando tantos rodeos lingüísticos. ¿Cuánto quiere? —le insistí.

—No se trata de eso... ¿Por quién me toma, señora? Es todo más complicado.

—No lo entiendo. Me he perdido... ¿Qué problema hay? Esa niña necesita una madre, ha pasado los últimos meses conviviendo conmigo y como verá está encantada. No le haga pasar por ese suplicio de nuevo, no lo soportaría. Tal vez la perderían para siempre. Debe haber notado el cambio de conducta tan radical que ha experimentado en el último año...

—Soy consciente de ello, pero... —comenzó de nuevo a divagar sin añadir nuevos argumentos. Entonces me di cuenta que no hacía nada allí, debía presionar de otra manera: llamaría a mi abogado.

—No se moleste, no me cuente más milongas. Comprendo la burocracia y a los quita vergüenzas. Sé lo que tengo que hacer, tengo derechos y esa chiquilla también. Voy a demandarles. —Amenacé levantándome y cogiendo mi bolso fuertemente. No me giré al salir, pues no quería encontrarme de nuevo con su mirada compasiva y condescendiente. Ese burócrata del tres al cuarto no me impediría ser la madre de aquella pobre chiquilla. Sentía que nuestros destinos se habían enlazado de alguna manera, sabía que ella sería mi hija y yo su madre hasta el fin de nuestras vidas. Era una sensación un poco ilógica, pero lo sabía.

Cuando salí al patio, Carmen ya no estaba. Sabía que se la habían llevado.

Querían que el vínculo entre nosotras dos se rompiera cuanto antes mejor. Desesperada miré en todos los recovecos del lugar. Sin suerte y desanimada me dispuse a abandonarlo. Que me marchase no significaba haberme dado por vencida. Solo que necesitaba haberme despedido de esa pitufa y asegurarle que todo iba a salir bien, que no me olvidaría de ella. Yo no era como las otras familias, yo cumpliría mi promesa.

La persona de la puerta principal del centro accionó el botón del portero electrónico para que abandonase cuanto antes aquel lugar; a punto estuve de volverme, pero lo pensé mejor. Tal vez Carmen sufriría más si me veía saliendo del centro y dejándola atrás. La cría era experta en saber cuándo le engañaba. No estaba segura de poder mentir a esos enormes ojazos oscuros observándome con total atención, tratando de escudriñar un ápice de duda. Tal y como estaban las cosas no sabía realmente si todo iba a salir bien y si pronto estaríamos juntas. En realidad, tras esa cita se suponía que no volvería a encontrarme con ella nunca más. En la práctica, haría todo lo que estuviese en mi mano para adoptarla. Estaba tan desesperadamente segura que aquella niña no les importaba lo más mínimo que incluso se me pasó por la cabeza el secuestro. Sabía que mis principios y mis barreras sociales me impedirían llevar a cabo semejante locura, pero...

¿acaso no estaba zarandeándome en el borde del precipicio de la cordura?

Observé la solitaria calle que bordeaba la institución. Ya no me parecía tan colorida, ni impresionante. No pasaba ni un alma por aquel lugar. Debí al menos haber pedido que me llamasen un taxi, luego decían ser muy educados y con buenos modales... Todo era pura fachada, de cara a la galería. Me encontré sola y desamparada en mitad de la calle, no sabía hacia dónde dirigirme, o por dónde empezar.

—¡Sshh! —Alguien chistó desde la esquina del edificio.

Miré hacia el lugar y descubrí a una de las monitoras del centro. Me hacía señales con el brazo para que me acercase. Miraba a un lado y otro de la calle para comprobar que no venía nadie. Caminé a toda prisa a su encuentro. Al acercarme, pude comprobar que era la misma que tuve que seguir cuando llegué al patio del centro de acogida.

—No tengo mucho tiempo. Este centro está repleto de cámaras y no deberían vernos juntas —susurró la muchacha de unos 24 años, de pelo negro ondulado y acento extranjero. Seguramente sería rumana o polaca.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien Carmen? —pregunté mientras la mujer me acercaba hacia ella y me ocultaba tras el recoveco de la esquina.

—Sí, no se preocupe. Que quede claro que estoy aquí por Carmen. Esa chica la adora y es verdad que ha mejorado en todos los aspectos: modales, carácter, personalidad, buenos hábitos, etc. —Se detuvo mascando lo siguiente que iba a decir.

—¿A dónde quiere ir a parar? No está aquí para hablarme de que soy una buena influencia para la niña, eso ya lo sabemos, ¿verdad?

—Tiene razón. —Admitió mirando de nuevo a ambos lados de la calle—. He venido para que sepa que tiene usted razón. Tiene sus derechos. No pueden darle una cría en acogida, y más tarde cuando ya casi todo el proceso está concluido quitarle la niña cuando a ellos se les antoje. Aparte de ser pernicioso para la pequeña, ¡es ilegal!

—¿Quiere decir que el director me ha estado engañando? —cuestioné poniendo el grito en el cielo.

—Que quede claro que si trata de involucrarme, jamás diré que estuve aquí y menos que le hablé de la menor.

—No se preocupe, me hago cargo. —Respondí algo más aliviada.

—Verá usted, es muy extraño que unos padres de acogida en un proceso de adopción tan avanzado como el suyo sean rechazados, y para nada tiene que ver que uno de los cónyuges haya fallecido, imagine que a cada padre o madre viuda le quitasen la custodia de sus hijos, ¿entiende? —preguntó para cerciorarse de que la seguía. Asentí con la cabeza.

—¿Entonces...?

—Creo que el director del centro está siendo coaccionado por alguien, alguien de las altas instancias... En realidad, no sé por quién, ni por qué. Pero en la última semana lo han visitado varios hombres de seguridad del estado, preguntándole por la niña y por usted. Los oí una mañana que estaba en la sala contigua al despacho de dirección. Esos hombres me dieron escalofríos a pesar de que trabajaban para el gobierno. Su aspecto les confería un semblante traicionero y enjuto que echaba para atrás. Parecían pertenecer a una división de agentes secretos o algo así, porque iban vestidos de paisano —la joven ocultó su rostro al pasar un vehículo por la carretera—. Les escuché decir que no podíamos devolverle a la niña, que la retuvieran todo lo posible hasta que recuperasen algo que tenía usted.

—¿Yooo? —Pregunté extrañada— les daría mi vida por la de Carmen si me la pidiesen. ¿Quieren dinero?

—Eso lo desconozco, no creo. Lo que sí le puedo decir es que esos hombres me dieron muy mala espina y usted debería andar con cuidado. Aquí en el centro yo estaré a cargo de Carmen, no debe preocuparse. Si me entero de algo me pondré en contacto con usted. Pero usted debería averiguar por qué no quieren que recupere a la niña. Tengo que marcharme, pero prométame que tendrá cuidado, por Carmen. No se fie de nadie... ¡Adiós!

Antes de poder preguntarle más información que me ayudase a reconocer a esos hombres, la monitora desapareció tras una puerta gris casi oculta en la

pared, cerca de los contenedores de basura en los que se leía: *Orfanato St. Andrew's*.

¿Cómo olvidar a alguien que me dio tantos momentos para recordar?

A menudo cuando pensamos en lo que será nuestra vida futura, la tristeza o la desdicha no cabe en ella. Pensamos que todo será un camino de rosas sin sospechar que se llevaron los pétalos y nos dejaron lo peor: las espinas. Nadie nos previene de los contratiempos y las desgracias. Te encuentras indefenso frente a un todo que te engulle y tira de ti hacia el abismo de tu destino, sin que nada que hagas parezca tener efecto y puedas moverte en la dirección contraria para huir de eso que inexorablemente quiere apartarte de tu ansiada felicidad. Hasta que un día, poco a poco, imitando el movimiento del camaleón al posarse de rama en rama, avanzas. Tal vez los movimientos son tan ínfimos que no te percatas de que ya no te diriges hacia el abismo, vas navegando en dirección contraria, y entonces... surge la luz, descubres que todo un mar de pétalos de rosas te estaba esperando al alcance de tu mano, solo debías querer recogerlos.

En determinadas épocas de nuestras vidas, tal vez no seamos felices porque anhelamos tantas cosas que perdemos el tiempo tratando de alcanzarlas. Ahora, al final del acantilado, sabía que no me quedaba otra que trepar hacia ese oasis de rosas que aguardaba paciente a que quisiese alcanzarlo. Ahora sabía lo que quería y estaba dispuesta a morir por ello, pues el recorrido sería la mayor satisfacción vital hasta llegar a mi puerto. No podrían conmigo aunque por las noches me derrumbase, y llorase como ahora, dentro de un taxi camino del trabajo de Robert a recoger algunas de sus pertenencias.

Lloré porque recordaba partes de la carta que ese ser desconocido y

desmesuradamente afable que había compartido los últimos años conmigo me había escrito con tanta ternura y cariño...

Tras terminar la carta comprendí que al menos tenía el consuelo de no haber tirado del todo por la borda los últimos años de mi vida. Alguien me había amado por encima de él mismo, alguien me había idolatrado y yo no había sabido verlo, cegada por un fantasma del pasado. Tal vez sí... tal vez nada, aunque Robert me hubiese dicho y hubiese demostrado lo que me amaba con un acto tan noble como el que procuró en sus últimos meses de vida, aun así, no lo habría amado. No habría podido porque no sabemos la razón de por qué alguien nos atrae irremediabilmente, y ese no era el caso. Dicen que es la química, pero lo primero que nos atrae de la otra persona es el físico. En realidad nadie lo sabe. Por muchos estudios y teorías que hagan. Incluso leí una vez que los japoneses habían creado unos collares que se iluminaban al pasar cerca de alguien totalmente compatible... patrañas. En la vida real, no sabemos por qué cuando esa persona en cuestión se cruza en nuestro camino, nos volvemos ciegos de amor. Desde ese momento no existe ni existirá nadie más en nuestro pensamiento, solo placebos para apaciguar el dolor del corazón en caso de no poder estar al lado de la persona adecuada.

Abrí la carta de nuevo y la releí.

Me puse manos a la obra y pensé en todo el daño que te había causado, cómo habías perdido tantos años por mi culpa, por un capricho mío. Ahora que sabía que iba a morir, debía tratar de arreglar el entuerto en que había convertido tu vida.

Lo primero que hice fue contratar una agencia de detectives para que buscasen al tal Javier ese. Ciertamente le odiaba, pero ya me había rendido, sabía que nunca habías sido mía, pero que dentro de poco jamás podría rodearte siquiera entre mis brazos. Amargado, me decía a mí mismo que tal

vez en otra vida... Al final, tras una semana de investigación, me reuní con los detectives y me informaron de todo lo relativo a su vida: dónde trabajaba, si tenía pareja, sus aficiones, vicios, estudios, etc. Cuando me enteré que estaba prometido, me sentí mal por ti, pero todavía pensaba que podría haber una posibilidad.

Sabes que siempre he pensado que el amor verdadero es como las brasas de un fuego, solo hay que soplarles un poco para que se pongan al rojo vivo. Tenía que averiguar cómo podía propiciar ese encuentro.

Navegando por internet una mañana en el trabajo descubrí la urbanización donde “tu Javier” viviría. Paradójicamente el chalet colindante estaba en venta. Una idea vino a mi mente. Seguramente para cuando llegase el verano, yo ya os habría dejado; qué mejor regalo que una casa de tu propiedad, en tu tierra, aquella que te arrebaté, con Carmen y al lado del amor de tu vida.

Loco, estúpido —sollocé en voz alta. El taxista me miró por el espejo retrovisor, yo desvié mi mirada hacia la ventanilla.

Era un plan perfecto. Espero que haya dado resultado. Eres maravillosa y sé que ese hombre no te dejará escapar esta vez. En el pasado tan solo era un adolescente asustado al que tu madre y yo metimos miedo. No le culpes a él.

No podía creerlo, otra vez mi madre.

Cualquier joven de su edad en la misma situación habría hecho lo que él: huir. No se lo eches en cara, culpanos a nosotros. Dos adultos con todas las artimañas habidas y por haber para desenamorar a un joven y separarlo de su chica. Esto te lo cuento para que me odies un poco más a mí que no estaré para defenderme y vuelvas a pensar en Javier como el pobre joven al que engañamos. Le agobiamos con la idea de que tendría que renunciar a

todos sus sueños de estudiar por mantenerte, que no podría ofrecerte lo que yo... Créeme, él no tuvo la culpa. En realidad, ambos nos dejamos engatusar, aunque yo me llevé la mejor parte: tú.

Debía odiarlo ¿verdad? ¿Entonces, por qué lloraba y por qué solo podía sentir cariño hacia todo lo que Robert había hecho por mí?

El sonido de los frenos del taxi delante del rascacielos donde trabajaba Robert me devolvió a la realidad. Pedí al taxista que esperara, solo iba a recoger unos papeles, no tardaría más de diez minutos. Esa sería la excusa perfecta para no tener que saludar a decenas de socios y compañeros *brokers* de su empresa.

Subí la escalera que conducía a la intimidante entrada del rascacielos. A pesar de que decenas de hombres uniformados en traje de chaqueta de corte italiano y algunas mujeres demasiado atractivas para ser informáticas salían y entraban por las puertas giratorias de la mole de hormigón armado y acero, sentí que alguien me observaba.

No es que sintiese algún miedo o creyese que alguien me perseguía, simplemente serían las palabras de aquella cuidadora: "...pero prométame que tendrá cuidado. No se fie de nadie..."

Pensé que serían cosas mías, pero al girarme vi como una sombra se ocultaba tras una columna del edificio que se encontraba detrás. Tras caminar unos pasos me volví de nuevo rápidamente, simulando creer que había olvidado algo dentro del vehículo. Disimulé haciendo como que retomaba mi dirección inicial al haber recordado que lo llevaba encima, sin necesidad de volver al taxi. Las puertas giratorias me recibieron de tal manera, tan abrupta y veloz, que casi me hicieron salir de nuevo del hall, precisamente lo que no quería en esos momentos. Nada más salir del torbellino de cristal, me agazapé tras un enorme macetero situado justo enfrente de los ventanales tintados de la

planta baja del moderno edificio. Miré a través de ellos con la certeza de que nadie me vería desde fuera. Justo en ese momento, la figura que se había mantenido oculta salió de su escondite. Se dirigía con paso firme hacia el edificio donde me encontraba. El hombre vestía una cazadora de beisbol roja y gris, tejanos, gafas de sol tipo aviador y una gorra de los Lakers. *¡Vaya pintas para acudir a la city!* —pensé.

—¡Disculpe! ¿Le ocurre algo? —interrumpió un guarda de seguridad del edificio.

—¡Oh! —Vociferé sobresaltada, no había escuchado sus pasos al aproximarse—. Perdone, creí que el taxista se había marchado. Le pedí que me esperase y creí que se había ido... Tengo una cita para ir a la planta veinticinco, *I&B Stockbrokers*. Soy la esposa de Robert Scott, el señor Adam Whitman me espera.

El hombre se giró sobre sus talones indicándome que le siguiera. Consultó con una de las tres recepcionistas, y esta asintió con su cabeza.

—Puede coger cualquier ascensor de la derecha, le esperan.

A la derecha del Hall se encontraban los doce ascensores del edificio, seis a la izquierda y otra media docena en la derecha, donde yo tendría que coger uno. Pulsé el número veinticinco y en pocos segundos el ascensor se posó sobre la planta seleccionada. El lugar de trabajo de Robert me recibió como si él pudiese salir a darme la bienvenida como tantas otras veces. No quería toparme con muchos de sus compañeros en aquel lugar impregnado de sentimientos, si acaso Paul, pero los demás... Esos eran unos hipócritas que no pararían de recordar batallitas sobre Robert y no me dejarían marcharme hasta que no llorase delante de ellos.

Conocía el camino a la perfección. Giré a la izquierda, pasé la recepción sin mirar a Chantelle, después las teleoperadoras, la sala de juntas, y tras

varios despachos menores, me detuve un instante en el de Robert, su nombre todavía resaltaba en letras blancas sobre fondo negro. Despejé mi cabeza y llamé a la última puerta del pasillo.

—Adelante —solicitó una voz madura desde el interior. Era Adam, el jefe de mi marido. Habíamos acordado que él me entregaría todas las pertenencias de Robert así como todos los documentos de su seguro de vida y el sobre con las primas de algunas inversiones de la cartera de clientes de Robert del último medio año: unas diez mil libras.

—¡Buenas, Sara! Lamento mucho...—levanté la mano para pedirle que se ahorrara el sermón del jefe modélico, porque ya lo conocía de memoria—. Te veo algo desmejorada. Debes descansar, ya verás como todo cambia, cariño.

El tono paternalista de ese viejo verde, gordo y manipulador, me estaba matando. *¿Sabría acaso lo que era el dolor?* Se pasaba el día fustigando y agobiando a todos para obtener mejores resultados y mayores beneficios sin importarle los trabajadores en absoluto. Aquel mundo era de locos, y aquel era el loquero mayor.

—No te preocupes, Adam. Estoy bien. Un poco agotada por el shock, el funeral, pero todo volverá a su cauce. No puedo quedarme mucho tiempo, he dejado un taxi esperando en la puerta.

—Creí que te quedarías a comer. Algunos de los chicos y Chantelle querían almorzar contigo. —Repuso contrariado. Estaba claro que quería hacer equipo con la muerte de mi marido. Ni de coña.

—De verdad que lo siento, pero estoy muy liada en estos momentos.

—La niña ¿verdad? —preguntó acercando su mano, la retiré a tiempo hacia mi bolso para evitar que las tocara.

—¡Exacto! Si he venido es porque necesito el dinero para buscar un buen

abogado. Los del centro de menores han derogado la acogida.

—¡Hijos de perra! No te preocupes puedo hablar con el gabinete de abogados de la empresa.

—No es necesario que te molestes, Adam, quiero al mejor abogado de Londres especialista en casos de adopciones. —Contesté a la defensiva. Mi acento español indicaba que no me andaría por las ramas, ante la urgencia del momento, no estaba para tonterías. Se dio cuenta y abrió uno de los cajones.

—Sabes que muchas de las cosas de Robert deben quedarse aquí porque son documentos de la empresa y son confidenciales, las cláusulas del contrato así lo manifiestan, pero esto es lo que hemos podido rescatar para ti.

Me entregó una cajita tamaño folio del grosor de una caja de zapatos. No más.

—Dentro está el cheque de diez mil dólares como hablamos. Unas fotos familiares, su taza y varios recuerdos.

—Te lo agradezco en el alma —dije hipócritamente. Antes de que pudiese apoyar la caja sobre el exclusivo escritorio se la arrebaté de las manos, me giré y salí por la puerta.

No me volví para ver la cara de pasmado que se le debió quedar, pero a estas alturas no estaba yo para gilipolleces, ni buenos modales británicos, la urgencia apremiaba. Abrí la caja mientras esperaba el ascensor. Localicé el cheque y lo guardé dentro de mi bolso. Ese dinero era para rescatar a mi hija, no quería que nadie me lo robase.

El ascensor abrió sus puertas justo cuando la cotilla de Chantelle avanzaba deprisa hacia mí. Presioné el botón de la planta baja y justo cuando apareció su carita rechoncha tras las puertas, le dije adiós con la mano y le lancé un descarado beso.

Qué poco había faltado para tener que aguantar su ilimitada retórica y su opinión experta acerca de todo. De veras que no sabía cómo su marido seguía con ella, era insoportable. Libre de las garras de aquellos hipócritas, exceptuando Paul, claro, llegué a la planta baja. La crucé rauda, apenas un soplo de aire en mitad de la corriente humana que accedía y abandonaba el edificio. Justo cuando las puertas giratorias de salida me engulleron, recordé a aquel tipo extraño que me acechaba. En plena calle ya, pues las demás personas que salían del edificio me habían empujado como expulsada por una fuerte corriente marina, no pude hacer otra cosa que disponerme a andar hasta el taxi. Entonces lo vi. Estaba apoyado a un lado de las escaleras de piedra exteriores que daban acceso al rascacielos financiero. Yo tenía que pasar justo delante de él para llegar al taxi.

¿Qué podía hacer? Ya no podía dar la vuelta. De repente otra silueta masculina me abordó.

—Ya creía que no venía, he estado a punto de entrar. Han pasado más de quince minutos. La carrera le va a costar un ojo de la cara.

Miré aliviada al taxista. Al vernos, el hombre de la gorra cerró el periódico y con disimulo se marchó del lugar. Tomó una de las callejuelas adyacentes a la gran plaza. Salvada. Al menos de momento.

El taxi me acompañó durante todo el día, al final le dejé una suculenta propina, y el hombre me cobró una tarifa única por todo el día para no arruinarme.

Esa noche soñé con hombres que me perseguían por las abarrotadas calles comerciales de Londres, el director del centro de menores que se llevaba a Carmen a vivir con su familia, mi cuñada que venía a vivir conmigo pues ya no tenía a la niña. Toda la noche fue un ir y venir de pesadillas y duermevela. No tuve un instante para soñar con Javier, olvidado y enterrado en lo más

profundo de mi psique debido a los angustiosos momentos vividos.

Al día siguiente debía estar descansada, era la lectura del testamento. En cambio, las pintas que llevaría producirían el efecto contrario, parecería que iba al notario a hacer mi propio testamento. Los últimos cuatro días mi rostro había envejecido diez años.

“Hijo es un ser que la vida nos prestó para saber cómo amar a alguien más que a nosotros mismos”

A veces, las personas quieren mantener una conversación plena a primera hora de la mañana, deben entender que es perfectamente comprensible que nosotros queramos matar a esas personas. Mi cuñada me había llamado a primerísima hora para recordarme todos los documentos que debía llevar, tan eficiente como siempre. También me recordó el lugar exacto donde se encontraba la notaría y me contó todo lo que había ocurrido en la finca en los últimos días. Finalmente había narrado con pelos y señales cuánto echaba de menos a su hermano. Deseé tirar el teléfono por el váter, pero me contuve, faltaba poco para mandarla a la mierda de una vez por todas. Por fin sería feliz diciéndole el asco que me daba y lo que pensaba de ella realmente.

Patty había quedado conmigo a eso de las ocho y media. Me dijo que conocía la zona donde se encontraba la notaría y me indicó que nos acercaríamos con su coche. Una vez en el vehículo mi amiga me habló animada, tratando de distraer mis pensamientos hablando de los realities del momento en la tele, la familia real británica y de lo felices que se veía a Kate y William. Según ella, el pobre príncipe había sufrido mucho en la vida con la muerte de su madre; era hora que las cosas le fuesen bien.

Mientras hablaba desconecté y empecé a recordar el final de la carta de Robert...

Sara, sé que no merezco tu perdón, pero si algo consigo con esta locura de tratar de reuniros a ti y a tu amor, servirá para que mi alma descanse mejor dondequiera que vaya.

La agencia de detectives me informó de todo. Su profesión, sus amistades, si tenía pareja, donde vivía, pero no vi la manera de acercarte de nuevo a él. Tal vez un viaje de negocios al Reino Unido y hacer que tropezaseis paseando por Hyde Park hubiese funcionado. Finalmente me pareció demasiado rebuscado y muy difícil de conseguir. No parecería fortuito. Entonces, uno de los detectives me dijo que la casa donde viviría con su prometida estaba en venta. Sabía de tu añoranza por tu tierra, la costa y esos interminables veranos de los que siempre hablabas cada vez que te quejabas del frío y la lluvia en Londres. Así que me decidí. Era la oportunidad perfecta para que volviésemos a encontraros. Ahora espero que no me odies, mi vida. Lo he hecho para tratar de reparar el daño, aunque tal vez demasiado tarde... El daño ya está hecho.

Lo he conocido y parece un tipo majo, innegable su atractivo y demás. Espero que al menos después de esto me recuerdes y le hables a Carmen de mí con cariño. En el pasado te vi y me enamoré de ti, supe que era mi única oportunidad y me aferré a ella, hice mal y por eso ahora me arrepiento de haber destrozado tus sueños, tu alma y tu vida. Confío en que seas capaz de rehacer tu vida.

Te querré siempre,

Robert.

Casi me quedé sin aliento al recordar el final de la misiva. Robert había articulado aquella orquestada coincidencia que me hizo reencontrarme con Javier.

¿Me sentiría menos culpable si no hubiese pasado nada? En realidad qué era un beso comparado con otras intimidades que habíamos compartido de jóvenes, pero aquel beso había ocurrido estando yo casada y Javier estaba a punto de casarse.

El nido de estorninos que se arremolinaba en mi cabeza me impedía prestar atención o mantener conversación alguna con Patty. La pobre se esforzaba por atraer mi atención, no quería que estuviese nerviosa o preocupada. Hice un esfuerzo por ahogar la ansiedad del recuerdo de Javier, la epistolar despedida de Robert, los gritos de auxilio de mi hija y el pasado que volvía y me ahogaba una y otra vez en mi desdicha...

Miré el calendario en el reloj del salpicadero del coche de Patty: 31 de julio. Mañana hubiera empezado Robert sus vacaciones y yo... no habría soportado estar en el mismo lugar con los dos hombres que me habían acompañado en la vida. En aquellos momentos imaginé el shock que sería verle todos los días con su recién estrenada esposa, mientras yo tendría que estar jugando a la esposa perfecta con Robert. Yo había creído que mi marido no había llegado a conocer de la existencia de Javier durante trece años, aunque su carta me había desconcertado. Según ésta, mi madre y él habrían ido a hablar con Javier, aunque conociendo a Robert seguramente me mentía para proteger a mamá. No estaba segura, pero de ser así Robert se portó como un canalla; en el amor y en la guerra todo vale, ¿no?

Sabía que había contratado una agencia de detectives, me preguntaba si realmente conocía al que había sido mi marido. Demasiado enrevesado para Robert, culto pero sencillo. Ese comportamiento, al igual que mantener su enfermedad en secreto me desconcertaba. Nunca había estado al borde de la muerte y por lo tanto no podía saber qué se siente, tal vez saber que vas a morir te hace plantearte las cosas de una manera menos racional.

Abrí la ventanilla, necesitaba aire con urgencia, me ahogaba, de lo contrario abriría la puerta y saltaría al asfalto. Aspiré el aire fresco de la mañana londinense. No sabía cómo sobreviviría a ese día. No soportaba tener que ver a todas las alimañas reunidas tratando de repartirse el pastel; de todas

ellas mi cuñada era la peor. Decir que su sola presencia me inspiraba la mayor de las desconfianzas era quedarse corto. Siempre sabía qué decir o cómo comportarse en público. Siempre que estaba en una habitación dominaba el lugar con su presencia y a las personas con su mirada y sus sutiles gestos de gran felino. A veces me daba miedo.

El aire se colaba a gran velocidad deshaciendo los nudos de mi cabello a la vez que se llevaba las preocupaciones de mi cabeza a jirones. Cerré los ojos y me recosté en el asiento. Si me relajaba el dolor de cabeza desaparecería igual que llegó. Patty calló un instante entendiendo que necesitaba ese momento de recogimiento, de paz interna para volver a coger fuerzas y continuar. Una lágrima escapó y resbaló hasta mi mejilla.

¿No era ya suficiente? ¿No había un poco de piedad para mí?

Solo pedía a ese algo, al que todos nos aferramos para no volvernos locos, que me ayudase. Imploré a Robert si es que estaba en su deseado cielo, que me ayudase a recuperar a Carmen, todo lo demás me daba igual... No quería nada. Ni propiedades, dinero, joyas o títulos nobiliarios. Solo quería regresar a España y olvidarlo todo. Comencé a añorar esa piscina y las pocas tardes de plena felicidad en junio, cuando Patricia detuvo el vehículo y me arrancó del onírico estado.

—¡Hemos llegado! ¿Te encuentras bien? —preguntó deslizando sus gafas de sol por su nariz.

—Sí, más o menos. No te preocupes, ya se me pasa.

El notario nos esperaba en su quedo despacho presidido por una petulante mesa oscura de nogal en la que fácilmente cabrían veinte personas. Encontramos personas Había gente sentada alrededor y en los sillones contiguos había muchos que ni conocía. Serían primos y familiares deseosos de saber qué les había correspondido. Los buitres sabían que Carmen no había

sido adoptada, así que mi esposo no había tenido descendientes. Por lo tanto, según las leyes del condado le correspondía una parte de los bienes a la familia.

Presidiendo la mesa, sentada en el centro como una enorme tarántula controlando a todas las polillas que íbamos llegando, estaba la oscura figura de mi cuñada. Pobrecita, tenía el rostro de la muerte. Seguro que no lo estaba pasando bien. Estaría muy preocupada al ver que parte de su fortuna familiar volaba lejos de sus garras. Me hizo un ademán para que me sentase a su lado, me había reservado un asiento, *qué detalle*. Le indiqué que estaba acompañada e insistió que fuese a sentarme a su lado con gesto de no permitirme permanecer lejos de ella. Miré a Patricia y me empujó hacia ella.

—Esperaré fuera por si me necesitas —susurró.

—De acuerdo. Es el último mal trago —me dije.

Parecía que era la única que faltaba pues el notario repasó mentalmente los asistentes y se puso de pie para hablar. Las paredes estaban forradas hasta el techo por pesados volúmenes de leyes y compendios de legislación que a buen seguro nadie usaría en la actualidad. La más delgada tableta podría albergar toda esa información, sin necesidad de acumular polvo y lisiar la espalda del pobre incauto que tratase de buscar algo en ellos. Pero como parte de la parafernalia desplegada por el notario para impresionar a sus clientes y justificar sus elevadas tarifas no estaban mal.

Me dejé engullir por el rimbombante sillón de piel. Alison había reservado los asientos mejores para nosotras, aunque el suyo era más elevado y le daba una apariencia más erguida y prominente. El mío, en cambio, parecía algo hundido y me hacía estar un poco reclinada hacia atrás, a una altura menor que mi cuñada.

—Señoras y señores nos encontramos hoy aquí en la ciudad de Londres en

el despacho del notario Bryan O'connor a treinta y uno de julio de dos mil trece para leer el testamento del señor Robert Scott decimoquinto barón de Oxford en presencia de su familia y viuda.

El hombre procedió a rajar la parte lateral de un voluminoso sobre sellado, en el que se leía: "Testatio Mentis", testimonio de la voluntad. Estaba cerrado por completo, sellado con la firma de Robert y autenticado por el propio notario. Al extraer los documentos, la mayoría de los presentes se inclinaron tratando de entrever si su nombre aparecía en alguno de los papeles.

Un primo segundo de Robert al que conocí unas vacaciones en Manchester parecía bastante nervioso. Ese hombre tenía problemas con el alcohol y numerosas deudas. Sin duda, coger un pellizco hoy le arreglaría la vida aunque solo fuese por una temporada hasta que lo dilapidase.

Tras escuchar mucha paja y mensajes de recuerdo y admiración hacia muchos de nosotros, el notario procedió a leer el testamento en sí, lo que les interesaba a las hienas.

—Dejo las tierras colindantes de la mansión de Oxford, así como la explotación agrícola a mi querida hermana Alison —mi cuñada sonrió levemente— pero la mitad de la casona familiar de dicha finca en Oxford es para mi amadísima esposa Sara. —Todos miraron con asombro hacia Alison, cuyo rictus se mantuvo impasible, asintiendo como muestra del gran corazón de su hermano hacia su viuda. A mi hija Carmen le dejo el apartamento de lujo del nº 419 de Baker Street en el barrio residencial de la city en el centro de Londres. En caso de no poder disfrutarlo ella, pasará también a mi esposa Sara.

Los murmullos generalizados en la sala obligaron al notario a detenerse. Todos se quejaban por lo bien parada que yo había salido. Sabían que la casa de España no entraba en el lote ya que Robert se las había ingeniado para

vendérmela en vida. Entre los muchos papeles de la inmobiliaria que firmamos aquellos días, Robert me obligó a firmar una cláusula por la que yo le compraba su parte de la casa por la simbólica cantidad de una libra esterlina. De esa manera nadie podría meter las manos ahí. Por entonces, él ya sabía que estaba enfermo y no permitiría que me quedase en la calle en caso de tener que pleitear por la herencia.

—Al no tener hijo varón, el título nobiliario de Barón de Oxford será para su primo Jonathan Scott, hijo del hermano menor de su padre, como dicta el protocolo. —El hombre sonrió más complacido por el nombramiento que por la asignación económica imbuida en el título.

En lo sucesivo, se fueron repartiendo diferentes locales en Oxford y un par de apartamentos en Londres entre primos y tíos. Sorprendentemente, uno de estos fue para Paul, el marido de Patricia, que entró sorprendida sin saber qué decir al respecto ante la mirada de reprobación de los asistentes. Fui la única que sonreí por este legado; sin duda se lo merecían. Habían sido mejores con nosotros que la propia familia. Era una manera material de recompensarles por su incuestionable amistad. Al acabar el reparto el notario preguntó si alguien en la sala no estaba de acuerdo y quería recurrir el testamento. Miré a todos directamente a la cara, desafiante, para enfrentarme con aquel sinvergüenza que osase cuestionar la voluntad de Robert en esos momentos. Él había decidido a quién dejaba sus pertenencias. Yo solo esperaba que nadie las cuestionara. Finalmente lancé una renuente mirada a mi cuñada que apretaba el puño con firmeza, pero que no abrió la boca. Parecía que la arpía al final respetaba la última voluntad de su hermano.

En cuanto firmamos, todos se marcharon, felicitándose los que habían pillado cacho y quejándose, por lo bajini, los que se iban con las manos vacías. Nadie se giró para despedirse de nosotras, atrás quedaron las sentidas

palabras de condolencia de hacía pocos días.

El ser humano en su estado puro, el lado más primitivo y desconsiderado ha quedado patente en aquella sala—me dije en voz baja.

Cuando salíamos, mi cuñada me arrastró hacia un pequeño despachito cerca de la sala principal del notario.

—Tenemos que hablar —ordenó impaciente.

—Estoy totalmente de acuerdo, —respondí beligerante.

Había esperado ese momento tantos años... No veía la hora en que me lo pidiese. Ahora se iba a enterar de con quien se las gastaba la muy...

Cuando entré y cerró la puerta su semblante demudado empezó a resquebrajarse.

¿Iba a llorar? Desde luego no le pegaba. No había llorado ni en el entierro. Su contrito rostro tomó una pose imposible y la barbilla empezó a temblarle. Iba a llorar.

El llanto más profundo, amargo y seco que jamás había escuchado se desbordó delante de mí como un río africano cuyo curso ha estado yermo y seco durante meses y de repente vuelve a la vida, arrasándolo todo.

—¿Te encuentras bien?—Le pregunté por educación y por la incomodidad de ver a alguien tan fuerte derrumbarse delante de mí.

Sacó un desvaído pañuelo del bolsillo de su pantalón, y comenzó a relajarse. Trató de hablar pero tuvo que aclarar su voz en dos ocasiones pues no le salía del cuerpo.

—Tengo que confesarte algo que jamás he revelado a nadie, ni siquiera alguien de mi familia lo sabe. Ni siquiera Robert, solo mis padres y yo.

—Adelante —le reté combativa. Seguramente empezaría a lloriquear para

que no vendiese mi parte de la casona, y que se la cediese a ella. De veras no me hubiese importado, pero tendría que pagar mucho a los abogados, y Carmen era mi prioridad.

—Mis padres me hicieron prometer que jamás lo contaría, sobre todo mientras Robert viviese.

—¿El qué? —pregunté resuelta.

—Verás, desde que mis padres se casaron pasaron cuatro años sin tener hijos. Esto en su época era una desgracia, no habría nadie que heredase el título familiar, se perdería. Desesperados por haberlo intentado todo, solo les quedaba la adopción, pero entonces sus familias los desheredarían. Tenía que parecer que era biológico, así que no les quedó más remedio que pagar por un bebé: yo.

Así que mi cuñada era adoptada, vaya bombazo.

—Robert jamás supo nada...

—Te lo puedo asegurar —añadí sin saber hacia dónde se dirigía la conversación

—Bajo la dicha de tener una hija adoptada en secreto que aseguraba la continuidad de la familia, comprada a una madre desesperada y de la jamás supe nada, mi madre quedó embarazada, esta vez de forma natural. Al cabo de los meses nació Robert, un bebé precioso, que sería el heredero del título y solucionaría el resto de los problemas de linaje.

—¿Cómo averiguaste que eras adoptada? —pregunté tomando asiento en una silla de madera en la oscura sala, aquello parecía ir para largo.

—Un día escuché a una tía mía y a mi madre hablando, esta se lo había confesado a su hermana. Así que cuando estuvimos a solas le pregunté directamente. La mujer llorando no pudo más que confesarme la verdad.

Estuve un tiempo peleada con el mundo, con todos, menos con Robert. Nadie podía enfadarse con él —añadió—. Entonces comprendí lo que sentía dentro de mí cada vez que lo veía. Sentimientos reprimidos cuando lo creía mi hermano. Pero cuando averigüé que la misma sangre no corría por nuestras venas, dejé que mis deseos y anhelos fluyeran de su escondite, me enamoré loca y perdidamente del que para la familia, nuestras amistades y la aristocracia, era mi hermano carnal.

Todavía en shock por la confesión de amor de mi cuñada hacia mi difunto esposo, recordé que Robert me había comentado que durante la adolescencia su hermana se había comportado de manera extraña: espiándolo, la sorprendía revisando sus cosas, siempre estaba atenta a él, pero después ya no le dio mayor importancia. Robert no había imaginado que ella era adoptada o que sus padres hubieran podido hacer tal atrocidad. Había pensado que Alison se había reunido allí conmigo para protestar por la herencia, en cambio me había confesado que no era hija legítima y que había estado perdidamente enamorada de su hermano postizo.

Me dejó tan descolocada que no pude odiarla. Sentí una inmensa pena hacia su desarraigo, no saber de dónde vienes debía ser una losa demasiado pesada para acarrear con ella toda tu vida. Encima, el amor le había sido vetado bajo la etiqueta de “hermanos”, pobre desgraciada, también tenía lo suyo...

—No tenía ni idea. Lo siento, —dije con cara de circunstancias al reflexionar sobre la sincera y secreta confesión. Esa mujer debía haberme odiado durante catorce años por estar casada con el amor de su vida, del cual era su hermana ficticia. ¿Cuántas veces habría querido hablar? ¿Cuántas veces habría apartado la vista ante los halagos y carantoñas de su hermano por mí? ¿Cuántos momentos familiares en los que haber podido confesarle a su hermano la verdad!

¿Qué habría hecho Robert, se hubiese casado con ella? Lo dudo... —Me dije a mi misma.

Mis suegros habían condenado a aquella pobre mujer a la vida más desdichada. Tal vez de niña su vida había sido todo lo contrario: una vida repleta de dicha y colmada de atenciones, aquellas que sus padres biológicos le habrían negado.

Recordé a Carmen, pobrecita, no quería que le sucediese lo mismo. Miraba a los ojos a aquella extraña que era mi cuñada y no quería ver a mi hija reflejada en sus afligidos ojos. Carmen sería una niña feliz aunque tuviese que venderle mi alma al diablo. Necesitaba el dinero de esa casa para contratar el mejor bufete de abogados del Reino Unido.

—Debo confesarte que cuando Robert me dijo que te mantendría al margen de su enfermedad, me alegré —interrumpió— por fin lo tendría para mí sola. Podría mimarlo y cuidarlo todas las noches que me robaste... Jamás lo llegaste a querer como yo lo hago todavía. Por eso me da tanta rabia que la propiedad de mi familia en la cual tengo tantísimos recuerdos familiares y momentos con él pueda ser vendida a cualquiera.

—No te preocupes, eso no pasará. A mí ya no me une nada a esas tierras. Solo quiero recuperar a Carmen.

—¿Estarías dispuesta a vendérmela?

—¡Por supuesto! —exclamé sin pensarlo. Necesitaba dinero para el juicio, en caso de presentarse. Primero había que encontrar a Carmen, no sabía a qué centro la llevarían.

—De acuerdo, te espero en casa dentro de tres días. Necesito unos días para reunir todo el dinero.

—No te preocupes, yo estoy bastante liada con lo de Carmen y todavía no

me marcharé a España.

—¿Piensas dejar Inglaterra como te sugerí? —preguntó escéptica.

—En realidad no sé qué voy a hacer con mi vida. Todo está pasando con mucha rapidez. Mi prioridad es recuperar a mi hija, lo demás ya vendrá por sí solo.

Toc, toc. Llamaron a la puerta. El notario relajó el semblante aliviado al vernos.

—Sara tengo algo para usted. ¿Cómo he podido olvidarlo? Discúlpeme —dijo apurado y sudoroso— creí que ya se había marchado.

El notario se aproximó y sacó un sobre blanco del tamaño de una carta.

La primera vez que te besé me sentí en casa, ahora que estás lejos, me siento como un sin techo

Otra carta de Robert... ¡No! No lo soportaría. Con la primera había vuelto del revés todo mi mundo. Esta segunda podría destrozarme.

Mi cuñada permaneció en la sala impasible por si pillaba pista. El notario le indicó con la mirada que debía dejarnos solos. Cuando cerró la puerta, el notario prosiguió.

—Le entrego esta carta de manera personal. Tenía a Robert en gran estima... Por eso debía esperar a que todos se hubiesen marchado. Menos mal que la he encontrado. Robert me rogó que se la entregase en secreto y cuando estuviésemos solos. Cuando me la entregó parecía que era muy importante, así que le hice el favor.

No supe qué contestar, al final un tímido “gracias” salió de mis labios y me marché de allí. Al salir de la sala, mi cuñada ya se había marchado. Respiré aliviada y me dirigí hacia el banco en el que Patty me esperaba. Tenía una enorme urgencia por leer la segunda carta, pero ahora con Paul y Patricia en el coche sería imposible satisfacer mi curiosidad. Decidí esperar hasta llegar a casa.

Dentro del coche, Paul no podía reprimir su emoción o felicidad al recibir uno de los apartamentos de Robert. Trató de dar las gracias, torpemente como hacen los hombres cuando están emocionados, pero rápidamente Patricia tomó el relevo y agradeció que Robert les hubiese tenido en tanta estima como para nombrarlos herederos. Asentí con la cabeza y les dije que eran de los pocos que verdaderamente él había querido de cuantos habían llenado esa sala.

Abandonamos la notaría hacia mi apartamento en la city. Había demasiadas cosas que poner en orden y tenía ganas de relajarme y tomar una copa para olvidar. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. El primer pensamiento que se coló en mi mente fue el de Javier y los maravillosos días que había vuelto a vivir a su lado, aunque fuese como vecina. *¿Cómo andaría? ¿Habría elegido ya el traje de novio, ese azulón que resaltaba sus ojos?* Quise tranquilizarme y disfrutar del recuerdo de esos días junto a él. Ahora que definitivamente sería de otra, era lo único que me quedaba, recuerdos.

Pero entonces, algo en el bolsillo me quemó, me atrapó con su urgencia haciendo que los pensamientos de alegría y sosiego junto a Javier desapareciesen de golpe. La carta que me había entregado el notario ardía en mi mano derecha. Tenía que abrirla antes de llegar a casa. Si Robert se la había dado con tanto misterio, a pesar de lo previsible y normal que hasta ahora había sido mi marido, significaba que había algo que solo yo debía saber.

Rasgué con disimulo el sobre y me incliné sobre la ventana, así tendría más intimidad.

Querida Sara,

Te estarás preguntando qué significa esta carta con tanto secretismo y misterio. Te la escribo porque cuando la enfermedad me abordó, yo estaba envuelto en un asunto un tanto delicado. No creas que mi trabajo ha sido tan legal y transparente como aparentábamos...

Resulta que hace unos meses llegó a mí una cuenta por error que pertenecía al gobierno británico. Ese cliente trabajaba con ventaja en bolsa pues sabía de antemano los movimientos de empresas públicas y privadas y se anticipaba ilegalmente a los movimientos del mercado especulando con dinero público. Solo pude tener acceso a ella unas horas, puesto que alguien

se equivocó y me dio acceso a mí. Descubrí entonces que dentro de I&B Stockbrokers había un topo, alguien que trabajaba para el gobierno de manera encubierta, consiguiendo beneficios ilícitos para los peces gordos gubernamentales.

Mi investigación me llevó a descubrir muchas más cuentas en paraísos fiscales: Bahamas, Suiza, Caimán, etc., movimientos irregulares e ilegales que tumbarían el actual gobierno británico. Cuando me acerqué demasiado, me acordé de vosotras y decidí dejarlo. Mi jefe sospechó algo y nos dijo a todos que quien tuviese algo que ver con el asunto que lo abandonase inmediatamente.

Dentro del círculo más íntimo de mis compañeros, los que trabajábamos en la misma planta, dije que yo había recibido cierta información pero que la tenía guardada en un pendrive como salvavidas por si alguien iba contra mí o mi familia. Ese día llevaba la preciosa americana azul en velveton y cachemir que me regalaste. A todos les dije que lo llevaba encima. Fue el último día que pude ir a trabajar, después tuve que ingresar en el hospital. De modo que si alguien pregunta por esa chaqueta sabrás quién era el topo y con quién deberías tener cuidado.

Siento muchísimo ponerte en peligro, mi vida. Por el pendrive no te preocupes, está a buen recaudo, escondido donde nadie lo encontraría. Solo te diré por si necesitas recuperarlo que está bien custodiado en una tierra bastante más soleada que Inglaterra y a la que tú amas con todo el corazón.

Siempre estaré cerca de ti, te quiere: ROBERT

Me quedé perpleja. Mi vida acababa de dar otro giro más. ¿Cómo se llamaba el ángulo que supera los 360°?

Parecía como si Robert me hubiese contado una película de espías. Jamás había sospechado que su trabajo fuese tan peligroso, estresante sí, pero no

peligroso. El gobierno británico estaba involucrado... Por lo que había escrito, imaginé dónde habría escondido ese peligroso pendrive.

—¿Te encuentras bien? —Preguntó Paul mirando por el retrovisor— estás muy pálida.

—Estoy bien —mentí.

—¿Qué dice la carta? ¿Malas noticias?

La sangre se me heló. ¿No podría confiarles este secreto ni a mis mejores amigos?

—Son cosas nuestras... Demasiados recuerdos para un solo día.

Robert me había vuelto a dejar sola con el marrón. Estaba deseando llegar a casa y quemar esa maldita carta que complicaba aun más mi existencia.

Llegamos al portal y no había nadie para recibirnos o abrir la puerta. Era extraño, el señor Jennings siempre estaba dispuesto, plantado como un adorno más del recibidor, solícito a cualquier requerimiento. Tal vez estaría ayudando a algún inquilino en otra planta.

Busqué las llaves y tardé en encontrarlas entre pañuelos, chicles y gominolas de Carmen. Era increíble todo lo que podía albergar un espacio tan reducido como era el bolso de una mujer. Patricia y Paul me acompañaron a casa. Patty dijo que prepararía algo de comer con lo que encontrase.

Cuando el ascensor se abrió, me quedé paralizada ante lo que vi. La puerta de mi apartamento estaba abierta de par en par. Algunos CDs y papeles descansaban en el pasillo de la entreplanta, fuera del domicilio. No había duda, habían entrado a robar.

Me sentí ultrajada, violada y sucia al descubrir que alguien había estado manoseando y tocando mis cosas personales. Guardé la carta en mi bolso, lo

arrojé al suelo en medio de aquel desorden y corrí hasta la puerta. Pablo me gritó desde atrás.

—¡Espera fuera! Tal vez no se hayan marchado. Cogió una de las figuras en forma de jirafa hechas en madera de la entrada de casa a modo de defensa, y se internó en la vivienda.

—Cariño, ¡cuánto lo siento! —exclamó Patty preocupada— encima esto... voy a llamar a la policía. No te muevas de aquí.

Yo apenas la escuchaba. Había entrado en estado de shock.

¿Quién había entrado en casa?

Podría haber sido cualquiera: alguien del gobierno, el bróker topo de la empresa, su jefe, algún político corrupto... Yo sabía lo que buscaban... Acababa de leerlo en la carta. Recordé entonces la chaqueta...

Fui adentrándome en el piso mientras escuchaba las indicaciones de Patricia a la policía desde el rellano. Todo dentro estaba tranquilo, en silencio. Los cuadros habían sido arrancados de cuajo para tratar de ubicar la caja fuerte. A pesar del lujo de la casa, no teníamos. Robert lo dejaba todo en el banco. Habían rajado los cojines del sillón y las sillas. Buscaban algo pequeño, sin duda el pendrive. Fui pisando los cristales de los cuadros y las figuras de porcelana que estaban esparcidas por doquier. Mis crujientes pisadas sobre aquel destrozo interrumpían aquel siniestro silencio tras la locura y el frenesí de los asaltantes. Me dirigí hacia el dormitorio, invadida por una perentoria necesidad de ver si la americana azul estaba en su sitio o si se la habían llevado. De todas formas el pen no estaba ahí. Si había desaparecido podría empezar a preocuparme pues no pararían hasta encontrarlo. Crucé los dedos porque fuesen ladrones de poca monta y la americana continuase allí. Unos pobres cacos que hubiesen elegido mi vivienda por azar y no siguiendo un meticuloso plan.

Miré de reojo al baño y vislumbré una orgía de bastoncillos, tampones, cosméticos y papel del baño flotando sobre el suelo. *Toda mi intimidad al descubierto* —pensé. Todavía me sentía más sucia, ultrajada. No había rastro de Pablo en el pasillo. La puerta de mi dormitorio estaba entreabierta, no había nadie en su interior. Empecé a preocuparme. Tal vez sí había alguien oculto dentro, esperándome. Pero no había escuchado ningún forcejeo. *¿Y si le estaban apuntando con un arma?* Por un momento me frené. Luego recapacité y dije que nadie me acobardaría en mi propia casa. Continué.

Abrí la puerta del dormitorio de par en par y casi tropiezo con la almohada que bloqueaba el paso. La superé y me adentré al vestidor. Había alguien allí, parecía concentrado en buscar algo. Hasta que no rodeé la cama, no estuve segura que no encontraría el cadáver de Pablo tirado en el suelo. Agarré una lámpara de la mesita de noche. Empujé suavemente la puerta del vestidor con miedo a encontrar a algún sujeto armado allí dentro, escondido, acechándome.

—¿Qué haces, Paul? ¿Eres tú? —pregunté extrañada al descubrir al marido de Patricia metido hasta la cintura en el armario de Robert. Estaba buscando algo. Lo había pillado in fraganti.

—Me pareció escuchar algo aquí dentro... —respondió saliendo del armario, acalorado por la actividad.

No le creí, estaba empezando a preocuparme. Estaba allí sola con aquel hombre que hasta ahora había sido el mejor amigo de mi marido, pero que por otra parte había sido su compañero y que estaba revolviendo su ropa buscando algo. *¿Me estaba volviendo paranoica?* Debían ser imaginaciones mías, él no podía ser el topo. *Por favor, él no. ¿Otra mentira más en nuestras vidas?* Me marché para buscar a Patricia, no quise saber más.

Cuando ya me marchaba de la habitación, Paul me agarró del brazo.

—Sara, perdona. Sé que no debería haber buscado entre las cosas de

Robert. Verás... Cómo podría explicar esto sin que sonase raro...

Estaba segura que iba a confesar. Podía entender cualquier cosa menos una mentira.

—Dime, Paul. Creo que aquí no hay nadie, deberíamos dejarlo todo como está, la policía está en camino. Estaban hablando con Patty —le anuncié, zafándome de su brazo, quería marcharme de allí.

—De acuerdo, pero déjame preguntarte algo. ¿Sabes por casualidad dónde guardaba Robert una americana azul de velveton y cachemir? Verás, es que se la presté en varias ocasiones y me gustaría conservarla como recuerdo.

La sangre se me heló. No había duda: Paul era el topo. Era él quien nos había puesto en peligro.

El marido de mi amiga pensaría que con decenas de trajes y chaquetas no recordaría un regalo que le había hecho en nuestro aniversario. Aquella americana era de Robert y Paul había caído él solito en la trampa que Robert puso para descubrir al topo. Tenía que salir de allí. Salí a prisa al pasillo donde estaba Patricia con un policía. Me volví hacia Paul que me seguía.

—No sé nada de una americana azul. Si no está ahí, tal vez se la hayan llevado. Pero, ¿para qué querrían una americana habiendo antigüedades y esculturas de muchísimo valor en el piso? No lo entiendo, este robo es muy extraño —dije haciéndome la tonta.

El policía me preguntó si echaba en falta algo de valor. Le respondí que a simple vista no. Parecía que iban buscando algo concreto porque todo lo de valor estaba intacto.

—Normalmente todo el destrozo es realizado para disimular —dijo el agente.

—Ahora que lo pienso... Sí que falta algo. El compañero de mi esposo ha

echado en falta una americana que le prestó hace tiempo. —Sentencié mirando a Paul de reojo que se ponía colorado, perfectamente consciente de que en aquel momento no era normal buscar una prenda de vestir de un difunto.

Recibí a otro agente y al pobre señor Jennings que había sido maniatado y golpeado por tres individuos. No pudo verles las caras pues las ocultaban bajo unas máscaras. El pobre hombre se maldecía por no haber podido detenerlos y daba gracias a Dios de que yo no hubiese estado en casa.

—Menos mal que no estaba usted dentro, señora Scott —se lamentó algo más aliviado al ver que no me había ocurrido nada.

—No se preocupe señor Jennings, estaba con estos amigos. Se ve que los ladrones han aprovechado que estábamos en la lectura del testamento de Robert, parece como si supiesen que no estaría en casa.

En absoluto me dejó tranquila el hecho de que hubiesen aprovechado mi ausencia del piso. Los intrusos me vigilaban, sabían mis movimientos. Atando cabos deduje que Pablo no estaba compinchado con ellos. De lo contrario no habría corrido raudo en busca de la chaqueta. Los ladrones habían sido más rápidos. Pero, ¿cómo habían sabido eso...? ¿Había más compañeros involucrados? ¿Serían agentes del gobierno dispuestos a todo por preservar los trapos sucios de los gobernantes?

Fuera como fuese estaba en serio peligro y me estaba empezando a agobiar, necesitaba sentirme segura. Desde luego no iría a casa de Patty. Recordé la película “Durmiendo con su enemigo” Paul ya no me inspiraba confianza. Le pedí al policía que me llevase a un hotel cuando terminasen de tomarme declaración en comisaría. Me excusé con Patricia alegando que acabaría muy tarde con los policías poniendo la denuncia. Le aseguré que la llamaría cuando estuviese en el hotel. No debía preocuparse, suficiente había hecho hoy ya acompañándome al notario.

La sensación de no saber a dónde ir o en quién confiar es demasiado dura como para acompañarla de la muerte de tu marido, la desaparición de tu hija y el asalto de tu domicilio. Había recogido unas pocas pertenencias en una maletita *Louis Vuitton* marrón para instalarme en el hotel. El conserje me aseguró que el servicio de limpieza se encargaría de recoger la casa y él mismo avisaría a la seguridad del edificio para cambiar la cerradura entrada a la vivienda. Me aseguró que en un par de días me llamaría. El seguro de la comunidad del edificio se encargaría de los gastos del hotel, no debía preocuparme por nada.

Mientras iba en el coche de la policía tras prestar declaración y rellenar toda la burocracia relacionada con la denuncia, pensé que tenía gracia confiar más en aquel agente que acababa de conocer, que en mis propios amigos. Les agradecí sus servicios cuando me dejaron en el hotel *Park Plaza County Hall*.

Les mentí intencionadamente al informarles de que allí me hospedaría. No sabía hasta donde llegaban los tentáculos del gobierno, así que emprendí el camino desde mi supuesto hotel por *Westminster Bridge* hasta el lujoso *Royal Houseguards* en la otra orilla del Támesis. Mientras caminaba entre el gentío me sentí incomprensiblemente segura. Miré la sinuosa línea del dilatado y plúmbeo río y pensé dónde se encontraría mi hija en esos momentos. Eran cerca de las nueve, demasiado tarde para llamar al centro de acogida. Pero sería lo primero que hiciese a la mañana siguiente.

De vez en cuando miraba hacia atrás, pero no veía que me siguiese nadie. El lujoso hotel de cinco estrellas me acogió como si me conociese de toda la vida. Su amabilísimo personal me ofreció una Junior suite por algo más de trescientas libras la noche. Les indiqué que no sabía cuántas noches me quedaría y me hicieron un veinte por ciento de descuento. Aquellos profesionales olían el dinero a distancia. Tenía que llegar pronto a la

habitación, debía llamar a España y ponerme en contacto con mi hermana. Tenía que averiguar dónde había escondido Robert el oscuro objeto de deseo que perseguían los leguleyos miembros del gobierno británico. Estaba segura que Robert lo habría ocultado a conciencia.

El hall del hotel estaba forrado con amplias alfombras magenta y burdeos salpicado de ornamentados muebles restaurados de la época victoriana a la que pertenecía el hotel. La elegancia victoriana del lugar se mezclaba con un orgulloso estilo moderno. El *Royal Houseguards* escondía un pasado secreto. Había sido el cuartel general del servicio secreto británico durante la primera guerra mundial. Ahora sería yo quien se ocultaría del propio gobierno en una de sus habitaciones cargadas de historia. Ese aroma de misterio e intriga política se respiraba en el ambiente desde sus diáfanos suelos de baldosas simétricas hasta las impresionantes lámparas de cristal que flotaban suspendidas sobre los huéspedes con miles de pequeños reflejos luminiscentes sobre las pinturas antiguas enmarcadas en ampulosos marcos áureos que sobresalían de las paredes.

Mi suite se abría a unas impresionantes vistas al Támesis, también podía ver el London Eye desde la espaciosa terraza. Sin duda la habitación era de las mejores puesto que hacía esquina y divisaba tanto el río como las calles de *Embankment*. El botones esperaba que todo fuese de mi agrado. Dejó una bandeja cortesía del hotel en la entrada. Me dijo que podría disfrutar del cóctel en la terraza y dejarme abrazar por la tibia atmósfera que envolvía al lugar, como ya hiciesen en el pasado personajes como *George Bernard Shaw* o *Winston Churchill*. Me sentí la famosa bailarina *Mata Hari* en ese emblemático aposento, sobre todo después del robo en casa y el asunto del pendrive con los secretos del gobierno británico.

Al abrir la doble puerta de la terraza, el olor a húmedo del río se coló en la

habitación. Me deleité con el típico paisaje londinense. Solicité a recepción que me conectase con un teléfono de España, no quise usar mi móvil por si estaba intervenido. Demasiadas películas, tal vez, pero por si acaso...

Mientras esperaba a que cogiesen el teléfono en casa de mi hermana, me quedé contemplando los altos techos de la suite, el prístino mobiliario, el sistema de sonido *Bose* donde descansaba mi *iphone* cargando, y me dejé caer sobre las mullidas sábanas de algodón egipcio de la interminable cama, tejidas con fibras largas que le proporcionaban más firmeza y suavidad al tejido. Empezaba a desliar un cesto de *amenities* de *Harrods* cuando alguien descolgó el teléfono al otro lado.

—¿Diga? —preguntó la inconfundible voz de mi hermana. Se la notaba acelerada, seguramente habría subido las escaleras aprisa tras escuchar el teléfono. Conté más de doce tonos.

—Marisa, soy Sara.

—¡Hola Sara! ¿Cómo estás? —preguntó en tono sincero. De mis dos hermanas, Marisa era la más razonable y con la que mejor me llevaba.

—Bueno, ahí vamos...tirando. —Sentí que los ojos se cuajaban de lágrimas y la garganta se me cerraba. Si le decía la verdad, tendría que contarle tantas cosas tristes...

—El funeral fue ya, ¿verdad? Hubiésemos ido pero ya sabes que eso está tan lejos...

—No te preocupes, fue muy rápido. Estuvo su familia y sus amigos íntimos.

—Y la niña, ¿Cómo se lo ha tomado?

Pasaron varios segundos mientras mascaba la respuesta y deshacía el nudo de mi garganta que me impedía repetir siquiera su nombre. Yo estaba repantingada en la lujosa cama de un hotel de cinco estrellas mientras ella

estaría en... Sabe Dios dónde. No sabía si contarle a Marisa que me habían quitado a Carmen. Tras pensarlo mejor decidí no preocuparla y tragarme mi sufrimiento.

—Bueno, realmente todavía no se lo he dicho—comenté sin mentirle.

—Es normal, Sara. Tómate tu tiempo, pero no lo dejes mucho. Pronto lo echará en falta y hará preguntas. Mejor que se entere por ti que por cualquier bocazas.

—Tienes razón, hermana. Pero te llamaba porque necesito un favor.

—¡Dime, dime! Pide lo que quieras, corazón. —dijo mi hermana con urgencia.

—Verás, resulta que Robert tenía un pendrive, una de esas cosas que se enchufan al ordenador, para archivar información...

—¡Ah! Sí, de esos que sirven para guardar fotos, ¿no? —Me interrumpió contenta de reconocerlo— en el curso de informática nos dieron uno el año pasado.

—¡Exacto! Uno de esos. Pues necesito que vayas a casa y lo busques. No me importa que tengas que revolverlo todo: armarios, cajones, joyeros, todo. Confío en ti. Así que siéntete con la libertad de buscar algo como si lo hicieras en tu propia casa. Me fui a toda prisa y creo que las llaves las tendrá mamá. Pídeselas a ella. Pero hazlo tú sola. Mamá es capaz de invitar a una excursión del pueblo.

—De acuerdo, eso está hecho. Lo buscaré mañana mismo. No te preocupes por madre, la llave la tengo yo. Ella decía que no quería quedárselas, que vaya que faltase algo y luego le echases la culpa.

—Mamá tan agradable como siempre —protesté por el agrio temperamento de nuestra progenitora—. Entonces confío en ti, mañana por la noche te llamo,

espero que lo encuentres.

—¿Es importante Sara?

—Mucho. Hay documentos imprescindibles para la adopción de Carmen. Los necesito urgentemente.

—No te preocupes, lo revolveré todo. Esa niña te hará muy bien ahora que... Ya sabes, lo de Robert. Te noto muy apagada, hermana. No dejes que te afecte su muerte. Si no te comentó nada del cáncer sería por algún motivo... De todas formas lo vuestro...

—Lo hizo por no hacerme daño —repuse—. Bueno, te dejo que ando muy liada. Búscame eso, por favor, no te olvides. Dependo de ti.

—Claro, no te preocupes, hermana. Si ese objeto está en tu casa lo encontraré.

Miré a la lujosa bañera de hidromasaje y no pude resistir a darme un pequeño placer en medio de aquella locura. El agua fue vertiéndose y mezclándose con las sales de baño. Me serví una copa de champagne *Dom Perignon Vintage 2004* y me sumergí en las aromáticas y electrizantes aguas del hidromasaje. Subí el volumen del televisor de plasma del cuarto de baño pues el sonido de las burbujas no me permitía escuchar al presentador. Al punto, decidí apagarlo y cerrar los ojos. Necesitaba sosiego.

El burbujeante sonido acuático y el reparador vapor de agua me devolvieron al recuerdo de mi segundo encuentro con Javier en España.

Después del día de búsqueda del aire acondicionado, no lo había vuelto a ver. Aquel día en la gran superficie de bricolaje me explicó todo. Me enseñó todas las tendencias y me aconsejó qué pintura comprar, qué aire llevarme e incluso me invitó a almorzar. Toda la mañana habíamos estado lanzando tiritos

como cuando éramos más jóvenes. Parecía que evitásemos hablar del pasado, los dos queríamos enterrar el doloroso momento de nuestra separación.

Durante la comida su prometida llamó en varias ocasiones hasta que fue una llamada del trabajo la que nos hizo dejar los platos y apresurarnos a volver. Tenía que ir a Granada a solucionar un problema con un contratista. El tiempo había pasado volando. A pesar de estar apenada por nuestra precipitada marcha, estaba más que satisfecha por haber compartido la mañana con él y ver que al menos podríamos ser amigos, me conformaba con eso.

El segundo encuentro fue más casual. Carmen y yo estábamos a la hora de la siesta en la piscina de la comunidad chapoteando y saltando en el agua, sabía que no era hora de armar escándalo, pero no había forma de convencer a Carmen de que la siesta era una práctica obligada en España durante la época estival. Mi casa era la primera y la única con acceso privado al recinto. Creímos estar solas, cuando escuchamos la puerta exterior de la piscina abrirse. No pudimos ver quién era porque un enorme sauce tapaba la pasarela de bajada a la piscina y la zona de césped. A los pocos minutos, una figura masculina en camiseta blanca, bañador negro y playeras apareció.

—Os he escuchado y no he podido resistirme —anunció.

Nuestras casas eran las más cercanas a la piscina, así que con toda seguridad habría escuchado los gritos de algarabía de mi hija chapoteando en el agua.

—Hemos aprovechado ahora que no hay mucha gente, perdona por el escándalo, hemos descubierto que a Carmen le encanta el agua —dije hundiendo mi cuerpo hasta los hombros dentro de la refrescante piscina. No sabía por qué pero sentí un repentino pudor si me veía en bikini. Por cierto, daba la casualidad que había cogido el más viejo que tenía, pensando que no

me toparía con nadie.

Traté de disimular jugueteando con la niña y una pelota hinchable, mientras Javier se deshacía de la camiseta, las playeras y se dirigía hacia la ducha. Una vez allí, mientras el agua recorría los músculos de su espalda y se detenían remolones en los relieves de sus abdominales y su trasero, miré embobada aquel cuerpazo tostado por el sol. El bañador era negro, corto, lo suficiente para tapar e imaginar. Aunque yo no tenía que imaginar nada, ya sabía lo que era sentir ese cuerpo sobre mí, dentro de mí.

Se lanzó de cabeza al agua y yo sentí que me acaloraba cuando apareció con sus increíbles ojos verdes y el pelo negro peinado hacia atrás dibujando ondas por el efecto del agua cerca de nosotras. Rápidamente tomó la iniciativa en el juego y empezó a lanzarnos la pelota. Carmen estaba encantada con el amigo de mami. Estaba falta de juego. No paró de lanzarla por los aires, darle volteretas y hacerle todo tipo de perrerías. *Encima era buenísimo con los niños, sería un increíble padre* —suspiré y me maldije por no tenerlo a mi lado. Traté de nadar un poco mientras él estaba jugando con Carmen. *¡Debía tener algún defecto, por Dios!* Algo que me ayudase a odiarlo, aunque fuese un poquito.

Empecé a nadar cada vez más rápido como si fuese Esther Williams. Quería demostrarle que todavía estaba en forma, con la mala suerte que a la segunda vuelta, cuando nadaba por la parte más profunda, sentí un pinchazo en la pierna derecha que me recorrió desde la parte trasera del muslo hasta la planta del pie. En pocos segundos la pierna estaba totalmente agarrotada, no podía estirla. Aun así, continué nadando con un dolor terrible. Solo pude dar dos o tres brazas más, cuando la otra pierna me falló también. Noté entonces que me hundía. Pedí auxilio y antes de que pudiese tocar el fondo, pensando que me ahogaría, unos fuertes brazos me rescataron y movieron como si fuese

una liviana hoja de árbol que flotaba en la superficie. Javier me llevó hasta el bordillo y me aupó hasta el camino blanco que bordeaba la piscina.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó con cara de preocupación.

Al principio no pude hablar, estaba algo conmocionada. No veía a Carmen en el agua y traté de apartarlo para verla. Entonces apareció a mi lado.

—No te preocupes la he sacado del agua antes.

—¿Cómo eres tan rápido? Yo casi me ahogo... —dije sonriendo.

—Nos has dado un buen susto, ¿verdad Carmen?

—Sí, mamá. ¿Estás bien? ¿Te traigo algo?

—No te preocupes cariño. —respondí mientras escuchaba la voz de mi madre tras los setos.

—¡Abuela, mamá se ha ahogado! —gritó Carmen.

Yo estaba algo desvanecida. Javier todavía me agarraba entre sus brazos. Mojado con las gotas de agua acariciando las ondas de su pelo, así como sus rizadas pestañas, me hizo estremecerme. No quise mirar más abajo, hacia sus abdominales, la situación me animaba a quedarme así para siempre. Cerré los ojos para recordar el momento. Javier interpretó que me volvía a desmayar y le pidió a Carmen que fuese en busca de su abuela para que trajese una coca cola o algo dulce para reanimarme.

—En serio, no te preocupes, estoy bien —protesté. Al intentar incorporarme, el calambre volvió a darme una sacudida y tuve que echarme hacia delante. Mi cabeza chocó con la de Javier y este se precipitó sobre mí. Nuestras bocas estuvieron a punto de rozarse, casi pude sentir el calor de sus labios de nuevo. Demasiada tentación para resistirme. Él debió sentir lo mismo porque no se reprimió. Dejó caer sus labios sobre los míos un poco

entreabiertos. Sabía que eso no era el boca a boca. Aquello era un beso de verdad. Un beso húmedo que hizo que todos los vellos del cuerpo se me erizasen. Sentí el amargo sabor del cloro dentro de mi boca, solo que ahora tenía un cierto regusto dulce que me encantaba. Al cabo de unos segundos, nuestras bocas se separaron ante la presencia de dos figuritas que nos observaban aproximándose desde la distancia.

—¡Ala mamá! Eso era el boca a boca. Menos mal que Javier sabe hacerlo —gritó Carmen al lado de su abuela que sostenía una lata de refresco de cola con gesto de desagrado al contemplar la escena.

—Menos mal, hija. Javier me ha salvado de ahogarme —dije separándome de él con todo el dolor de mi corazón e incorporándome para buscar una toalla. El antiguo bikini blanco apenas ocultaba la excitación de mis senos. Me cubrí con los brazos y cojeé en busca de la toalla.

—Lo siento —leí en sus labios. Hice un gesto de “No-te-preocupes” aunque debería ser un gesto de “es-lo-mejor-que-me-ha-pasado-con-un-hombre-en-años”. Javier se dio la vuelta y recogió sus cosas. Mientas bebía, contemplé como ese cuerpo se marchaba de la piscina. No me corté delante de mi madre, aquel portento de la naturaleza era digno de admirar.

—¡Hija! Ten cuidado a ver si te salvas de morir ahogada, y te mueres de un empacho por mirarlo tanto.

Quise responderle y echarle en cara que si no estábamos juntos había sido por su culpa, pero entonces me privaría de aquella visión tan exquisita, opté por ignorarla.

Me relamí en la bañera recordando aquel beso, con tal torpeza que derramé el valioso champagne sobre mi boca, alcanzando mis pechos, el agridulce

líquido hizo desaparecer la espuma que rodeaba mis senos, de nuevo erizados por el recuerdo.

Te quiero como nunca he querido a alguien, pero eso nunca lo sabrás, porque sé que desde hoy serás nada más que un amigo.

El domingo pasó como una exhalación. No quise hablar con nadie que no fuese mi hermana. Pedí que no me pasasen llamada alguna a la habitación, excepto las de España. Me tragué varias películas románticonas del canal *Love TV* y arrasé con todas las golosinas que encontré por el dormitorio. Poco podía hacer salvo esconderme en ese hotel de lujo.

Analizando la situación era el mejor lugar para ocultarme: público, pero a la vez íntimo. Sabía que los hombres que habían visitado el orfanato estaban tras mis pasos. Por otra parte, tampoco me podía fiar de Pablo, y eso significaba ignorar las doce llamadas perdidas de Patricia. Menudo embrollo en el que me había metido Robert. Traté de contactar con el orfanato St. Andrew's y no hubo manera, tendría que esperar al lunes.

A última hora de la tarde recibí la llamada de mi hermana Marisa, pensaba que se había olvidado.

—Buenas, Sara. Tengo noticias —anunció Marisa emocionada.

—¿Has encontrado eso? —pregunté impaciente.

—No, ni rastro del “pen” ese.

—Entonces... ¿A qué viene tanta euforia?

—Porque he descubierto que Robert mandó construir una caja fuerte.

—¿Cómo? Pero... ¿Dónde está? ¿Empotrada en algún ropero?

—No tengo la menor idea. He mirado en los sitios más obvios: detrás de los cuadros, los armarios roperos, etc. Pero ni rastro del artilugio.

—¿Cómo sabes que hay una caja fuerte?

—Pues muy sencillo. Cuando revolvía los cajones del salón buscando el objeto en cuestión, me topé con varias facturas. Una de ellas es de un albañil al que se le pagó por empotrar la caja fuerte.

—¿Estás segura? —pregunté emocionada.

—Sí, porque es un albañil del pueblo y lo he localizado. Dice que su hijo fue quien realizó el trabajo, pero que no pensaba decir dónde la puso, aunque Robert haya fallecido. Parece que hemos dado con el único hombre honrado sobre la faz de la tierra.

—¡Vaya! Bueno no te preocupes. Ya la encontraré cuando regrese. De todos modos no significa que el pen esté ahí...

—Te equivocas. Esa es la buena noticia. El albañil me contó que no te hicieras ilusiones con encontrar dinero pues su hijo le comentó lo raros que eran los extranjeros: en vez de guardar dinero o joyas, delante de él guardó un pequeño objeto, de esos para guardar datos.

—¡Lo has encontrado! ¡Lo conseguiste! —Grité emocionada—. Bueno, en cuanto vuelva a España trataré de dar con ella.

—Pero... tampoco sabes la contraseña hermana...

—Por eso no hay que preocuparse. Robert nunca ha sido una caja de sorpresas. Siempre ha usado la misma clave para todo: tarjetas de crédito, pin del móvil, email... Yo conocía esa clave.

—Bueno, espero haber sido de ayuda. Me ha distraído mucho actuar como detective en tu propia casa, hermanita. Lo he pasado genial —sonrió.

—Has hecho un trabajo formidable. Muchísimas gracias, estamos en contacto.

—De acuerdo, pero la próxima vez llamas tú que esto me va a salir por un ojo de la cara. —Me regañó.

—Trato hecho. Un beso a todos.

Parecía que otro rompecabezas se colaba en mi vida. Este parecía del tipo de jueguecitos que tanto gustaba a Robert cuando estaba vivo. A veces tardaba horas en encontrar mi regalo de cumpleaños tras buscarlo por toda la casa y seguir las pistas que mi marido me iba dando.

La mañana del lunes se despertó cargada y gris, al igual que yo. Me dolía la cabeza, estaba empachada, y no tenía ganas de salir a la calle a enfrentarme con el frenético Londres del lunes por la mañana.

Decidí acercarme al orfanato St. Andrew's a ver a Carmen. Podría haber llamado, pero me pareció más correcto ir por allí, y de paso podría averiguar si la habían cambiado. La cuidadora no me había llamado así que mantuve la esperanza de que no hubiera sido trasladada.

Llegué temprano y pude ver cómo el director caminaba a prisa para entrar a trabajar. Lo abordé antes de entrar al recinto.

—¡Buenas! ¿Podemos hablar?

—Buenas, Señora Scott. La verdad es que me pilla en mal momento... Respecto a lo de Carmen... Debo decirle que estamos tratando de agilizar los papeles.

—Quiero verla. Solo será un minuto.

—Es imposible, ya no está dentro de su expediente de acogida.

—Se lo ruego. —le supliqué agarrándole del brazo fuertemente. El hombre, al sentir que invadía su espacio vital y además le agarraba del brazo, casi gritó.

—Le pido por favor que me suelte, no se ponga en evidencia en mitad de la calle. No es propio de personas civilizadas. —Protestó molesto, zafándose de mi brazo—. No es el momento ni el lugar para hablar de esto —dijo alejándose.

—¿Qué le cuesta?

—Lo siento, pero Carmen ya no está en este centro. Lo hemos hecho por su bien. Es mejor que usted no sepa en qué centro la tenemos. Así no tendrá la tentación de ir a buscarla. Usted está fuera de la vida de esa menor. Márchese o tendré que llamar a la policía por acoso.

—Esto no va a quedar así, ya tendrá noticias de mi abogado. Me he informado y sé que lo que han hecho es ilegal. Voy a denunciarles administrativa y públicamente. Convocaré a los medios si hace falta.

Entonces, como por arte de magia, la puerta del orfanato que se acababa de cerrar, volvió a abrirse de golpe.

—Acompáñeme, por favor. Es hora de que hablemos en serio.

Javier no entendía cómo se había podido marchar una segunda vez del mismo modo: sin despedirse y a traición. Era cierto que en las últimas semanas había habido ciertos acercamientos, pero nada preocupante pues los dos estaban comprometidos. O eso pensaba. Dentro de su corazón sabía que aquella llamita que el destino apagó, cada momento que pasaba a su lado ardía con más y más intensidad. No veía el momento en que llegase a la que sería su nueva casa y la encontrase pululando por el jardín o como aquella vez en la piscina.

Llamó al timbre pero nadie contestó. Se había esfumado de nuevo. Algún vecino le dijo que los vio marcharse el día 27. Desde entonces la casa parecía

cerrada a cal y canto. Si al menos encontrase al jardinero, este le podría decir algo sobre Sara. La angustia lo carcomía. Le asustaba la idea de que se hubiese marchado para siempre al empezar a sentir algo parecido a lo que resurgía de nuevo en su corazón. Algo que había enterrado y lapidado en lo más profundo de su ser, algo que había empezado a emerger hasta la superficie como una semilla olvidada en un terreno árido, y que ahora amenazaba con brotar en el exterior. Se dio media vuelta y subió a su coche. Tal vez mañana tendría más suerte y pudiese encontrarla. Esperaba no haberla perdido de nuevo, se contentaría con verla cada día.

El despacho del director olía a rancio y estaba tan desordenado como la primera vez. Esta vez no estaba tan desesperada, estaba más tranquila analizando al hombre que tenía enfrente. Él sí parecía mucho más preocupado.

—No haga lo que ha insinuado a voces en la calle. —Se levantó para correr las cortinas y cerró la puerta con el pestillo— si quiere volver a ver a su hija, y seguir con vida, debe hacer lo que yo le diga, es un consejo. No me han aclarado por qué es importante esa niña, pero sé lo que quieren. Usted también lo sabe.

—Disculpe pero no le sigo.

El hombre lanzó un pendrive de I&B Stockbrokers sobre la mesa, mi mirada de asombro me delató.

—Quieren un dispositivo igualito que este, uno en el que su marido sustrajo cierta información confidencial del gobierno. Debe saber que no van a parar hasta conseguirlo... Si no lo recuperan, jamás volverá a ver a Carmen, se lo aseguro. La información clasificada en ese pendrive es demasiado valiosa para estar por ahí rodando. Acabaría con la estabilidad del país, el gobierno se iría al garete.

—No sé bien de qué me habla... ¡Ah! Ahora entiendo por qué esos tipos del gobierno entraron a robar en casa. Tal vez lo encontraron y asunto zanjado. —mentí.

—Conmigo no se haga la tonta, Sra. Scott. Yo no estoy de su parte ni de la de ellos. Estoy en medio, me preocupa la niña. Pero sí le aconsejo que si le proponen algún tipo de trato: hacer un cambio de su hija por la información, deberá acceder sin pensarlo.

—Pienso ir a las autoridades a denunciar este escándalo...

—No sea estúpida, ellos son la autoridad, ¿va a decirles a sus propios hombres, a quienes son pagados por esos peces gordos, que sus jefes son unos licenciosos hombres de negocios preocupados por ocultar sus trapos sucios? Sra. Scott, nuestras vidas valen muy poco en comparación con los secretos de los gobiernos. Antes de que pudiera salir de la comisaría estaría tirada en un callejón con dos tiros en la cabeza. Cualquiera puede sufrir un accidente o desaparecer sin dejar rastro. ¿Cuánto tiempo cree que durará la noticia de su desaparición en los medios? Un día, un telediario, unos minutos...

—No se confunda, señor Kennington. No soy de las que se achantan —mentí, empezando a sentir que todo se me escapaba de las manos— pienso plantar cara a esos burócratas corruptos del gobierno.

—¿Cómo? En cuanto sepan dónde está la información, si intentó desafiarles, se vengarán de usted... Aunque primero irán a por la niña, que es lo que más le duele. De hecho, Carmen ya no está en este centro, como le dije antes. Solo le queda seguir sus indicaciones, tal vez así tenga suerte.

No podía creer que esos malnacidos me estuviesen chantajeando con la niña. De manera que la cuidadora tenía razón, Carmen era la moneda de cambio. Si no accedía, jamás volvería a verla. De nuevo quise que la tranquilidad de junio volviese a mi vida, cuando solo me preocupaba por el

índice solar a aplicarle a mi hija, la comida del mediodía y en comprar mobiliario nuevo para la casa.

Tras pensarlo detenidamente descubrí un reflejo de verdad y angustia en la mirada de ese hombre. Sentí que podía confiar en él. Al menos me estaba diciendo la verdad. Él no ganaba ni perdía nada. Yo, en cambio, podía perderlo todo.

—De acuerdo. Dígales a quienes retienen a mi hija impidiéndome terminar el proceso de adopción de manera ilegal que voy a colaborar con ellos. Dígales que no tengo ni la más remota idea de dónde puede estar ese pen, pero que si está escondido en algún lugar, lo encontraré. No pienso mirarlo, ni hurgarlo, pero deben darme al menos una semana de plazo. Mi marido tenía varias propiedades en Londres, Oxford...

—Y España —apuntó, indicando lo informado que estaban de todos nuestros movimientos.

—...Y España. Así que tendré que empezar por las propiedades de Londres, después la enorme finca de Oxford y finalmente viajaría a España. Aunque no creo que esté allí, la casa es nueva y mi marido solo la compró, no estuvo viviendo allí. Yo he estado acondicionándola durante algo más de un mes, y no he visto ningún aparato como ese en la casa. De hecho, cuando él falleció la estaba terminando de decorar.

—De acuerdo. Una semana es un plazo razonable, pero le ruego que haga todo lo posible por encontrarlo. En cuanto sepa algo llame a este número. — Me entregó una tarjeta con su nombre y teléfono— me temo que el gobierno no es el único interesado en esa información... Así que tenga cuidado, se lo ruego, Carmen la esperará.

Me despedí de Mike Kennington con la extraña sensación de haberme desnudado demasiado ante él. A punto había estado de contarle que el pen

estaría seguramente en España. De todos modos tenía que ir de tour turístico hasta Oxford a comprobarlo. Había cogido el pen que Mike me había mostrado de prueba para identificar al verdadero.

Decidí coger el metro hasta Embankment, sería más seguro caminar entre cientos de londinenses que sola en un taxi. Cancelé la cita con el abogado. Poco podía hacer el letrado contra la cúpula del gobierno británico. Estaba claro que ellos tenían la sartén por el mango.

El metro estaba de bote en bote, era la hora del mediodía y muchos paraban para almorzar. Al salir del metro, en la parada del hotel, me pareció ver la cara de un hombre de unos cincuenta años al que ya había visto leyendo un periódico la tarde anterior desde mi terraza del hotel. Vestía la misma ropa oscura y llevaba gafas de sol. Apoyado en una de las bocas del metro, me sobrecogí al darme cuenta que estaba leyendo el periódico al revés. Estaba vigilando, nadie leía un periódico de esa manera. Di media vuelta y decidí subir por la otra boca del metro. El hombre dobló el periódico parsimoniosamente y con la tranquilidad de un asesino profesional comenzó a seguirme. Yo disimulé hasta que toda mi figura se introdujo bajo tierra de nuevo, entonces corrí desesperada, huyendo de él.

Subí los escalones a toda prisa, tropecé con uno de los bordes oxidados de las escaleras y a punto estuve de caer de bruces. Si no me mataba el tipo que me seguía, lo haría de una infección al hacerme una herida con ese filo lleno de porquería y óxido.

La gente comenzó a mirarme extrañada cuando salí a toda prisa del metro. Tras de mí escuché unas fuertes pisadas dirigiéndose hacia la misma salida. Miré el hotel que estaba al otro lado de la plaza. Demasiado espacio abierto, me atraparía sin dudas. Entonces me giré hacia las callejuelas de *Embankment*. Esa podría ser mi salvación o mi condena.

¿Qué iba a hacer si salía a una de las callejuelas que daban al río? ¿Me tiraría al Támesis?

Doblando la esquina a toda prisa vi de reojo que mi perseguidor había salido. *¡Maldición!* —pensé. Me había visto antes de que yo doblase la esquina y escapase de su ángulo de visión. Estaba perdida. Podría haber entrado en un local, pero no quería poner a nadie en peligro y tampoco quería quedar atrapada. En una situación normal podría haber llamado a la policía, pero aquel tipo podía ser del gobierno... Decidí rodear el edificio y volver hasta la infinita plaza del hotel. Me descalcé y guardé los zapatos en mi bolso mientras corría, no destrozaría unos *Louboutin* auténticos, descalza iría más rápido. Pronto sentí el gélido suelo bajo mis pies. Las medias desaparecieron rápido con el roce del asfalto. Ahora que tenía una ruta a seguir iba más diligente. Sabía que si miraba hacia atrás, el pánico me dominaría. Gané distancia y lo perdí de vista. Cuando ya comprobé que no me seguía, me calcé de nuevo y caminé disimulando por la plaza mientras recuperaba el aliento, con las medias rotas hasta los tobillos.

Ahora volvía a ver el hotel, pero desde la esquina más alejada de la explanada. Me apresuré hacia su encuentro. Sentí lo que los cowboys del oeste experimentaban al atravesar las llanuras atestadas de indios americanos, camino del cobijo en el fuerte. Tenía que llegar como fuese. Entonces, choqué con alguien y me sobresalté. Chillé al notar que una persona agarraba mi brazo. Me había cogido.

—¡Sara! ¿Qué haces aquí? ¡Tienes un aspecto horrible! ¿Te sucede algo? — preguntó mi amiga Patty extrañada de encontrarme allí con aquel aspecto tan deplorable. No podía creerlo, estaba salvada.

Me eché en sus brazos y comencé a llorar como una niña. Había pasado un pánico terrible.

—No sabes el susto que he pasado. Alguien me perseguía. Desde el robo en casa me parece ver cosas extrañas. Desconfío de la gente por la calle, y creo que me están siguiendo. ¡Suerte que te he encontrado! No sé de quién fiarme, creo que me estoy volviendo loca.

—He ido a tu piso y no estabas... Te he llamado mil veces ¿Dónde te estás quedando? No puedes ir así por la calle, sola, desorientada... Debes descansar. Lo que te ha pasado puede superar a cualquiera, mi vida. Te vienes para casa. —afirmó.

Estuve a punto de decirle que estaba en el hotel *Royal Houseguards*, algo más tranquila al contemplar nuestro reflejo en el escaparate que tenía frente a mí: dos mujeres abrazadas en mitad de la bulliciosa plaza londinense, dos buenas amigas, alguien en quien confiar. De repente, algo me extrañó. Por el rabillo del ojo vi aparecer al sujeto que me perseguía, corriendo, al vernos se detuvo en seco. A punto estuve de darme la vuelta y empezar a chillar. Tenía que avisar a mi amiga. Entonces me quedé petrificada, vi cómo Patricia le indicaba al sujeto de manera disimulada con la mano que se diese la vuelta y se marchase. Si me hubiesen pinchado en ese preciso momento, no habrían sacado ni una gota de sangre.

*¿Patricia era uno de ellos? ¿Estaba compinchada con aquel tipo?
¿Estábamos todos locos, o qué? —Me pregunté.*

Estaba claro que Pat trabajaba con ese tipo. En realidad no sabía por qué iba a poder confiar en ella y no en su marido. Ambos parecían estar involucrados en el asunto de los documentos.

—Perdona cariño, ¿Dónde me has dicho que te hospedabas? —Preguntó de nuevo, echándose hacia atrás y secándose las lágrimas con un pañuelo. Descubrí entonces la sonrisa más falsa y peligrosa que había visto en mi vida.

Querrás decir: ¿Dónde narices escondes los documentos de tu marido?

Dímelo y te matamos rapidito... —me dije.

Tardé en reaccionar, me notaba pálida y asustada. Estaba a punto de marearme. Aquella mujer era uno de los pocos pilares firmes de mi vida, alguien en quien hasta ahora me podía apoyar. El alivio experimentado instantes antes se tornó en fobia y angustia. Tenía que inventar algo rápido para alejarme de ella.

—Estoy en el *Westminster Plaza*...

—Eso está algo lejos de aquí. ¿No? Te acompaño, recoges tus cosas y te vienes a casa. Ahora mismo voy a llamar a Pablo y que nos recoja. Si dices que te siguen, es mejor que no cojamos un taxi.

Hizo un ademán de sacar el móvil, pero yo la interrumpí.

—No te preocupes —dije apartándola con algo de brusquedad—. En realidad he venido aquí a buscar un abogado que me habían recomendado. Un especialista en adopciones.

—Vale, podemos ir juntas si lo prefieres, no pienso dejarte sola. Yo... estaba simplemente haciendo unos recados, pero pueden esperar. Tú eres lo más importante en estos momentos...

¡Qué falsa e hipócrita era! Querría decir que si no conseguían las cuentas y los documentos, su maridito acabaría en el fondo del río Támesis con dos balazos en el cráneo. Lo sentía por ella, pero lo primero éramos Carmen y yo.

—De veras que ya estoy mejor, además creo que el tipo ese se ha debido ir. Estoy un poco paranoica, eso es todo. Si quieres podemos vernos en el hotel esta tarde. Mañana quiero volver al piso y podrías ayudarme a recogerlo todo —Mentí.

—No seas tonta. Voy contigo. ¿Te has visto?

No me la iba a quitar de encima, debía darle esquinazo. No podía fiarme de ella. Patricia había sido como mi segunda madre para mí desde que había llegado a Inglaterra. Al igual que con la primera, me había dado una puñalada por la espalda, jamás confiaría en otra mujer tanto como lo había hecho en ellas. Comprendía que esos documentos debían ser importantes para ambos, tal vez sus vidas también estuviesen en peligro si no los recuperaban, pero yo no iba a sacrificar a Carmen por el topo de su marido.

—¿Para qué quieres un abogado querida?—preguntó encendiendo un cigarrillo.

¿Era tonta o se lo hacía? —Acababa de decírselo.

—Verás, se han llevado a Carmen a otro centro de menores, —tragué saliva y dejé que se agarrase de mi brazo, ahora me ardía el tacto de su piel—. El director del centro me ha dicho que el mejor letrado especialista en estos casos está en un edificio de esta plaza, necesito encontrarlo.

Mientras caminábamos, ojeaba los edificios buscando uno que pusiese en la puerta "*lawyer*". Al cabo de un minuto vi un antiguo edificio de ladrillo negruzco con pinta de cierto abandono en el que se leía Tom Karis, Lawyer.

—¡Aquí es Patty! —voceé aliviada. No te preocupes por mí. Tardaré bastante, no quiero aburrirte con rollos burocráticos. —Le mentí, tratando de zafarme de ella. Pulsé el portero electrónico y recé por que se marchase antes de que alguien contestase. Entonces mi mentira quedaría patente: no tenía cita alguna.

—Sara, parece que quisieras deshacerte de mí... —dijo con cierta desconfianza, analizando cualquier movimiento facial para descubrirme mintiendo.

—No seas boba... Puedes aprovechar y terminar tus recados. Nos vemos

aquí en una hora.

Alguien contestó al portero, pero no se escuchaba bien, así que abrió la puerta sin pensarlo.

—De acuerdo —accedió al fin, tal vez confiada de que no trataría de escapar de ella, que todavía estaba bajo el paraguas de mi confianza. Miró alrededor y señaló una cafetería—. Te esperaré allí, enfrente. Ni se te ocurra irte sin mí... Ese tipo podría regresar. No te entretengas.

¿Aquello era una amenaza? O ahora que yo había descubierto que no era de fiar, lo analizaba todo con mayor suspicacia.

—Nos vemos entonces en la cafetería.

Cerré la puerta y recé por que el portal tuviese salida trasera, un patio o algo por donde huir.

No tenía nada. La puerta principal era la única vía de acceso al edificio. Por encima de mi cabeza un hombre se asomó.

—¿Ha llamado usted al abogado? —preguntó un atractivo treintañero desde la segunda planta.

Quise responderle que no, que estaba ahí porque era el repartidor de pizzas.

—Siiií, —respondí tímidamente, resignada a ser descubierta.

—Debe subir usted por las escaleras, el ascensor está averiado.

¡Premio! —musité.

Subí por las oscuras escaleras tapizadas en moqueta de tono indescriptible, bañada por un maloliente aroma que ascendía hasta mi nariz a cada paso que daba. Si Jack el destripador hubiese visto ese escenario seguro que me habría hecho algunos retoquitos en el cuerpo. Pensé enseguida que no sabía dónde me

estaba metiendo y que desconocía cómo saldría de allí.

Pat me esperaba para custodiarme con sus secuaces. No podía llamar a la policía, y ahora me iba a meter en un piso oscuro y aislado con un perfecto desconocido... Sin duda lo estaba mejorando.

¡Dios, cómo echaba de menos el jacuzzi del hotel! —murmuré mientras subía. Aquel lúgubre lugar daba un poco de miedo, me recordaba al motel de *Psychosis*.

—Buenas —susurré asfixiada cuando llegué— ¿lleva usted casos de divorcio?

—Sí, en efecto. —Respondió el hombre de un metro ochenta, sonrisa atractiva, ojos azules y un traje italiano algo manido. En otro contexto habría ganado muchos puntos. Resultaba incluso interesante en ese ambiente de película de terror. Aunque dadas las circunstancias no tenía muchas ganas de pasar un solo minuto de más en ese edificio.

—¿El edificio tiene otra salida?

—¿Disculpe?

—Verá, quiero divorciarme de mi esposo y estoy segura de que me ha seguido hasta aquí. Sé que está plantado en la cafetería de enfrente y si salgo del edificio constatará que quiero divorciarme de él, pues ya habrá leído su nombre en el portal... Después vendrá otra paliza. He tenido que despistarlo en el metro, he corrido incluso descalza, ese es el motivo de mis pintas, discúlpeme.

—Bueno, ahora que lo dice... Tenemos una salida de incendios en la parte trasera del edificio, pero es peligrosa porque no se revisa, está en desuso y la escalera es muy estrecha.

—No se preocupe. Me servirá. Cualquier cosa por escapar de ese animal.

¿Sabe usted lo que es sentir un puñetazo en la boca del estómago y una patada en las costillas cuando está en el suelo...?—el hombre calló, observándome con los ojos muy abiertos— Pues yo sí. Por favor indíqueme la salida. Siento ser tan maleducada. Le dejaré mi tarjeta y hablaremos por teléfono. —Miré en el bolso como que la buscaba, no tenía intención de decirle quién era.

—No hay problema. Me hago cargo. Tome mi tarjeta para cuando podamos reunirnos con más calma. La ayudaré, no se preocupe. Mi padre también zurró a mi madre durante muchos años, me prometí que jamás encubriría a uno de esos bastardos. ¡Sígame!

Nos adentramos en el piso que estaba habilitado como bufete, solo conservaba el baño y una pequeña cocina. Accedimos al salón, allí pude ver tras los grandes ventanales del balcón una vieja escaleras de incendios: mi salvación.

—Tenga mucho cuidado. No olvide telefonarme... Sobre todo si ese malnacido intenta pegarle de nuevo, pienso que debería acompañarla.

Vaya manía con acompañarme. Solo quería llegar al hotel de una maldita vez.

—No se preocupe podré apañármelas, en otras plazas peores he toreado yo, —rumié en español por lo bajo.

—¿Disculpe?

—Nada, nada, hablaba sola. Muchísimas gracias. Le pido un último favor, si le preguntan por mí, no me ha visto.

—Descuide. No me ha dicho como se llama... Yo soy...

—Lo sé, lo vi en su tarjeta. Yo soy Laura —le mentí desde los peligrosos escalones. La escalera crujía a cada nuevo paso. Encima, tendría que bajar tres plantas por ese desfiladero de metal. Al poco, uno de ellos cedió por el

peso y resbalé, por suerte no se partió y no caí, matándome.

—¿Está bien Laura? —Preguntó el abogado, asomándose más por la ventana.

—Sí, no se preocupe. Mientras la escalera no se suelte de los anclajes de la pared...

No había hecho más que decir eso cuando una de las sujeciones superiores se desencajó propinando algunos cascotes que cayeron estrepitosamente al suelo. No me moví, no quería mirar abajo. Todavía me quedaba mucho para estar a salvo.

—Me temo que ya no. Ahora ya no puedo ayudarla aunque quiera, si bajo, la partiremos, no aguantará el peso de los dos.

No sabía por qué ese hombre no paraba de hablar, Tal vez quería que olvidase mi miedo, pero me estaba empezando a poner realmente nerviosa. *¿Y si lo mandaba a la mierda? ¿Sería sumamente descortés?* —pensé mientras inspiraba aire y lo expulsaba lentamente para tranquilizarme. Ese pobre angelito no tenía culpa de la situación en la que me encontraba, solo quería ayudarme. Pareció recibir una orden telepática porque calló hasta que llegué al suelo, sana y salva.

Tuve que saltar desde unos dos metros del suelo ya que la escalera no descendía más, para evitar robos. Salté colgada del último escalón, de ese modo reduciría la altura al restarle la medida de mi propio cuerpo. Aun así tuve la mala suerte que me doblé el tobillo y se me partió un tacón del zapato: *Adiós a los Louboutin.*

Cojeando, con las medias rotas, los pelos de estropajo, todo el maquillaje churreteado y con un zapato en la mano llegué por fin al hall del lujoso hotel de cinco estrellas. Iba hecha todo un poema. No obstante, el portero del hotel

me dejó entrar cuando le mostré una tarjeta de cliente vip. El recepcionista me miró sorprendido, pero no dijo nada, política de empresa; discreción. Me tendió la llave que abría mi habitación, cuando intentó preguntar si me encontraba bien le hice un gesto para que guardase silencio.

No comments, please | —fue mi única respuesta.

Si tienes dos amores, quédate con el segundo porque si de verdad te importase el primero, nunca habrías dejado entrar otro en tu vida.

De nuevo, refugiada en la efímera seguridad de la suite, me asomé al balcón por si veía a Patricia o al hombre que me había estado siguiendo por la ciudad. Ya sabrían dónde me hospedaba. Seguramente me vigilaban por si me hacía con los documentos. Tampoco sabía realmente qué querían de mí, si querían secuestrarme, interrogarme o qué sabía yo. Lo cierto era que esos documentos ya tenían dueño. Nadie me los arrebataría, nadie me quitaría a mi pequeña.

Telefoneé a mi edificio para saber cómo estaba mi apartamento. El conserje me dijo que al día siguiente estaría todo listo. Habían recogido todo, cambiado la cerradura y habían instalado una alarma volumétrica con grabación de imágenes como les había pedido.

No sabía cuánto tiempo permanecería en el país. Todo dependía de la adopción de Carmen y la burocracia. Tenía claro que ahora tendría que regresar fugazmente a España antes de lo esperado para buscar allí. Tenía un plazo que cumplir y los días pasaban volando.

Pedí algo de cena al servicio de habitaciones. Me lo había merecido. A los veinte minutos me trajeron ostras, una botella de vino blanco y un coulant de chocolate caliente.

Cenando ostras, pero más sola que la una. Entonces recordé la cena que Javier y yo habíamos tenido la noche antes de enterarme de que Robert había fallecido. Me sentí mal al recordarlo, Robert había estado muriéndose y yo tonteando con el gran amor de mi vida.

¿Hasta qué punto me sentía culpable?

Yo no sabía nada, por lo tanto no se puede culpar a quien desconoce la realidad. De todas formas, me sentí un poco indecente al recordarlo. A pesar de haber sido medio secuestrada y arrastrada con engaños y fruslerías al lado de Robert cuando era joven, y haber abandonado a mi verdadero amor, supe en aquellos momentos que quedar con Javier, solos, por la noche, no era una cita fraternal precisamente.

Me había arreglado durante más de una hora: pelo, uñas, vestido, complementos, hasta la ropa interior, sin saber por qué, sufrieron varios cambios.

No sabía adónde me llevaba esa cita. Yo estaba casada y a punto de recibir a mi marido en su mes de vacaciones. Javier prometido y a punto de casarse. Me sentí menos culpable al recordar, por la carta de Robert, que todo había sido orquestado por su varita. Había sido el cocinero sabio que había dispuesto los ingredientes adecuados para que se mezclasen formando la receta prevista en su maquiavélico plan. Robert ya sabía al igual que descubrimos nosotros nada más reencontrarnos que la llama se reavivaría. Ahora solo dependía de derribar los prejuicios, los convencionalismos y dejarnos llevar... Eso hice esa noche, me dejé llevar...

Carmen decidió hacer una fiesta de pijama con sus primas, lo había visto en una película de *Disney Channel* y llevaba varios días tratando de convencernos a todas para que la dejásemos hacer una guerra de almohadas. No podía negárselo, la pobre lo había pasado tan mal sin una familia, de una institución a otra, que se había perdido todos esos momentos familiares. Mi hermana mediana accedió a quedarse con ellas. Marisa era la única que se estaba portando como una verdadera familia. El resto no se involucraba.

Tampoco yo me abría a mi hermana mayor ni a mi madre. Trece años odiándolas no se podían olvidar en unos días. Marisa parecía ser diferente. Me demostró con sus actos, no con sus palabras, que estaba arrepentida por haber colaborado a que hipotecase mi vida con un hombre mayor, extranjero, al que no conocía y con el que me tuve que casar para sobrevivir.

Desde que yo había vuelto a España Marisa había sido muy comprensiva conmigo, ayudándome en todo. Así que no protestó cuando le pedí que se quedara en casa a dormir con las niñas. Su mirada cómplice cuando dejé la casa, jamás la olvidaré. Era una invitación a vivir la vida y disfrutar de los trece años que había estado apartada del hombre de mi vida. Marisa me dijo en la puerta de casa que seguíamos haciendo buena pareja, que parecía no haber pasado el tiempo cuando estábamos juntos, que los demás desaparecían a nuestro alrededor. Me dijo que guardaría el secreto con una sonrisa en sus labios.

—No todo el mundo tiene una segunda oportunidad. Ahora puedes ver si lo vuestro hubiese funcionado, o si todavía queda algo... —me insinuó.

—Hermana, no va a pasar nada. Solo somos buenos amigos que van a ponerse al día, han sido muchos años sin saber uno del otro...

—De acuerdo. Lo que tu digas, ¡anda, corre y no le hagas esperar!

Habíamos quedado en el parking del club de tenis. Nosotros sabíamos que no debíamos ocultar nada, solo éramos amigos. Pero como decía mi tía Eugenia: “el amor es ciego pero los vecinos no”. Mejor guardar las apariencias. La amistad entre un hombre y una mujer parecía seguir sin existir en España. Podríamos hablar de tantos temas: música, libros, cine, el pasado... No había por qué mezclar el sexo con la amistad por mucho que la sociedad machista nos empujase a ello.

Yo tenía claro que no le sería infiel a Robert, jamás. Mi integridad personal

me lo impedía. Mi mente, en cambio, me jugaba malas pasadas imaginando sus flirteos dentro del descapotable aparcado en una solitaria playa a altas horas de la madrugada. Rápidamente aparté esos pensamientos subidos de tono cuando lo vi aparecer en su deportivo. Javier estaba muy bien con su prometida, seguramente no tendría necesidades sexuales con una novia tan atractiva y joven.

¿Qué podría ofrecerle yo con respecto a esa muchacha de anuncio? —me dije. Pero ¿qué estaba haciendo? Seguía fantaseando con Javier.

Javier vestía con una camisa blanca de manga larga y unos pantalones chinos del mismo color. Tan moreno, esos inmensos ojos bajo unas lentes de pasta oscura, su cuerpo cincelado bajo la ropa de lino provocó que todos mis buenos propósitos acabasen en el asiento trasero junto a mi bolso.

¿No era el hombre más atractivo del mundo? Esa noche era solo para mí.

Nos dirigimos a Gibralfaro, al restaurante de su parador, situado en la parte alta de Málaga. Las vistas desde el parking, las más increíbles de mi ciudad natal, me emocionaron. Javier se acercó por detrás, apoyó sus grandes manos en mis caderas.

—¿La echabas de menos? —susurró.

—Sí, la vista es preciosa. La bahía está más iluminada que momentos antes. Sí que la he echado de menos —dije sin querer darme la vuelta. Cerré un instante los ojos para recordar el contacto de sus manos y ese momento con todas mis fuerzas.

—Ella a ti también. —confesó acercando la comisura de sus labios a mi oído. Sabía que si me giraba nos besaríamos. Tuve que imaginarme a Javier como a un conquistador empedernido que quería echar su última canita al aire antes de casarse, para no darme la vuelta.

¿Y si había algo de cierto en eso? Tal vez quería quitarse la espinita por haberle dejado. Demostrándome que podía tenerme cuando quisiese. —
Pensé mal para ignorar sus acercamientos.

Volví a concentrarme en las vistas del que llamaban el balcón de Málaga. El lugar se encontraba erigido sobre un monte rodeado de pinos, frente a la Alcazaba de Málaga. Iluminada por la noche era igual o más bonita que la Alhambra, que tenía mucha más promoción y marketing. Se divisaba a la perfección la bahía, la ciudad de Málaga, el puerto y el palmeral de entrada al paseo del muelle 1, el parque con sus frondosos árboles, el precioso edificio del ayuntamiento, “la manquita”... Me di cuenta que había echado muchísimo de menos a mi ciudad... Ahora podría venir a verla un par de veces al año, con suerte. Robert se había marcado un buen tanto con el regalo del chalet.

Tras deleitarnos con las vistas, accedimos a la terraza del restaurante. Nos habían reservado una mesa al borde del mirador, bajo el cobijo de un frondoso pino mediterráneo. Las buganvillas trepaban por su tronco hasta colgar divertidas por sus ramas infiriéndole un aspecto de árbol de navidad. Una dama de noche cercana me hizo sentir totalmente en casa. Ese olor debía ser afrodisíaco, sin duda uno de mis favoritos. Javier se encargó de pedir el vino, yo lo tenía claro: quería pescaíto frito. Desde que había regresado solo quería productos típicos de mi tierra o de Andalucía: gazpacho, tortilla de patatas, ensaladilla malagueña... Parecía una guiri más. Javier insistió en que pidiese un plato más elaborado, algo que no resultase un insulto para el chef del parador nacional. Denegué el ofrecimiento, comería pescado frito de mi tierra.

—Estás preciosa esta noche —dijo mientras esperábamos la comida.

—Gracias, tú también. ¿Cómo llevas los preparativos? Ya queda poco. —
Interrumpí tanto cumplido incómodo. De lo contrario no llegaríamos a los postres. Le cambió la cara y respondió con pereza. Era obvio que ese tema no

quería sacarlo durante la comida.

—Bueno, no va mal la cosa, aunque Susana me tiene loco con tantas cosas. Todas las tardes hay algo que hacer. Tengo ganas de que pase todo y poder relajarme de nuevo. Discutimos un día sí y al otro también.

—Hablas sin mucha ilusión. Como si tuvieses que casarte para pasar página.

—Para ti es fácil, ya te has casado, tienes una hija... Yo todavía no he empezado y creo que Susana está bien.

—Como que “está bien” dirás mejor que es la mujer de tu vida. —acusé.

—No.

—No, ¿por qué?

—Pues porque Susana nunca será la mujer de mi vida. Esa solo se presenta una vez, y la mía ya pasó.

El golpe bajo me pilló desprevenida, estaba segura de que se refería a mí, aunque en trece años podía haber conocido a otra mujer que le hubiese robado el corazón. Me sonrojé y seguí como si nada.

—Pero entonces te casas porque sí, porque toca...

—Y tú, ¿por qué te casaste tan joven? ¿Por amor?

Otro golpe bajo. Me bebí media copa de vino blanco de un solo trago. Lo miré con ira, él no tenía ni idea por lo que había pasado. Pero no era el momento de estropearlo todo.

—Lo siento —dijo avergonzado—. Tendrías tus motivos, al igual que ahora los tengo yo. Supongo que a veces en la vida llega el momento para hacer lo que tienes que hacer, aunque no sea con la persona que imaginabas o la más adecuada.

—¿Estás dispuesto a vivir una mentira toda tu vida? Vivir así no es vivir, será sobrevivir, vagar por el mundo sin ilusión y sin rumbo.

—Parece que hablas desde la experiencia.

—¡Pues sí! —dije irritada—. No tienes ni puñetera idea de lo que es estar enamorada de una persona y tener que irte con otra por el bien de los dos. Sacrificarte por ella para no arrastrarla también a una vida que tú crees que no se merece.

—Disculpa, no tenía ni idea...

Nos mantuvimos callados hasta que la ensalada y los primeros platos llegaron. La comida actuó de bálsamo y empezamos a reírnos de tonterías y recuerdos de cuando éramos jóvenes. El instante anterior de sinceridad acerca del pasado resquebrajó el tonto que se había producido al principio.

A pesar de ser verano, sentí algo de fresco. La elevada posición del mirador hacía que el terral no trepase hasta aquella cumbre mágica y protegida. En cambio, el viento más fresco y húmedo se arremolinaba por las copas de los pinos posándose en mis desnudos hombros. Javier, que parecía conocer cada uno de mis deseos o estados de ánimo, se levantó caballerosamente y deslizó su americana sobre mí. El cálido olor de su cuerpo me invadió haciéndome sonreír de placer.

La cena llegaba a su fin y yo me temí lo peor. En parte quería estar con él a solas, más a solas que en un restaurante romántico, pero por otra parte me angustiaba no poder negarme a caer en sus brazos. Los nervios se arremolinaban en mi estómago como mariposas frenéticas que me impedían comer más, como si fuese la primera vez que quedaba con un hombre.

—¿Te apetece dar un paseo? —Preguntó despreocupado— hay que echar esto para abajo.

—De acuerdo —contesté aliviada, “paseo” significaba a solas pero rodeados de algunas personas que también paseasen aprovechando el fresco de la noche junto al mar.

Se hizo cargo de la cuenta, aunque le protesté por pagar. Ese detalle me gustó, a pesar de considerarlo algo machista. Le dije que le invitaría a un helado para no herir mi orgullo feminista. Aunque reconozco que hubiese sido peor que me hubiese dejado pagar la cena a mí, o hubiese dividido la cuenta en dos partes, como era la moda ahora. Sus actos me confirmaron en todo momento que seguía siendo un caballero: me había abierto la puerta del coche, cedido el asiento en el restaurante, me había acompañado y dirigido en todo momento por los acantilados anteponiendo su cuerpo al mío... Todos esos detalles nimios que cuando no los encuentras en tu pareja consideras algo cursi, pero que cuando tu chico los tiene, te encantan.

Subidos en el descapotable bordeamos la bahía de Málaga hasta las calitas de Pedregalejo, parte del barrio más antiguo de pescadores que conservaba un gran encanto y romanticismo. Al bajar del coche, el olor a mar me sorprendió. No sé por qué el mar huele de manera tan intensa y salvaje en esas playas. Casi desinhibida por la brisa marina comencé a caminar a su lado, muy cerca de su cuerpo. Javier me ofreció el brazo para que me agarrase de él al primer contacto carnal de nuestros brazos.

Miré a la luminiscente línea de colores que bordeaba la costa y sentí que era feliz. Pocos momentos en mi vida había tenido consciencia de la felicidad: ese valioso y efímero sentimiento que escapaba al entendimiento matemático debido a la cantidad de variables subjetivas que debían alinearse para que cualquiera de nosotros rozase el tan ansiado sentimiento. Ahora era consciente de ser plenamente feliz.

De haber podido detener el tiempo, lo hubiese hecho en ese instante. Cerré

los ojos y volví a guardármelo en mi álbum personal de momentos para recordar cuando la vida me empujase de nuevo al fondo del abismo. Mi experiencia en la montaña rusa de la vida me había enseñado en mis propias carnes que después de subir, había que bajar.

La traicionera vida me tenía una sorpresa muy especial para la jornada siguiente: La llamada desde Londres anunciándome la muerte de Robert y la pérdida del régimen de acogida de Carmen. Pero esa noche había sido ingenuamente feliz.

Compramos un cucurucho enorme de helado con un sabor que no había probado nunca: Carapino. La dulce y fría nata se entremezclaba con el sabor silvestre de los piñones y el caramelo caliente que arrastraba la nata derretida junto con los pequeños frutos era una delicia para el paladar. Caminamos hacia un lejano espigón que desembocaba en una pequeña plazoleta con una solitaria farola y un banco rociado con la característica humedad del litoral malagueño. Fuimos caminando por aquella pasarela de hormigón armado y rocas, despacio, sin preocupaciones, riendo sobre el aspecto de los transeúntes o de lo pringoso que se había vuelto el helado a consecuencia del bochorno. Miraba su rostro y no podía creer lo perfecto que era, lo feliz que me hacía cuando reía con su varonil risa al escuchar las tonterías que yo le relataba sobre mis primeras experiencias con los ingleses. Caminando por aquel espigón, parecía que nos dirigiésemos a un altar imaginario en el que solo estábamos él y yo, sin testigos ni sacerdote. El mar, la luna, y nuestros cuerpos, no necesitábamos más.

Limpiamos el banco para sentarnos con una de esas traslúcidas servilletas que nos dieron en la heladería. El mar rompía contra las verdosas rocas del espigón, cuajadas de algas y tachonadas de grisáceas lapas. La liviana brisa deambulaba cuajada de miles de gotitas de mar que refrescaban un poco el

ambiente. En ningún momento Javier habló de su boda, de su novia o algo que pudiese distanciarnos. Yo tampoco comenté nada de Robert. Era como si nuestras parejas no existiesen, como si no quisiéramos invitarlos a esa cita íntima, camuflada como encuentro amistoso. Javier me preguntó sobre Carmen y le conté la historia de su vida, cómo sus padres habían sido asesinados delante de ella por unos bandidos que trataban de robarles la embarcación con la que la familia se ganaba el sustento. Carmen había logrado huir atravesando la selva tropical, hasta que fue encontrada tres días más tarde con los pies ensangrentados, llena de arañazos y heridas que le cubrían todo el cuerpo. La pobre había presenciado cómo su familia había sido cruelmente asesinada a cuchillazos por los bandidos. Carmen solo tenía dos años cuando fue testigo de esa atrocidad, ya había hecho más por salvar su vida que lo que jamás tendríamos que hacer ninguno de nosotros por conservar las nuestras. Todavía despertaba muchas noches gritando con horribles pesadillas.

—Esa chiquilla ha tenido mucha suerte. Tiene a la mejor madre del mundo.

—¡Gracias! Pero hago lo que puedo. Soy madre primeriza y además me he saltado muchas cosas de cuando era bebé. Carmen tiene muchas malas costumbres y comportamientos que deberé pulir con el tiempo. Espero poder hacerlo bien —suspiré ante la complejidad de la hazaña— lo más importante que tenemos en nuestras vidas y nadie ha sido capaz de crear un decálogo que pudiéramos seguir todos los padres para criarlos de manera correcta y efectiva.

—Yo no sé si podría. Me encantan los chiquillos, pero... tanta responsabilidad... No sé si estoy preparado para ver todas las mañanas unos ojitos mirándome y preguntándome: “Ahora ¿qué?” Cuando ni yo mismo sé qué voy a preparar ese día para el desayuno. De veras que admiro a los padres.

—No seas bobo, Javier. Serías un padre increíble...

—¿De veras lo crees? —preguntó con sorpresa.

—Pues claro, las mujeres tenemos un sexto sentido para eso. Supongo que sabes que las mujeres imaginamos a los hombres, sobre todo cuando tenemos una pareja estable, actuando como padres de nuestros futuros hijos.

—¿Por qué hacéis eso?

—Pues porque si es capaz de cuidar a un hijo, también cuidará de su mujer, su casa y, en definitiva, de la familia. No hay nada más hermoso que ver a tu chico entregado al cuidado de un bebé... Los miras y piensas: ¿a quién me como primero?

Sin tiempo de reacción, Javier cerró los ojos, se inclinó hacia mí y me besó. Intenté zafarme, pero rodeó mi cintura con sus poderosos brazos y me besó. Traté de resistirme pero fue inútil. Este beso fue más apasionado, más intenso que el de la piscina. No tuve tiempo de esquivarlo, aunque sigo dudando si lo habría hecho. El factor sorpresa fue mi excusa perfecta para dejarme llevar. Sabía que al corresponderle estaba constatando que todavía sentía algo fuerte por él, que en cierto modo estaba de acuerdo en serle infiel a mi marido. Mi corazón tuvo que luchar contra mi consciencia para no separarlo de mí. Yo era muy racional para ciertas cosas, y el matrimonio era una de ellas. No comprendía la infidelidad, yo era más de todo o nada. No me gustaba jugar con las personas. Cuando ya había abandonado la idea de rechazarle y permanecer fundida en su aliento, nuestros labios se separaron bruscamente.

—¡Por poco...! ¿Ves aquella pareja que está junto al espigón, sentados en el suelo?

—¿Siiií? —respondí atolondrada por la premura del beso interrumpido que

había hecho desaparecer mi conducta licenciosa en un instante.

—Resulta que él trabaja en la empresa de mi suegro, es albañil, y me conoce.

—¡Ahh! —lo miré con la boca abierta sin comprender.

—Sara, si él me descubre a la una de la madrugada sentado contigo a solas en este romántico rincón, irá rápidamente con el chisme a Susana. ¡He tenido que besarte para que no me descubriese cuando pasaba a nuestro lado!

—¿Cómo? —Repuse con sorpresa. Se dio cuenta rápidamente de mi cara de indignación por lo que acaba de soltar. Se había cargado el momento más bonito de la noche.

—Verás... No es que no me haya...

—No digas más. Es suficiente. Tienes razón, es tarde... Mi hermana está cuidando de Carmen y tendrá ganas de irse a descansar. Creo que es mejor regresar —sentencié levantándome. Dejé su chaqueta sobre el banco, el calor interno por el enfado me hizo olvidar la brisa. Me apresuré a abandonar esa pantomima.

*¡Como había sido tan ilusa!, ¡cómo me había dejado engatusar!
Reconozco que incluso había empezado a fantasear que Javier todavía sentía algo por mí, ¡qué idiota! Me había comportado como una quinceañera descentrada...*

Mi cabeza le echó en cara a mi corazón el haberme dejado llevar por los sentimientos. Todos tenían razón, no había que dejarse llevar por los sentimientos. Debía seguir las directrices de mi razón, como hasta ahora. Sentía que había hecho el paria. Yo había traspasado todos los límites entregándome a él en ese momento, besándolo y dejándome llevar por su ímpetu. Mi reacción había empeorado mi situación, si todavía le quedaban

dudas, ahora sabía que yo sentía algo por él. No estaba dispuesta a ser una reconquista más que añadir a su lista de soltero, conmigo se había equivocado. Yo no era así.

—Sara, discúlpame, no sabía qué hacer... Tal vez me he sobrepasado.

—Déjalo Javier, no merece la pena. Cosas peores hemos hecho de jóvenes...—ahora era él quien se sonrojaba—. No tiene la mínima importancia. Lo hemos pasado bien...

—En serio, me sabe mal que creas que...

—¡Basta! Es mejor que no le des más vueltas, —grité callándolo.

Durante el camino de vuelta a casa no nos hablamos. De repente, cuando estábamos llegando, detuvo el coche en el arcén.

—¡No, no basta! Siempre haces lo mismo: acabas la conversación dónde y cuándo tú quieres, sin tener en cuenta los sentimientos o la opinión de la otra persona; como hiciste hace trece años cuando te marchaste y me dejaste tirado.

—¡Lo sabía! Estabas tardando en echármelo en cara. Admite que desde que me viste, sentiste ganas de recriminarme.

—Pues claro, te largaste con otro y me dejaste tirado con cientos de planes e ilusiones puestas en nuestro futuro, sin decir siquiera adiós. ¿Sabes acaso cuánto tiempo tardé en pasar página?

Me quedé callada, mirando hacia el exterior por la ventanilla. Tenía razón, aunque no podía dársela.

—¿Pensaste alguna vez en cómo me he sentido todos estos años...?

—¿Y tú? ¿Dónde andabas los cientos de veces que te llamé suplicando tu ayuda desde Londres...? Parecías evitar mis llamadas...

—Me agobié...

—¿Agobiado? ¿Por qué? Por tener que mantenerme si yo no tenía dinero para estudiar, por tener que dejar tus estudios... —Le acusé, había estado preparando ese discurso en mi mente durante años a pesar de creer que jamás lo desarrollaría delante de Javier.

—No, no es eso, déjalo —dijo arrancando el coche.

Levanté el freno de mano con brusquedad, haciendo que el coche detuviese la marcha al instante.

—¿Por qué? Le grité. Deja de ser un cobarde, dime que no quisiste sacrificar tu juventud, tu futuro, tu vida por mí. ¡Dímelo! ¿Por qué?

—Porque tu madre me hizo prometerle que te dejaría ir. Que tu única oportunidad de progresar en la vida y ser lo que tú querías era al lado de ese hombre que podía ofrecerte un buen porvenir, no un niño como era yo. Me dijo que me culparías el resto de tu vida por haber cortado tus alas. Me dijo que era lo que tú querías: conocer mundo, aprender idiomas y estudiar la carrera universitaria que aquí no te podías costear. Sabía que ese era tu sueño, y no quise robártelo... La creí, tenía dieciocho años... Ahora sé que mentía.

Me quedé de una pieza. Mi sueño había sido estar con él hasta el fin de nuestros días. Todo este tiempo pensando que era yo la que me había sacrificado y ahora constataba que la arpía de mi madre lo había orquestado todo. Mi madre había ido con el cuento para que Javier se quitase de en medio y no intercediese en que yo me quedara. Había tapado así su falta como madre al gastarse todo el dinero de mis estudios. La odiaba.

—Es mejor que nos marchemos, dejémoslo estar. —Arrancó el coche con dolor en sus ojos. Yo no podía mantenerle la mirada, avergonzada.

Estaba tan destrozada por lo que acababa de contarme que no pude articular palabra. Quería llorar pero delante de Javier no podía. Recordaba que no

podía ver a una chica llorar, se descomponía. Lo que menos quería ahora era su compasión. Él también había sido una pobre marioneta de las circunstancias.

Me dejó a la entrada de la calle por si nos encontrábamos con algún vecino. Permanecimos unos minutos en silencio.

—Gracias —susurré, cortando el helado silencio que nos envolvía— gracias por la noche tan fabulosa, y por lo que me has contado. Eso cambia muchas cosas para mí. Me sirve para estar más en paz contigo y menos con otras personas.

—No quiero que lo que te he dicho te distancie de tu madre, la mujer tenía sus motivos.

—Javier ¿sabes que eres demasiado bueno? ¿No albergas nada de rencor en tu corazón? Eres increíble.

—Siento lo del beso, pero yo...

Esta vez fui yo la que me incliné y le besé en la mejilla. Me detuve unos instantes sintiendo su barba de dos días cosquilleando mi rostro. Quise transmitirle todo lo que pensaba y sentía en esos precisos instantes a través del roce de nuestra piel en contacto. Un silencio incómodo se resquebrajó por un adiós.

—Nos vemos mañana, Javier —dije compungida al salir del coche.

Cuando ya me marchaba, bajó la ventanilla y me advirtió:

—Pero esta vez no quiero que desaparezcas de nuevo —dijo en tono amable, nunca le había gustado verme triste...

—¿Qué? —pregunté acercándome. Desabrochó el cinturón y acercó su cara hasta el asiento del copiloto.

—NO de-sa-pa-rez-cas, me dijo en el oído. Ahora que te he recuperado, no lo soportaría...

—¡Im-po-si-ble! Ahora soy tu vecina. —Caminé calle abajo contenta de que al menos seríamos amigos. No miré hacia atrás hasta que estuve segura que su coche había desaparecido. Enjuagué una lágrima que escapó traicionera antes de abrir la puerta, no había nada que hacer, lo había perdido para siempre.

Las ostras se habían secado, el vino estaba caliente, *¿cuánto tiempo había permanecido en la bañera?* —pensé.

Miré hacia fuera y ya era noche cerrada. Le había vuelto a fallar, contra mi voluntad, como siempre. ¿Me habría buscado? ¿Habría preguntado por mí? De todas formas lo tenía difícil, ni mis hermanas ni mi madre iban por allí a menudo. Estaría liado con los últimos preparativos de su boda. Tal vez así había sido mejor, aquella noche quedó claro que seríamos amigos, nada más. El haberlo tenido revoloteando cerca, habría sido peor. No habría soportado ver como se entregaba a otra mujer, me habría vuelto loca. Ahora, para cuando yo volviese, ya estaría casado y yo... yo no sabía que iba a hacer con mi vida.

Javier había acabado en la cola de mis prioridades desde que había vuelto a Londres. Pero en los momentos de soledad, y ahora estaba muy sola, me agarraba al recuerdo de su sonrisa como el naufrago a una madera en mitad del infinito océano. Había intentado ocultarlo en el interior de mi desván de afectos, pero a la primera de cambio siempre volvía a flote.

Es increíble cómo alguien puede romperte el corazón, y que sigas amándolo con cada uno de esos pedacitos.

Recogí mis cosas y me dirigí en taxi hasta mi ahora seguro apartamento de lujo en la city de Londres. Se habían reformado algunas partes de la casa, el sistema de alarma se había mejorado, y el edificio había contratado una pareja de guardas de seguridad. Si ese edificio no era seguro, qué lo sería en Londres. Los inquilinos pagábamos una altísima comunidad para tener mayor seguridad y todas las comodidades como servicio de recogida de basura, limpieza en casa, tintorería, chico de los recados, portero, aparca coches, etc.

Cuando entré en el piso quedé sorprendida por el estupendo trabajo realizado, a pesar de que me pasaría el día entero colocando las cosas en su lugar correcto, todo estaba cambiado de sitio. Mi ropa guardada en los cajones incorrectos, los cuadros colgados aleatoriamente, todo era un desorden ordenado. No obstante habían realizado un trabajo impecable, incluso habían repintado las paredes.

Por la tarde sonó mi teléfono móvil, tres tonos y se colgó, esa era Marisa desde España.

—Dime Marisa. Estoy de limpieza y ordenando las cosas un poco.

—Hola hermana, te llamaba para ver cómo estás. ¿Y la niña?

Le conté todo lo sucedido con la adopción, no pude ocultárselo más. Tras la muerte de Robert, todo se complicó. Necesitaba la documentación del pendrive para certificar el acuerdo que teníamos cuando mi marido vivía, o algo así le conté a mi hermana. No quería inmiscuirlo en los turbios asuntos del gobierno británico.

—Pues no sé nada nuevo. Me han dicho que se la llevaron a otro centro de menores, pero no tengo ni idea de dónde se la pudieron llevar.

—¡Cuánto lo siento, mi vida! ¿Vendrás a España finalmente...?

—Sí, no tengo más remedio. Si quiero ver a Carmen de nuevo...

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañada.

—Pues que... Quizás no vuelva a verla si no encuentro esos archivos. — No le conté la verdad, y menos por teléfono. Marisa me había demostrado que podía confiar en ella, pero no en el gobierno británico. Además podían haberme pinchado la línea—. Bueno ya hablaremos en España, espero que un par de días nos veamos por ahí.

—Iré a recogerte! —aventuró.

—¿Y eso? ¿Te has animado a conducir? —pregunté extrañada, mi hermana llevaba sin conducir por lo menos dieciocho años.

—Pues sí, tu cuñado dice que me estoy liberando mucho, debe ser la crisis de los cuarenta y tantos. Ja, ja, ja. —rió abiertamente.

—Vale, de acuerdo. Cuando llegue al aeropuerto te mando un *Whatsapp*.

—¿Un qué?

—Te llamaré —dije sin explicarle lo que era el *Whatsapp*. Mi hermana se estaba modernizando, pero no tanto.

—Será mejor que me llames como siempre. Oye, ¿sabes quién me preguntó ayer por ti, cuando estuve regando las plantas en tu casa?

—¿Quién? —dije temiéndome lo peor...

—¡Javier! Me preguntó dónde estabas. Se extrañó mucho que te hubieses marchado sin siquiera decirle adiós. Le explique que tu marido había

fallecido. Tampoco entré en detalles, le dije que fue de una enfermedad grave y que no sabíamos nada. El pobre se entristeció bastante y me pidió que te presentase sus respetos, que te diese ánimos. Yo le dije que estabas pesándolo regular...

—¡Marisa! Se te va la lengua que da gusto...

—Te puedes creer que le cambió la cara, yo diría que se quedó hecho un lío, se marchó pensativo sin decir ni adiós. Todas sabemos que Javier tiene un polvo pero...

—¡Marisa! ¡Por favor...!

—Perdona, es la pura verdad. Está buenísimo pero es un poco raro a veces. Se fue sin decir ni pío. Debe estar algo trastornado con su boda, es ya mismo: el día 20. ¡Ups! Perdona cielo no quería...

—No te preocupes, ya me da igual... Quedamos en eso entonces, me recoges, que yo tengo que ver cómo conduces, un abrazo —colgué antes de que me contase más detalles sobre la boda de Javier, no quería seguir martirizándome. Tenía que pasar página.

La mañana siguiente amaneció más despejada en Londres, eso me animó. Al despertarme miré mi dormitorio y, a pesar de los cambios, se asemejaba bastante al dormitorio que tenía antes del robo. Esa fue la primera noche que dormí en condiciones, sin pesadillas con ladrones que surgían de la nada para atraparme, miedos nocturnos con fantasmas rencorosos, o gritos de niños pidiéndome ayuda.

Nada más levantarme de la cama el peso del día cayó sobre mis hombros devolviéndome a la angustiada realidad, esa pesada mochila me tentaba a volverme a acostar, taparme con las sábanas y no salir a hasta que todo hubiese pasado. Luego pensé que el día y la vida transcurrirían con o sin mí,

entonces decidí que yo quería estar ahí para equilibrar la balanza hacia mi lado. Si no lo hacía yo, *¿Quién me ayudaría?*

Al poco de terminarme el desayuno llamaron a la puerta. *¿Quién podría ser a estas horas?*—me pregunté. Me asomé y descubrí que en el rellano de casa estaban apostados a cada lado de la puerta Patricia y Paul. ¡Maldición! Olvidé decirle al portero que no les dejase entrar más. Ya era demasiado tarde. Al verlos tan cerca, aumentados por la lente de la mirilla me sobresalté y dejé caer la cucharilla que llevaba en la mano. Esta cayó estrepitosamente contra el suelo, imposible ocultarse, ¡Me habían descubierto!

Corrí hacia el teléfono y marqué el número interno de recepción.

—Señor Jennings, soy Sara Scott, necesito pedirle un favor.

—Diga, diga.

—¿Podría pasarse por mi apartamento en cinco minutos? Es muy importante.

—¿Sucedo algo? Sus amigos acaban de subir...

—Por eso mismo, necesito que suba en cinco minutos. Presiento que alguien de mi entorno estuvo detrás del robo, me sentiría más segura si usted se pasa por aquí con cualquier pretexto.

—Descuide, me hago cargo. Pero no debería sospechar de ellos, son sus mejores amigos. —replicó.

—Eso es lo que quiero comprobar, por eso debe pasarse dentro de poco, creo que mi vida podría estar en juego... —anuncié colgando el teléfono. El timbre volvió a sonar mientras me dirigí hacia la puerta. Volvieron a llamar, debía tranquilizarme.

El conserje tenía llaves y podría entrar en casa, solo esperaba que no

subiese demasiado tarde y encontrase mi cadáver. Volví a mirar por la mirilla y Paul miró su reloj impaciente. Patty ensayaba la mejor de sus sonrisas tras la puerta.

Iban a llamar otra vez cuando les abrí. Tal vez estaba loca dejando entrar a las dos personas que más me habían defraudado últimamente, y de las que ya no podía fiarme. Respiré algo aliviada al ver que el tipo del periódico no les acompañaba...

—Querida, ¿estás aquí! Pensábamos que nos tendríamos que marchar sin despedirnos.

Me había colocado franqueando la entrada, claramente no les estaba invitando a pasar.

—¿Podemos pasar? —preguntó Pablo visiblemente preocupado y empezando a sudar.

—De acuerdo —dije sin mucho ánimo— como queráis, pasad.

—Antes de que digas nada, sé por qué me dejaste plantada en aquella cafetería ayer, estás asustada y no sabes en quién confiar, es lógico.

Parecía que las cartas iban a revelarse por fin, miré el reloj cuatro minutos todavía, debía entretenerlos con algo.

—Fue demasiado sospechoso que alguien me persiguiese y aparecieses tú en la calle donde me encontraba en apuros...

—Puedo explicártelo...

—Adelante —esperé ansiosa—, te vi haciéndole señas al hombre del periódico para que se marchase cuando me encontraste. Lo vi claramente en el reflejo del escaparate —anuncié cruzada de brazos, apoyada en el sofá del salón, ni siquiera les invité a sentarse o a ponerse cómodos. Tampoco parecía

que quisiesen quedarse, tenían prisa.

—Resulta que Paul estuvo llevando unas cuentas fraudulentas de varios ministros y miembros del gobierno británico. Ellos le pidieron que invirtiera fondos públicos y que los beneficios fuesen desviados a paraísos fiscales y cuentas privadas. Sabemos que no debió haberlo hecho, pero a diario millones de libras pasan por sus manos, también te hartas de que siempre sean los mismos los que se llevan las ganancias. Ahora está arrepentido, sabes que siempre nos ha gustado el lujo y vivir bien, el dinero siempre nos atrajo... Demasiada tentación. He de reconocer que yo tampoco le frené, tal vez al contrario. Nunca pensamos que esto se nos escaparía de las manos...

—Todo fue bien hasta que Robert recibió por error un email de uno de mis clientes secretos del estado —intervino Paul— no debió inmiscuirse, me dijo que lo había encontrado e iba a tirar del hilo. Yo le advertí que debía olvidarse, lo creas o no era mi mejor amigo, pero ya sabes lo cabezón que era... Intenté disuadirlo, pero insistió. Los del gobierno se han enterado de que filtró esos documentos y no van a parar hasta conseguirlo y castigarme a mí por dejar que me descubriesen. Hace tiempo que ordenaron su desaparición... Pero su enfermedad se atravesó y eso les frenó. Después todo se ha complicado.

—En todo caso no es culpa de Robert, sino tuya —le acusé— nos habéis puesto en peligro a todos: a mí, a mi hija, a vosotros mismos...

—Eso ya no tiene remedio. Lo sentimos Sara —dijo Patricia agarrando mis manos.

Ahora era cuando me golpeaban y me obligaban a darle una información que no tenía, y que solo tenía una ligera idea de dónde podría encontrarse.

—Por culpa de esa información, mi hija está retenida en algún centro de menores del Reino Unido. Me están chantajeando...

—Lamento mucho haberos puesto en esta delicada situación, Sara —se disculpó Paul entristecido— debes darles lo que te piden o de lo contrario...

—¡Te matarán! Son el gobierno y no escatimarán en recursos para recuperar aquello que les pondría en un claro aprieto delante de la opinión pública. Por eso nosotros nos marchamos, nos vamos de Inglaterra. Estamos en peligro y no podemos darles nada a cambio de nuestras vidas, es cuestión de tiempo que vayan a por nosotros. El hombre del periódico como tú le llamas es un antiguo agente del gobierno británico que trabaja como guardaespaldas. Ahora trabaja para el gobierno argentino —aclaró Patricia—. Lo enviamos para que te protegiese, ha estado trabajando para nosotros y al enterarnos de que tú también estabas en peligro, permaneció cerca para que te vigilase, por si las moscas. El gobierno argentino ha prometido protegernos, Paul va a entregarles toda la información que recuerde de cuentas y nombres del gobierno, solo por eso van a sacarnos del país.

Me quedé estupefacta. Mis amigos habían estado protegiéndome y yo pensaba que querían matarme... Ahora se marchaban dejándome totalmente sola.

Toc toc. Alguien llamó a la puerta del apartamento.

—¿Esperas a alguien? —preguntaron al unísono con cara de preocupación.

—No os preocupéis, es el portero. Debía venir a darme un recado. — aclaré despreocupada abriendo la puerta sin mirar quién había al otro lado.

En ese momento dos hombres de negro entraron en el apartamento, detrás de ellos pude ver el cuerpo del Sr. Jennings tendido en el suelo. De un manotazo, el más alto de los dos me lanzó contra la pared haciendo que me golpease en la cabeza. Intenté abrir los ojos pero todo se desdibujó. Vi a Patty corriendo hacia el interior del piso y Paul sacó una pistola. Después todo se volvió negro.

—¡Señora Scott, señora Scott! —gritó uno de los guardas de seguridad del edificio, recientemente contratados.

—¿Qué ha pasado? —pregunté desorientada. La cabeza me iba a estallar. El portero me traía un pañuelo con lo que parecía hielo para ponerlo sobre mi cabeza.

—¿Se encuentra bien Sr. Jennings?

—Sí, solo ha sido un susto. Estaban escondidos detrás del rellano, esperándoles. Al llegar yo se abalanzaron sobre mí.

—¿Dónde están Patty y Paul?

—Sus amigos han huido a toda prisa. Escuchamos mucho jaleo en su piso y subimos rápidamente. Nos sorprendió el sonido de un disparo, subimos, y cuando entramos nos dispararon pero no acertaron. Uno de ellos parecía estar herido. Sus amigos aprovecharon la confusión para escapar. Tratamos de coger a los dos hombres vestidos de negro pero también salieron corriendo tras ellos. Dispararon a mi compañero y no pudimos seguirles. Me asomé por la ventana y vi cómo sus amigos subían a un coche que les esperaba en el parking, a los otros dos no pudimos verles por dónde escaparon.

Me toqué la cabeza y tenía un enorme chichón en la parte lateral del cráneo. Esas moles me habían dejado KO. Estaba claro que iban a por Patty y Paul.

¿Harían conmigo lo mismo cuando no les entregase lo que buscaban?

—¿Quiere que llamemos a una ambulancia? —Preguntó uno de los guardias —. De todas formas no debe preocuparse. Hemos pedido refuerzos a la central y hoy montaremos guardia en la puerta de su apartamento y del edificio. También hemos avisado a la policía del incidente y nos han comunicado que una unidad patrullará por la zona.

—No se preocupen ya estoy mejor —mentí viéndolo todo borroso. Estaba

mareada, necesitaba acostarme.

Me hice la fuerte hasta que todos se marcharon. Fui a rastras al baño y vomité. Empecé a asustarme. Tal vez tenía algún daño interno en la cabeza. Me eché en la cama y traté de relajarme, poco a poco me fui sintiendo algo mejor. Después, me quedé dormida. Sola, estaba tan sola. Abatida por el choque con aquel brutal asesino no pude regodearme en mi tristeza como tantas veces que me quedaba a solas. Me sumí en un profundo sueño tras tomar una pastilla para el dolor de cabeza.

Al despertarme, el sonido del teléfono me agujereó las sienes, parecía que la cabeza me fuese a estallar. Alargué el brazo y traté de encontrar el aparato, tuve que incorporarme para poder asirlo. Por fin lo alcancé, aunque sentí náuseas al incorporarme.

—¿Diga?

—Buenas, Sara. ¿Estabas acostada? —preguntó la agradable voz de mi cuñada.

—Sí, es una larga historia...

—Me has hecho caso y te has ido de juerga... Ya te dije que tenías que salir. Aunque la verdad no esperaba que lo hicieses tan pronto, no te creía tan atolondrada.

Estuve a punto de colgarle, sin embargo, sentí ganas de contarle que dos tipos habían estado en mi casa e intentaron matarme a mí y a mis amigos. En vez de eso, guardé silencio, ignorando sus comentarios soeces.

—Ya están listos los papeles de la venta. Comentaste que necesitabas el dinero, así que si te pasas por aquí, una firmita y listo. —sugirió, demasiado amable para su estilo.

—Me temo que hoy no puedo ir a Oxford.

—Cariño, vas a recibir muchos ceros por la parte de la casa que Robert te dejó. Prácticamente como caídos del cielo... Deberías venir —su tono se volvió más agrio.

—De veras que lo siento, pero no me encuentro bien...

—La verdad, no te entiendo. Primero mucha prisa por cobrar y ahora... — chilló. Esperó unos segundos tranquilizando su reacción desproporcionada— bueno, si quieres puedo llevar los papeles a tu casa y un talón, lo firmamos y asunto terminado.

No sabía por qué pero Alison quería verme hoy a toda costa, tal vez querría pedirme algo a cambio de aquella ingente cantidad de dinero. Pero yo no estaba para más visitas.

—¿Puedes mandármelos por fax o email? Yo te los firmo y me haces una transferencia cuando tú puedas. En otro momento me paso por tu casa y ya me pides lo que quieras.

Volvió a quedarse callada, después accedió. Acordamos en que me enviaría los documentos, yo los firmaría, los escanearía y una vez recibidos me haría el ingreso en el número de cuenta que le proporcioné.

—Tienes que prometerme que nos veremos pronto, al menos cuando recuperes a Carmen. Estoy segura de que ese dinero podrá abrirte muchas puertas. —aseveró socarrona.

Estaba tan equivocada. No se trataba de dinero, era información lo que el gobierno quería a cambio de concederme la custodia de la niña.

—Te prometo que en cuanto averigüe en qué centro está y avance algo, te llamaré.

—Pero, cómo, ¿no sabes dónde está Carmen?

—No. Estaba en St. Andrew's y se la han llevado a otro lugar sin comunicármelo.

—¿Has dicho St. Andrew's? Voy a ir a decirles cuatro cosas a esos pamplinas, tengo algunos contactos en el ministerio de asuntos sociales. No te preocupes, averiguaré dónde está la niña, si hace falta yo misma te la entregaré...

—Muchas gracias —quise decirle que no se preocupase, pero para una vez que me ofrecía su ayuda, no iba a negársela. Además, yo estaba desbordada con todo aquello: tenía que regresar a España, encontrar el pen y salvar el pellejo; si ella averiguaba algo, mejor que mejor—. Espero que tengas suerte...

—Déjalo en mis manos. En la medida de mis posibilidades voy a hacer que vuelvas a tener la felicidad que te mereces.

—Gracias, Alison. Cuando reciba los papeles los firmaré de inmediato.

La belleza no se pueden tener, ni siquiera tocar; solo sentirse con el corazón.

Un nuevo día llegó y con él se reducían las posibilidades de ver a Carmen. Tras lo acontecido, tal vez me quedaba un día menos de vida. La huida repentina de Paul y Patricia a su país de origen me producía escalofríos. No había tenido nuevas noticias de ellos. Desconocía si habían logrado escapar o tal vez los habían... hecho desaparecer. *¿No debería yo hacer lo mismo, huir a España y quedarme allí para siempre?* Deseché esa descabellada idea de mi mente. Estaba decidida y seguiría hasta el final, incluso con el miedo metido en el cuerpo.

¿Quién le mandaría a Paul a jugar a espías?

Decidí buscar en internet un vuelo para Málaga desde Londres, la información tenía que estar allí guardada, por alguna parte. Aunque tuviese que destrozarse las paredes de la casa yo misma, encontraría esa caja fuerte.

Al abrir el portátil, saltó un mensaje desde el correo electrónico, el remitente era mi cuñada. Abrí el correo y tras un escueto saludo formal, me indicó que esos eran los papeles que debía imprimir, firmar y reenviárselos.

Tardé más de una hora en aclararme con la impresora y el escáner. Me hubiese salido más rentable haber ido hasta Oxford, plantar mi rúbrica en los papeles de venta y haber regresado. Cuando lo hice todo sentí una gran pereza, había invertido mucho tiempo delante de los aparatos tecnológicos. No me apetecía ponerme a buscar vuelos, comparar precios, introducir la tarjeta de crédito, verificar las claves, etc.

¿Por qué era tan latoso todo lo relacionado con las nuevas tecnologías?

Conseguí un vuelo no muy caro, directo al aeropuerto Pablo Ruiz Picasso de Málaga con *Easy Jet*, pero salía desde el aeropuerto de *Luton*. Esa pequeña ratonera era odiosa. Múltiples controles de equipaje y pasajeros, apenas si había zona de compras o de restauración... pero era el que más pronto despegaba hacia Málaga. Dejé el regreso reservado. Disponía de cuarenta y ocho horas. En dos días debía estar de regreso para cumplir el límite impuesto por los hombres del gobierno británico. Después, perdería a mi hija para siempre.

Preparaba la maleta cuando sonó mi móvil. El número que aparecía estaba oculto. Odio responder a llamadas con número oculto, pero dadas las últimas circunstancias de mi vida deslicé la yema del dedo sobre el botoncito verde del smartphone.

—¿Sí?

—¿Mami? ¿Mamá?

No podía creerlo. Era Carmen, era la voz de mi pequeña...

—Sí, soy yo, mi vida —dije entre sollozos de alegría— ¿Cómo estás?

—Bien mami. Ven pronto a por mí. Estoy en un sitio nuevo. No son muy agradables... No llores mami, recógeme pronto.

—Cariño, no te preocupes. Mamá jamás te abandonará, pronto estaremos juntas, estoy arreglando los papeles...

—Tengo que colgar, no saben que te he llamado... Aquí son muy serios... ¡Ah! ¿Qué hace?

—Carmen, ¿cariño? ¿Qué pasa?

—Está prohibido hablar con los niños. Su llamada quedará registrada —

amenazó una voz grave masculina. Después colgó.

Impotente al no poder devolver la llamada, lloré apoyada en la maleta. Aun así traté una y mil veces rellamar al número oculto. El móvil rechazaba la operación todas las veces que lo intentaba. Yo seguía como una autómatas, como si el aparato pudiera cambiar de parecer por sí solo y dejarme llamar finalmente.

Al menos sabía algo de mi pequeña, estaba bien, se acordaba de mí y de mi número. Grité su nombre llamándola por la habitación, con un retrato entre mis manos hasta que ya no tuve más fuerzas para mirar su rostro alegre e inocente cuando estaba con nosotros. No había derecho, hacerle pasar todo este calvario a una pobre criatura por los trapos sucios de cuatro políticos de mierda. Ojalá pudiese destapar el escándalo yo misma para que se jodiesen y se pudrieran en la cárcel. Allí los tratarían con más cariño, un cariño del que merecían toneladas.

Cuando me recompuse, miré mi rostro más agrietado y envejecido de lo normal. Nadie diría que tenía treinta y dos años, parecía más mayor. Recogí mi pelo en una coleta alta y sentí una punzada en la nuca al estirar el pelo. Estaba mucho mejor del golpe, ya casi no me dolía, pero cuando rozaba la zona... veía las estrellas.

El vuelo salía a las siete y veinticinco de la mañana. Tenía que madrugar bastante para facturar a tiempo, llegaría a España a eso de las once. A pesar de toda aquella presión con la que viajaba, no pude dejar de fantasear con la idea de que tal vez se produjese un encuentro casual con Javier. Podría explicarle que tuve que marcharme por la muerte de mi esposo, no por el beso que nos dimos en el espigón, y que él pareció no sentir, aunque yo hubiese desvelado mis verdaderos sentimientos como una quinceañera.

Por la noche cerré la puerta del apartamento a cal y canto, conecté la

alarma completa de la casa; aunque tuviese que levantarme al lavabo, esa noche dormiría segura. Empujé como pude la cómoda de mi habitación tras la puerta de mi dormitorio y eché el pestillo interior. Rebusqué entre los armarios de Robert y encontré una pequeña pistola de balines metálicos, parecidos a los perdigones que usamos en España con la escopetas de las ferias. Sabía que no mataría a nadie con eso, pero podría vaciarle un ojo o descolgarle un testículo al cabrón que entrase. Ingerí una pastilla para dormir y tras dar muchas vueltas en la cama conseguí dormirme.

Cuando llegué, el aeropuerto estaba casi desierto. Sentí un escalofrío ante el silencio que se respiraba en el parking. Fuera llovía, así que el día era muy oscuro. Observé la silueta de los nubarrones que se habían posado sobre el aeropuerto y amenazaban con traquetear el avión durante el despegue. Al bajar del coche me sentí vulnerable. No podía llevar el arma conmigo ya que la detectarían las máquinas de rayos X, una vez pasase el control de pasaportes y llegase a la zona de embarque me quedaría más tranquila. Aunque me siguieran todos iríamos desarmados.

No vi nada anormal, alguna familia trataba de dormir en los asientos que les habían destrozado la espalda durante la noche. Alguna limpiadora empujaba resignada la mopa tragándose con mansedumbre el trabajar a esas inhumanas horas. Incluso los hombres que leían el periódico de ayer, no prestaban atención a la mujer que miraba de un lado a otro del aeropuerto como una posesa, por si alguien la seguía.

Finalmente todo transcurrió con normalidad, saqué un imbebible café de la máquina a expensas de mi estómago mientras esperé el embarque. Una vez a bordo, el vuelo se desarrolló sin sobresaltos. Algunos bebés dieron la lata, pero era normal, los británicos bebiendo alcohol y cerveza desde las ocho de la mañana para llegar animados a la Costa del Sol y no desentonar con sus

eufóricos compatriotas que les esperaban para darles el relevo en la carrera del desenfreno y la fiesta. Me puse los auriculares y traté de dormir algo durante el vuelo que llegó puntual a Málaga.

Cuando por fin aterrizamos en tierra, me santigüé, a pesar de ser muy poco católica. Agradecía que el piloto hubiese evitado habernos dejado haciendo submarinismo en el mar, cualquier aeronave que aterrice en mi tierra debe adentrarse varias millas mar adentro para después dar la vuelta y enfilarse hacia tierras españolas. No me agradaba demasiado mirar por la ventanilla y verme rodeada de azul: cielo por encima y el mar Mediterráneo por abajo a poca altura. La pista donde aterrizó estaba mucho de la terminal de pasajeros. Tras las últimas remodelaciones los aviones tardaban unos cinco minutos en llegar hasta el finger, un tobogán aéreo que nos depositaba en el aeropuerto como si fuésemos bolitas de un sorteo de lotería.

Tuvimos que recorrer la distancia que nos separaba desde la pista al edificio del aeropuerto al trote dentro del avión. El aparato era ligero como un ave en el aire pero el peor autobús en tierra firme. Durante el recorrido pudimos cruzarnos con otros aviones que iban a despegar, ya que hacían el recorrido contrario por la otra pista, aquello parecía un tirovivo de pájaros metálicos que jamás descansaba. Me fascinaba verlos acercarse al final de la pista, luego dando un saltito se empujaban hacia el aire como saltamontes mecánicos que se perdían por encima del horizonte.

Mirando embobada uno de esos aviones me quedé perpleja. No estaba muy segura, pero en ese avión de British Airways que pasaba paralelo a nosotros, me pareció ver a Javier. Las ventanillas estaban lo suficientemente cerca para haber cruzado nuestras miradas, pero parecía que leía algo, una revista o tal vez las medidas de seguridad. Así que no me vio, si es que era él. Tan solo fue un atisbo. Volví la cabeza hasta que ya no pude más. Había desaparecido.

¿Serían imaginaciones mías? Me estaba obsesionando...

Pero tuve la oportunidad de comprobar que no me estaba volviendo loca cuando dobló la curva para despegar. No había duda era Javier, mi Javier.

Lo llamé a voces, como si los motores o las cabinas de los aviones le permitiesen oír algo. Los demás pasajeros dieron un respingo al oírme gritar su nombre. Los ignoré y me concentré para ver si miraba. Todo lo contrario, cerró sus ojos y echó la cabeza hacia atrás y se preparó para que el avión tomase velocidad para realizar el despegue. Al instante no había nada, ni avión, ni Javier. Miré al cielo y vi cómo el hombre al que amaba estaba a miles de metros de altura, subiendo para perderse entre el mar de nubes blancas.

¿Dónde diablos iría Javier, a pocos días de su boda? —pensé desabrochando mi cinturón de seguridad. Abrí la escotilla del aire acondicionado, me faltaba oxígeno.

Deduje que no viajaría por negocios ya que su empresa era de ámbito nacional, tampoco sabía si Susana iba con él y era un viaje relacionado con los preparativos de la ceremonia. Tal vez iban a Madrid, Barcelona, pero en British Airways me extrañaba. Sabía por las veces que había reservado vuelos desde el Reino Unido que esa compañía no realizaba vuelos domésticos en España.

No tuve que recoger el equipaje, tan solo llevaba un pequeño trolley de mano color amarillo. Cuando atravesé las puertas de llegadas vi una mano alzada que me reconoció enseguida: mi hermana Marisa. Estaba deseando contarle lo de Javier. Maldita casualidad. Yo que creía que podría verlo en las 48 horas que estuviese en Málaga y aclarar algo, al menos antes de que se casase...

—Sara, lo siento...—dijo abrazándome. Cuántos años había esperado

algún abrazo, una muestra de cariño así, espontáneo, sincero por parte de algún miembro de mi familia.

—Gracias, Marisa. No te preocupes, estoy bien... —dije escapando una lagrimilla por la emoción del momento.

—Lo decía sobre todo por lo de la niña, debes estar fatal... Pero vamos, deja que lleve tu maleta y hablamos en el coche.

Marisa agarró la maleta con la energía que la caracterizaba y fue apartando a los familiares que se agolpaban sobre las llegadas como racimos de pegajosas uvas maduras sobre la parra al final del estío.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que tomemos algo antes de llegar a casa? —preguntó deteniéndose justo en la plaza de parking donde había estacionado su vehículo.

—No, déjalo. Ya tomaré algo en casa.

—Vale, mientras tú te acomodas, yo compraré el pan y pondré café; debes estar molida por el madrugón —colocó la maleta en el maletero de un solo movimiento, y cerró dando un portazo.

El *Renault Clio* era viejo, pero mi hermana nunca tuvo demasiado tacto para tratar las cosas. Era raro el día que no rompía algo en casa cuando éramos pequeñas. Cuando creció no fue mucho mejor, mi madre le temía cada vez que quería ayudarla con la limpieza. Recordé la figura oscura y taciturna de mi madre. De poder evitarlo, regresaría a Londres sin verla.

—¿Sabes a quién me ha parecido ver en otro vuelo que estaba despegando cuando yo estaba aterrizando?

—¿A quién? —preguntó interesada, desentendiéndose de la carretera. Le indiqué con la mirada que volviese a mirar el camino y se lo contaría.

—¡A Javier!

—¿Cómo? ¿A Javier...? Pero si ahora debe estar liadísimo con eso de la boda...

—Estoy segura... Lo he visto.

—¿No será que estás empezando a obsesionarte con él? —advirtió mordiéndose el labio inferior y ajustándose sus gafas de sol—. Es muy difícil que lo hayas podido ver, tal vez era alguien que se le parecía.

—¡Que no! Estoy segura. Él no me ha visto a mí. Tampoco sé si su novia viajaba con él. Solo sé que viajaba en la British...

—¿A dónde quieres llegar?

—No sé, no tengo ni idea, solo que me ha parecido otro infortunio para no tropezármelo. Ahora que podía haberlo visto...

—Hermanita, tú sigues colada, —aseveró con una amplia sonrisa en su cara.

—No seas pesada, Marisa. Tengamos la fiesta en paz. Javier es agua pasada, y aún más lo soy yo para él. Punto y final. No quiero volver a hablar del tema. ¿Conseguiste lo que te pedí?

—¡Ah... Eso! Sí. Los picos, las mazas, las herramientas y hasta los planos de la casa. No quiero que perforemos un pilar y se nos venga encima.

—¡Qué exagerada eres, Marisa! —sonreí—. Debemos encontrar esa caja fuerte cuanto antes. Debo regresar a Londres pasado mañana como muy tarde.

—No te preocupes, si necesitamos ayuda podemos llamar a Bastián.

—¿Tú crees...? ¿Podemos fiarnos de tu marido?

—Pues claro, él de cosas tecnológicas o muy intelectuales no le preguntes,

pero en echar una pared abajo es el número uno.

Me mantuve callada sintiendo la brisa del mar que penetraba furiosa por el hueco de las ventanillas medio abiertas por la autovía. De cuando en cuando me dejaba invadir por el discurso de mi hermana. Hacía como que seguía su discurso basado principalmente en ponerme al día de todo lo acontecido durante mi ausencia. El olor a mar cuando nos aproximamos a la zona costera de la Malagueta me transportó a la noche en que nos volvimos a besar.

¿Por qué me fustigaba de esa manera? No debía traerlo a mi memoria a cada instante, no era sano para mi cerebro. Iba a casarse y asunto zanjado —le rogué. Sirvió durante unos instantes hasta que alguna de los miles de cosas que me recordaban lo increíble que era me hiciera recordarlo.

La casa no olía a cerrada pues mi hermana y el jardinero habían entrado cada dos días para airear la vivienda y arreglar el jardín. Cuando me asomé me quedé boquiabierta. El césped había crecido incluso en las esquinas más difíciles de tapizar. El jazmín había sido tutorizado formando un arco verde cuajado de olor blanco y embriagador. Se habían plantado cipreses para separar la casa colindante, y había florecillas amarillas de temporada en cualquier rincón de la terraza. Me asomé al final del jardín y contemplé el mar Mediterráneo desde los acantilados que franqueaban mi jardín, descenso impenetrable que me impedía saltar al mar que estaba a corta distancia.

¡Qué feliz podría haber sido aquí!

Tras desayunar empezamos por la planta de en medio, los dormitorios y el estudio. Marisa tenía razón, a simple vista no se vislumbraba ninguna pared irregular o mal repellada. Todo era desquiciadoramente normal. Ayudadas por el mazo y los planos fuimos golpeando toda la superficie de los cuatro dormitorios y del estudio. Como ese iba a ser el lugar de trabajo de Robert supuse que estaría allí, no obstante todas las paredes sonaban igual. Probé tres

veces e hice unos enormes socavones en las immaculadas paredes que me quitaron las ganas de continuar. Aquello era una empresa imposible. No podía agujerearlo todo, máxime sin saber si había algo allí. Estábamos empezando a desesperarnos cuando sonó el timbre de la puerta. Mi corazón me dio un vuelco, quién sería... Me asomé por la ventana del estudio, saltando encima del escritorio a cuatro patas. Abrí los cristales y al escuchar el ruido, la cabeza de Magdalena, mi hermana mayor, apareció. Cerré la ventana desilusionada, sin saludarla. Todavía había demasiadas heridas abiertas como para llamarla siquiera hermana.

—¡Abre tú, es Magdalena! —dije con desdén.

—¿Magda? —preguntó con incredulidad. Corrió escaleras abajo para abrirle.

Bajé porque sabía que ella no subiría. Habría venido a darme el pésame, así que cuanto antes lo hiciera y se largase, mejor. Aparecí ante ella con el pelo empolvado por culpa de los agujeros en la pared, con la maza en la mano y cara de muy pocos amigos.

—Lo siento —farfulló en voz baja. Estuve a punto de pedirle que lo repitiese, pero no quería liarla.

—Gracias —repliqué. Ni siquiera me acerqué para darle dos besos.

Encima de la mesa había una olla grande con comida.

—Mamá os manda esta comida. Si queréis puedo calentarla mientras termináis eso que estéis haciendo —propuso sin moverse.

—Había pensado llamar al *Telepizza* —objeté sin mirar siquiera la bolsa —. Si Marisa prefiere la comida casera, a mí me da igual.

Yo no quería la limosna de mi madre. No pensaría que lo que me había hecho en el pasado se olvidase solo porque Robert estuviese muerto.

—Por mí vale. Además, Sara, tenemos mucho que... reformar.

—Está bien entonces. Parece que hay suficiente para las tres, quédate a comer con nosotras —comenté con desgana mientras ascendía diligente por las escaleras para retomar mi empresa.

Después de comer callos, en pleno agosto, en la costa del sol, salimos a fumar bajo la cama balinesa que Robert había pedido traer desde Tailandia. Medio somnolienta, y por qué no decirlo, a gusto entre mis hermanas, sentí que el tiempo no había pasado, que todavía éramos las tres muchachas que vivían felices antes del accidente de mi padre. Tal vez con el tiempo podría perdonarlas —pensé—, pero lo de mi madre era diferente.

—¿Sabes que me voy a quedar a dormir con Sara hoy? —anunció Marisa.

—¿Y Bastián qué opina? —inquirió Magdalena alzando su ceja derecha mostrando su reprobación.

—¿Bastián? Nada, qué va a decir... a pelarla, no le queda otra... Mi hermana ha venido para pasar dos días, ha perdido a su marido y a su hija, y me necesita. Si lo quiere aceptar bien y si no... ¡puerta!. Por una noche que se abra una lata de atún, coja un bollo de pan y prepare algo de embutido para los niños, no les va a pasar nada...

Me quedé perpleja porque no tenía ni idea. Marisa no me había dicho nada. Mi hermana mediana se había erigido mi abanderada durante el tiempo que pasase allí. Me agradó sobremanera que por una vez me antepusiese a su marido y sus hijos. Sonreí complacida sin saber qué decir.

—Pues yo tengo que marcharme —objetó Magdalena. Se levantó y nos hizo una señal para que no nos levantásemos—. Cogeré los cacharros. Le diré a mamá que te vas pronto ¿no?

—Como quieras. Sabe dónde estoy. Pero dile que si viene, a la mínima no

voy a estar callada como todos estos años, dile que ya he espabilado.

Mi hermana me recriminó tantas cosas con la mirada que solo pudo darse la vuelta y cerrar la puerta de la calle con un portazo tras de sí.

—No se lo tengas en cuenta, sabes lo unida que está a mamá, es más mayor y tienen otra mentalidad, pero a su manera te quiere.

—Pues yo no quiero a su manera, yo quiero que me quieran a mi manera. Como una persona normal. Marisa, te agradezco que estés aquí conmigo... hermana.

Marisa se emocionó visiblemente. Me abrazó y comenzó a llorar en mi hombro. Las dos lloramos como dos chiquillas a las que le han roto el corazón por primera vez. La llorera nos duró unos veinte minutos, pero qué bien nos quedamos.

Al poco, escuchamos ruido tras los setos, había alguien en casa de Javier.

Marisa asomó su cabecilla curiosa con todo el rímel churreteado por la cara, tenía que averiguar de quién se trataba. Yo le rogué que nos metiésemos dentro, todavía nos quedaba más de la mitad de la casa: planta baja, sótano y el ático.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

—Sí —contestó una voz femenina. Era Susana, la prometida de Javier.

Yo le hice un gesto de negación para que no le dijese que estaba allí, no me apetecía saludarla; en todo caso arrastrarla por los rosales, revolcarla por los cactus y las plantas crasas y después tirarla por el final del jardín como a un saco de césped cortado. Pude ver sus piernas por un resquicio del seto, estaba morenísima y esas piernas no podían ser reales, debía haberse operado... ¿a los veintitantos? No podía creer su perfección, era odiosa.

—Estaba regando un poco las plantas. Si no cuando nos vengamos a vivir, no habrá aquí nada más que un terreno baldío de tierra marrón.

—¡Es verdad! —Comentó Marisa haciéndose la despistada, toda una maestra en eso— ¿cuándo os casabais?

—El día veinte, ¡en una semana y media! y todavía nos quedan tantas cosas por organizar... —miró su reloj como recordando todo lo que tenía que hacer y ahí estaba de cháchara.

—Y... ¿cómo era...? Tu prometido... —le di un codazo para que no sobreactuara.

—Javier.

—Sí eso. —respondió divertida, habíamos hablado de él hoy mismo en varias ocasiones, y ahora se hacía la longuis.

—Está de viaje, por negocios. Al menos eso me ha dicho él. Un nuevo cliente que nos ha salido en Holanda. En realidad, yo creo que ha ido a comprarme un regalo especial o algo para el día de la boda... ¡Es tan romántico! ¡Como sabe que me encantan los brillantes y allí están los mejores...!

Me mordí la mano para no saltar y destrozarle la cara. Hice el ademán de levantarme pero Marisa me retuvo, empujando mi cabeza hacia abajo.

—Bueno, espero que todo vaya bien si no nos vemos antes. Ya quedaremos a tomar café con mi hermana para ver las fotos y eso...

Se había pasado, eso ya rozaba la crueldad. Jamás iría a ver el reportaje de boda del hombre con el que debía haberme casado yo. Me levanté haciendo ruido y me alejé de allí. Tenía que encontrar esa caja fuerte que era a lo que había venido. Ojalá que Javier la estuviese engañando con otra en Holanda. Así ya no lo vería antes de su boda...

Buscamos y rebuscamos durante toda la tarde. Me dolía la mano de tantear paredes. Tantos golpes me habían provocado un terrible dolor de cabeza. Tirada en el sofá, miré el salón que era el único lugar por comprobar. Mentalmente revisé estancia por estancia. Cuando creía que nos habíamos saltado algo, le preguntaba a Marisa. Esta me confirmaba que sí lo habíamos repasado. Ella lo iba tachando del plano de la casa con bolígrafo. Mi última esperanza era el salón, pero eso esperaba al día siguiente. Palpé mis sienes y no podía casi rozarlas del terrible dolor de cabeza. Mañana sería otro día. Marisa durmió conmigo como prometió. Esa noche pude descansar debido al agotamiento y a la agradable sensación de haber recuperado a parte de mi familia. Marisa se había entregado a ayudarme como cuando éramos adolescentes, convirtiendo mi problema en suyo.

Comenzamos muy temprano. Toda la mañana pasó como vino: de vacío. Para las dos ya habíamos terminado con todo el salón. Marisa se tuvo que marchar porque su marido la telefoneó en varias ocasiones exasperado y amenazaba con enviarle la demanda de separación si no regresaba enseguida a casa. Cuando cerró la puerta me tiré al suelo desmoralizada y empecé a tantearlo. En las plantas superiores no podía haber puesto que había otra planta debajo y el suelo no era lo suficientemente ancho para ocultar una caja fuerte. El salón era diferente. Por debajo de mí, había metros y metros de tierra donde poder excavar. La pregunta era: ¿dónde? Estuve revisando el suelo palmo a palmo hasta las cinco y pico de la tarde, no encontré nada. Quebré varias losas del suelo, escavé y no había rastro de la caja. Atormentada por la idea de que tal vez no había nada escondido allí, empecé a despedirme de Carmen. Me tiré al suelo, ahora lleno de polvo y escombros, llorando realmente agobiada. Si regresaba al Reino Unido sin el pendrive, podía darme por muerta.

Miré al techo y le rogué a Robert donde quiera que estuviese que me echase

un cable, no podía más. Llegar hasta aquí para nada, para perderlo todo...

Entonces, de pura rabia, arrojé la maza con tan mala suerte que fue a chocar contra el cristal de la chimenea, destrozándolo. El martillo al golpear dentro del cajón de la chimenea provocó un estruendo terrible. El último sonido al chocar contra el fondo del cajón de la chimenea me pareció sonar algo hueco. Abrí los ojos sin poder creerlo, había una posibilidad, había que intentarlo.

Me asomé despacio, como el descubridor que está ante un increíble hallazgo, retiré las aristas de cristal con cuidado, o me rebanaría las muñecas. Abrí la portezuela de forja de la chimenea y decenas de trozos de cristal cayeron al suelo estrepitosamente. Me levanté para no cortarme. Introduje la mano para recuperar el martillo. Con mucho cuidado limpié la zona de cristales y suciedad, golpeé con mis nudillos el fondo de la chimenea y efectivamente sonaba hueco. A simple vista no se veía puerta alguna que comunicase con un escondite secreto, pero no era normal dejar ese hueco ciego en ese lugar que solo se va a utilizar para quemar leña. Introduje mi mano un poco en el tiro de la chimenea y tras tantear entre el hollín, descubrí un pestillito. Lo descorrí con facilidad y una portezuela, que era el fondo de la chimenea, se sobrevino para adelante. Me sobresalté ante el estrepitoso ruido del choque de la placa de hierro contra el suelo de la chimenea. Miré lo que se había revelado y sonreí triunfal. Delante de mí, dentro de la chimenea, Robert había escondido una pequeña caja fuerte, realmente a prueba de ladrones. Qué inteligente había sido. Nadie en su sano juicio metería la mano ahí. Antes buscarían en dormitorios, detrás de los cuadros o el estudio.

La sonrisa triunfal se me borró en cuanto me di cuenta de que la robusta caja fuerte que acaba de descubrir no se abría al tirar de su puerta. Tenía unas teclas que sobresalían del frontal. Una lucecita roja impedía abrir la caja. Había encontrado el ansiado escondite, ahora necesitaba la clave para poder

abrirlo.

No es necesario que empujes la vida, cuando el esfuerzo es realmente necesario, la fuerza que necesitas aparece.

No sabía qué combinación usar, había millones. La más recurrida y la primera que utilicé fue la fecha de nacimiento de Robert, no hubo suerte. Después probé con el pin de sus tarjetas de crédito, tampoco. Como tercer intento pensé en usar mi fecha de nacimiento, pero era un poco presuntuoso. A pesar de poder herir mi ego si no la había utilizado, o henchirlo si así resultaba, probé con mi fecha de nacimiento y... *Eureka* la puerta emitió un pitido agudo y una luz verde indicó que se podía abrir.

Me agaché completamente hasta que acabé tumbada frente a la caja fuerte dentro de la chimenea. Si hubiese entrado alguien en casa, habría pensado que estaba tarada trasteando la chimenea en pleno mes de agosto. Noté que una sinuosa gota de sudor recorría el surco de mi espalda. Cuando ya no encontró más pendiente por la que resbalar se detuvo, permanecería ahí en la base de mi espalda hasta que hubiese descubierto el misterio y pudiese incorporarme de nuevo. Tenía que comprobar qué escondía aquel lugar secreto. En realidad, ahora empezaba a sentir en mis carnes la adrenalina de un detective.

Abrí con voracidad la puerta por miedo a que se bloquease de nuevo y hubiese que llamar a un especialista en apertura de cajas de seguridad, implicando más tiempo y a más gente en un secreto que era casi de estado. Podría decirse que las cabezas de los miembros del *Cabinet* británico estaban entre esos archivos. Miré hasta el final, mis ojos se toparon por fin con lo que buscaba. Allí dentro, en una esquina, había un pen drive igualito que el que Mike Kennington me había entregado en su despacho días atrás. Lo cogí con

sumo cuidado por miedo a que se desintegrara entre mis dedos. Sonreí aliviada al tenerlo conmigo. Iba a recuperar a mi pequeña.

Había un papel manuscrito en el fondo de la caja. Lo saqué y reconocí la letra de Robert. Era una breve misiva:

Querida Sara, si encuentras esta nota dentro de la caja fuerte, espero que haya sido casualidad y no fruto de la agonía y la presión. En el primer caso, destruye ese dispositivo de almacenaje y no le des más importancia. En caso de no haber sido casual, ya sabrás lo que debes hacer con él. Espero que tanto tú como la niña no hayáis corrido peligro. Esa información es muy peligrosa. Estaba tratando de decidir qué hacía con ella cuando el tratamiento de la enfermedad me dejó fuera de juego. Después pensé que este sería un lugar seguro para esconderlo. Por Dios, espero que así haya sido. Traté de posponer la decisión para cuando me repusiese, pero, al parecer, si estás leyendo la carta, no habrá podido ser. Ánimo, confío en tu buen criterio, sabrás qué debes hacer.

Siempre te querré, Robert.

Entendí todo lo que Robert había sacrificado por nosotras, sus últimos días de vida. En vez de deprimirse y arrastrarnos a todos con su melancolía, decidió olvidarse de que se estaba muriendo y disimular hasta su último aliento para que siguiésemos con nuestras vidas. Era admirable. Yo jamás sería tan valiente, no podría olvidar que me muero para no hacer infeliz a los demás.

De repente sonó el timbre. Si eran los hombres del gobierno británico me tirarían por el barranco del final del jardín. Era imposible que lo supiesen, no era posible que ya se hubiesen enterado de que el pen estaba en mi poder.

Abrí el cuello de mi polo de manga corta y deslicé el pen dentro de mi sujetador. Fue el lugar que me pareció más seguro. Si me tenían que llevar a

alguna parte, iría conmigo. Si registraban la casa, jamás lo encontrarían. Corrí de puntillas hasta la puerta de entrada. Cuando estaba cerca recordé que no había cerrado la portezuela de la chimenea. Muchas explicaciones tendría que dar para explicar que estaba limpiando la caja de la chimenea en pleno agosto. Tuve que volver a cerrarla. Cuando estaba cerrándola el timbre sonó de nuevo. ¡*Va!*—grité.

Miré por la mirilla y más tranquila abrí la puerta. Era mi hermana, Marisa.

—¿Dónde te metías? —preguntó mi hermana desprendiéndose de sus gafas de sol—. He venido en cuanto he podido, el imbécil de tu cuñado no sabe hacer la O con un canuto. ¡Qué inútil! ¡Hombres, qué mal tan necesario!

Sonreímos y saltamos de alegría.

—Tengo una buena noticia...

—¿Has encontrado la caja? —preguntó emocionada.

—¡Sí! Y lo mejor de todo, he averiguado la clave de acceso.

—¿Lo has encontrado? ¿Lo que buscabas...? —preguntó en tono perentorio.

—Sí, creo que sí... Bueno, estoy segura.

Omití decirle a mi hermana que no iba a abrirlo por si descubría información sobre algún leguleyo asunto y lo complicaba todo.

—Me alegro tanto —aseguró con júbilo.

—Ya creía que el viaje había sido en balde, y que jamás volvería a ver a tu sobrina. Al menos ahora tengo una esperanza de recuperarla. Debo volver a Inglaterra de inmediato, el tiempo apremia. El vuelo de regreso es mañana a primera hora.

—Yo te llevaré, por eso no te preocupes... Si hemos terminado...

Podríamos ir a ver a mamá.

—Lo siento, pero no me apetece...

—Lo entiendo. Pero no seas tan dura con ella. Entiende las circunstancias y su educación.

—Mejor lo dejamos, Marisa. No estropees el momento. Te invito a cenar por ahí algo, ¿te apetece un *pescaíto frito*?

—De acuerdo, tú ganas. Iré contigo. Al menos podías llamarla...

—¡Marisaaa! Me quedan pocas horas que estar aquí y no quiero malgastarlas.

—Vaale, de acuerdo, me callo.

Los chiringuitos del paseo marítimo estaban a rebosar. Nos sentamos en uno que tenía el tejado de madera al estilo balinés y césped artificial en vez de arena. Yo quise sentarme en la mesa que no estaba completamente situada sobre la hierba artificial, nuestra mesa estaba bañada en parte por la fina arena gris. El sedoso suelo arenoso estaba fresco en la superficie, pero caliente bajo tierra. Era una sensación maravillosa. Parecía que la tierra cobraba vida bajo mis pies, abrazándolos con una tibia caricia.

Mi silla era la única de todo el chiringuito que estaba sobre la esponjosa superficie. Cerré los ojos e introduje los pies bajo la arena mientras escuchaba a Marisa. Los millones de granos de arena cálida comenzaron a cosquillear mis sentidos. En mi mano sujetaba un frío tinto de verano, el sonido del mar hipnotizaba mis oídos, mientras que la brisa del mar mecía mis cabellos balanceando mi espíritu libre y por unos instantes jocoso. Podría haber pasado la noche allí, tumbada sobre la juguetona arenisca sin necesidad de buscar una cama para descansar. Miré la orilla y sentí una necesidad imperiosa de bañarme. Íbamos a cenar y al principio deseché la idea. Pero

después en vez de seguir sentada como el resto de los comensales del chiringuito, arranqué a correr hacia la orilla, al menos metería los pies en el mar mediterráneo. Estar tan cerca y no probarlo era un sacrilegio.

Mi hermana me acompañó, me dijo que estaba chiflada, pero que le encantaba tener una hermana tan excéntrica, llena de misterios y sofisticación que había regresado a su lado.

—Ojalá no tuvieras que irte —interrumpió mientras me peleaba por atrapar las escurridizas coquinas de la orilla con mis pies, iridiscentes al anochecer. Dibujaba con mi pie un surco en la arena y esperaba que el mar lo llenase de su espumoso caldo. Los intrépidos moluscos saltaban de sus cobijos en la arena recién desenterrada para filtrar el agua rica en nutrientes que las sorprendía, acababa de decidir qué comería.

—Lo sé, yo también estoy muy a gusto, ahora más tranquila, pero Carmen me espera. No sé cuánto tiempo tardaré en arreglar las cosas por allí —traté de disimular por si las cosas no marchaban bien, se la veía feliz conmigo después de tantos años—. Puedo asegurarte que no voy a quedarme a vivir en el Reino Unido, menos teniendo este paraíso aquí —señalé la inmensidad del argentado mar que se abría frente a nosotras.

—Perdona, es que me pongo un poco tontarrona cuando pienso... pienso en todo lo que has pasado. En parte por mi culpa. —Dijo con voz queda.

—No te preocupes hermana, eso ya pasó. Todavía soy joven y podré recuperar el tiempo perdido, ¿No te parece? —La palabra *hermana* llegó a lo más hondo de su corazón. Me miró y con los ojos cuajados de tintineantes lágrimas, y me abrazó con fuerza.

Así permanecimos un buen rato, emocionadas, sin mediar palabra, abrazadas como el marinero a su mar, salpicadas hasta las pantorrillas por el mar, hasta que el grito del camarero desde el merendero nos obligó a romper

tan entrañable momento. Mientras volvíamos por el caminito de tierra que habíamos abierto al acercarnos a la orilla corriendo, cerré los ojos y volví a guardarme ese momento con mi hermana en mi álbum de recuerdos para toda la eternidad. La miré mientras caminaba y sonreí agradecida por recuperar parte de lo que me había estado perdiendo todos estos años.

Durante mi estancia de dos días en España no vi a Javier. Mis anteriores esperanzas de poder encontrarlo en el paseo, en el jardín o en nuestra calle se disiparon cuando el avión de vuelta al Reino Unido tomaba más y más altura. *¡Qué bonita era mi tierra desde arriba!*—Pensé a varios miles de metros de altitud. Deseé regresar pronto, pero eso no dependía ahora de mí.

En cuanto aterricé, llamé a Mike Kennington desde el aeropuerto. Era diez de Agosto, justo había pasado una semana desde nuestro acuerdo. Quería asegurarme que no habían entregado a Carmen en adopción, menos ahora que tenía lo que ellos buscaban. Me aseguró que lo arreglaría todo para la entrega a primera hora de la tarde del día siguiente. El hombre me contó que necesitaba un día para traer a Carmen desde Escocia. El trato se llevaría a cabo en un lugar apartado y sin tonterías. Primero entregaría el dispositivo y después se pondrían en contacto conmigo para devolverme a Carmen y los papeles, por fin sería la madre legal. Mike había conseguido agilizar los papeles de la adopción, y no tendría que pasar más tiempo conmigo en acogida. No me convencía ese intercambio en el que ellos lo tenían todo y a mí me despojaban de todo, pero qué podía hacer, me tenían bien cogida.

Cogí un taxi hasta casa. Llevaba una maleta de mano y un enorme bolso tipo bandolera, todo estaba llegando a su fin. Esperaba que las cosas saliesen bien y no fuese una triquiñuela del gobierno. El director del centro de menores me aseguró que si seguía sus instrucciones, en menos de cuarenta y ocho horas estaría jugando con mi niña en casa. Entonces me marcharía lejos, muy lejos y

no miraría atrás.

Ensimismada con mis pensamientos se me escapó avisarle al taxista que no siguiera por la calle de sentido único que nos alejaba de mi domicilio. Se había pasado la entrada de la calle peatonal que conducía hasta mi edificio. El taxista fue muy amable indicando que daría la vuelta y me llevaría de nuevo hasta mi calle. No acepté su alternativa, tardaría menos si deshacía el camino a pie, eran unos pocos cientos de metros. Así que tras pagarle, me alejé del coche introduciéndome en la espesa niebla londinense, a pesar de estar en agosto.

Cuando doblé la esquina hacia la calle conducente a mi edificio noté que el ambiente estaba demasiado tranquilo. Mis pies se frenaron al tropezar con un adoquín mal colocado, como queriéndome avisar de que no entrase, que diese la vuelta. Continué unos metros alerta hasta que divisé el portal del colosal edificio de apartamentos. A mi izquierda, el cercano callejón de casitas de finales del diecinueve. Al otro lado, el motel de estilo victoriano que tantas veces me habían dado la bienvenida al llegar a casa. A pesar de estar muy cerca, continué alerta. Cuando me acercaba al callejón, embutida en una densa neblina, escuché un ruido como de botellas de cristal al caer. Me detuve. *Ojalá llevase algo con qué defenderme* —pensé. Pero después vi a un minino salir de detrás de unos cubos de basura, así que sonreí y aceleré el paso.

Nada más traspasar el callejón, noté que una sombra oscura se movía de un lado a otro de la calleja, hacia donde yo me dirigía. Sin querer creérmelo, ordené a mis piernas que continuasen, pero ya no pude, algo me sujetó por detrás. Acto seguido, unos fuertes brazos me taparon la boca y me arrastraron hacia el callejón, con la maleta y el bolso a rastras. Dentro de la calleja, mi cuerpo fue lanzado contra el suelo, mis pertenencias salieron despedidas por los aires, suerte que la maleta no se abrió. Rodeados por la nívea atmósfera,

aislados del mundo, dos hombres de aspecto tosco y desagradable aparecieron frente a mí. Las rodillas me sangraron al caer de bruces sobre los húmedos adoquines. No quise mirarlos, pero ya era demasiado tarde, esos tipos parecían no temer que los pudiese identificar, en ese caso seguramente no saldría con vida de esta, así que no les importaba mostrar su rostro. Sabían a por qué venían.

Por su altura y complexión, juraría que eran los mismos que vinieron a hacerme una visita cuando Patty y Paul salieron huyendo. Por su indumentaria, deduje que esos hombres no trabajaban para el gobierno. Tal vez una mafia o algún pez gordo también interesado en hacerse con esos documentos.

—¿Dónde está? —preguntó el que tenía más cara de muy pocos amigos, la viruela le había picado la cara casi al completo, su rictus era desafiante y agresivo.

No le contesté, traté de levantarme y me agarró fuertemente del cuello, como si fuese una gatito transportado por su madre.

—Te he hecho una pregunta ¿Dón-de es-tá? —Cuando finalizó la pregunta dejó de ir su imponente mano y me propinó tal bofetada que me sentó de culo. Noté cómo la sangre caliente y espesa comenzaba a descender dentro de mi tabique nasal. Llevé mi mano hasta la nariz y comprobé que, en efecto, estaba sangrando por ambos orificios nasales. Empecé a sentir un zumbido por el oído izquierdo, el más expuesto al increíble *Bang* que esa mole me había propinado.

Esos tipos parecían no andarse con tonterías, aunque si creían que les iba a entregar el salvoconducto para Carmen estaban listos. Tumbada en el suelo, vi que el otro se ocupaba de mi maleta, la había abierto y todas mis pertenencias estaban adornando el suelo: bragas, sujetadores, y camisetas se encontraban desparramadas por todas partes. Esos tipos iban a matarme si no encontraba

algo con qué defenderme, y pronto. Miré a mi derecha y encontré el cubo de basura: dos botellas de whisky escocés descansaban en el suelo a dos palmos de mí. Si lograba alcanzar una, por lo menos moriría plantándoles cara.

Una vez hubo vaciado toda la maleta, le hizo una seña a su compañero. Se abalanzó sobre mí y me apretó el cuello de nuevo, esta vez me estaba estrangulando.

—Maldita puta, dinos dónde están los archivos. —Gritó fuera de sí.

No podía hablar. Vi que su compañero empezaba a buscar en el bolso, si descubría que tampoco estaba allí, se volverían locos. Seguía notando la presión de sus fuertes dedos sobre mi cuello, que cedía como una brizna de hierba ante un destructor vendaval que lo agitaba.

Me estaba ahogando, tenía que encontrar un modo de ganar tiempo o ese tipo me mataría en segundos. Le indiqué con la cabeza y las manos que se lo diría. La presión remitió y la sangre volvió a fluir con normalidad. Tenía que inventar algo... El miedo bloqueó mi mente. Solo podía pensar en que no quería morir, no de esa manera y allí tirada.

—¡Busca en el bolso! Ahí no, ¡en el bolsillo pequeño! —murmuré recuperando el aliento.

Acto seguido hice lo que no debería haber hecho: gritar con todas mis fuerzas.

—¡SOCORROOO!

El hombre dejó el bolso para volver a abalanzarse sobre mí, en ese instante me arrastré hasta una de las botellas y, justo cuando lo tenía encima, le propiné un tremendo botellazo en la cabeza. El hombre cayó en seco al suelo. El cristal no se había roto, pero algo crujió, debió de ser su mollera. El compañero corrió hacia mí y me propinó una brutal patada en el costado. Creí que me

había partido cuatro costillas, quedé de lado casi sin poder respirar del dolor.

Entonces, surgido de la nada, una figura masculina saltó sobre mi agresor apartándolo. Se enzarzaron en un ritual de puñetazos y empujones. Ante el revuelo de voces y golpes, más gente se fue aproximando al lugar, internándose en la espesa niebla que nos ocultaba. Aquellos espectros nebulosos iban a salvarme la vida, esos tipos se largarían al verse rodeados.

—¡Vámonos! —gritó el del botellazo con la frente inundada de sangre, el líquido le caía por encima del ojo y amenazaba con rebasar el párpado y entrar en el ojo.

Ese tipo tenía unos cuantos puntos de sutura en aquella herida. Al menos me sentía satisfecha por ello. No había podido matarme ni robar el...

—¡Vámonos! —volvió a repetirle al compinche que luchaba con el hombre. Me pareció que lograba sacar un cuchillo o una navaja, iba a pinchar a mi salvador. — ¡Imbécil, vamos! ¡Lo tengo! —anunció mostrándole en el aire el pendrive de color azul.

Por un momento me quedé bloqueada y me asusté, todo estaba perdido. Llevé mi mano al pecho y lo toqué. Allí descansaba el pen, el verdadero. Estaba prendido a mi cuello de una cadenita. Entonces lo comprendí todo. Ese tipo había encontrado el dispositivo que me había dado el director del centro, ese que era exactamente igual que el pen de Robert que colgaba seguro sobre mi pecho.

Los asesinos corrieron empujando y tirando a la gente que se había ido agolpando alrededor. La densa niebla les ayudó a escapar. A los tres segundos nadie sabía por dónde habían tirado. Los primeros viandantes se acercaron al hombre que había tratado de ayudarme.

—¡Déjenme! Es ella la que está herida... Tengo que verla.

Aquella voz me sacudió el cuerpo dejándolo como cuando te tiras desde lo alto de una gigantesca montaña rusa, no porque fuese la voz de algún vecino, o por que hablase en castellano, sino porque era la voz de mi amor: era la voz de Javier.

Un instante antes de desmayarme, pude ver asomar sus dos ojos verdes sobre mi cabeza, traté de pronunciar algunas palabras, pero me desmayé sintiendo cómo sus fuertes brazos me alzaban del suelo como si fuese una pluma. Entonces, sintiendo la protección de su abrazo, me desvanecí.

Piensa que todos los sueños pueden hacerse realidad si tienes el coraje de perseguirlos hasta tu último suspiro.

Desperté en mi casa, recostada en el sofá. Por un momento no sabía dónde estaba o qué hacía allí. ¿Habría soñado todo y todavía no había partido para España? Entonces lo vi, allí sentado a mi lado, ofreciéndome algo de agua.

—Pero... pero, ¿cómo? ¿Qué haces aquí? —traté de averiguar sin moverme un ápice.

—¡Silencio! Calla ahora, debes descansar. El portero ha dicho que llamaría a un médico, así que está a punto de llegar. No hables. —Anunció Javier, acariciando mi rostro y apartando el pelo de mi cara.

Lo miré y no lo creí allí junto a mí. *¿Me había salvado la vida?* Entonces accedió a contarme qué diablos hacía en Londres.

—Verás... Después de nuestra última y fallida cita, pensé en dejarlo todo, darme por vencido, pero después pensé en que no he dejado de quererte, nunca, ni un instante. Aquel día cuando te vi en el jardín, creí que había muerto y estaba en el paraíso. La vida me brindaba la oportunidad de volver a verte. Casi se me para el corazón. Créeme. Fue el mejor regalo que Dios me ha hecho en los últimos trece años.

Cosas de Robert —pensé.

Traté de hablar, lo impidió sellando mis labios con su dedo índice. Al notar el tacto cálido y suave de su piel sobre mi boca sentí unas irrefrenables ganas de besarlo.

—Déjame que hable, por favor. Al día siguiente fui a buscarte, pero ya no estabas. La casa, el coche, todo cerrado... Empecé a torturarme maldiciendo

que tal vez te habías vuelto a marchar porque no sentías nada por mí, que regresabas al lado de tu marido y que venderías la casa para no volver a verme. Entonces, hace cuatro días me encontré con tu madre en el mercado. Al principio trató de evitarme, finalmente la abordé. No iba a ningunearme otra vez, entonces yo era casi un niño. Le pregunté directamente dónde estabas, necesitaba verte. Al principio no quiso decírmelo. Le reproché muchas cosas, incluso le grité por lo que te obligó a hacer hace trece años. Llorando me contó finalmente el por qué de tu repentina huida: tu esposo había muerto. Entonces lo comprendí, y me marché. No pensaba dejarte otra vez, en esta ocasión iba a actuar. Tu madre me llamó a voces. Me dijo algo que me animó a venir hasta aquí:

“Si la quieres esta es tu oportunidad. Ve a buscarla antes de que sea demasiado tarde. Es demasiado buena para estar sola. Yo ya la he perdido, pero tú todavía puedes recuperarla, no hay nada más que mirarla para saber que está loca por ti”.

¿Mi madre había dicho eso...?

Mi madre, la odiosa señora que sacrificó mi vida para no destrozar la de ella y las de mis hermanas. Mi madre, que no había ido a verme estos últimos días que había estado en España, seguramente porque pensase que al morir mi marido me habría arruinado. Bueno, parecía que la mujer había tratado de resarcirse del daño provocado, tal vez estaba cambiando... Sonreí ligeramente...

—¿Puedo? —pregunté pidiéndole permiso para hablar. Me incorporé en el sofá para hacerle un hueco y que pudiese sentarse.

—Te vi, el día que venías a buscarme. Te vi que te marchabas en un vuelo de British —comenté— Puso cara de perdido, me encantó su expresión.

—Javier, he pasado los últimos tres días en Málaga por un asunto

relacionado con los papeles de Carmen. Te he buscado en cada esquina de la ciudad y tú estabas aquí, buscándome a mí. ¡Hay que ser idiotas! —reí.

Se acercó a mí y, lentamente, saboreando el momento, agarró mi mejilla entre sus manos y me besó con tal delicadeza que casi escuché el invisible sonido de nuestros labios al chocar. Tragué saliva, la garganta me ardía por la sed de su cuerpo. Después me besó la mejilla recorriendo mi piel hasta el cuello y dejó apoyada su cabeza entre mi hombro y el pecho como el niño que busca arrepentido el regazo de su madre, un lugar seguro donde poder pasar el resto de la eternidad.

Permanecimos así, unidos, en silencio, contándonos tantas cosas con la mirada y nuestra respiración...

El doctor dijo que a simple vista no tenía nada grave. Un hematoma enorme a la altura de las costillas, la nariz inflamada, pero no estaba partida. Cuando se marchó, decidí darme una ducha. Javier me preparó un baño de espuma en el jacuzzi. Me desprendí del pen drive verdadero y lo escondí dentro de un tarro de algodones de colores para desmaquillarme que contenía un frasco de cristal en el baño.

Javier iba a marcharse cuando empecé a desnudarme. Yo tuve la certeza de que no quería estar más sola, al menos ese día, no sabía cómo iba a acabar todo aquello. Tal vez esas serían nuestras últimas horas, juntos.

Fuera estaba atardeciendo, desde la altura de mi piso se veía la niebla que cubría todo menos la copa de los árboles más altos y las fantasmagóricas luces de la noche que empezaban a iluminarse. Me despojé de toda la ropa y le cogí la mano cuando se marchaba. Miró mi desnudez con ojos de asombro. Hacía más de una década que no me contemplaba así, desnuda. Lo atraje hacia mí y nos besamos de nuevo. Sus manos no sabían bien dónde posarse, así que fueron bajando tímidamente desde la espalda hasta mi trasero.

Por mi mente pasó su prometida, Susana, pero yo ya había sufrido durante bastante tiempo, esa noche me tocaba disfrutar a mí.

Me introduje en la burbujeante espuma del cálido baño. Desde allí contemplé como se desnudaba. No aparté la mirada ni un instante. Aquel Apolo terrenal iba a ser solo para mí. Alargué el brazo para disminuir la intensidad de la luz del baño hasta que fue muy íntima, pero que nos permitió verlo todo. En el mismo cuadro de mandos se encontraba el botón del hilo musical. Seleccione el canal de música romántica y baladas... Por casualidad sonó una de mis canciones favoritas: *Better half of me*. Paradójicamente acaba de encontrar la mitad de mí que habían arrebatado años atrás. Recorrí mis manos llenas de jabón por su amplia espalda y sus esculpidos hombros. Moje su pelo negro y rizado. Bajo el agua el calor era incluso más intenso que en la profundidad del jacuzzi. Dibujé su rostro con las caricias de mis dedos y empecé a besar cada centímetro de su rostro, un beso por cada segundo que había estado apartado de mi lado este tiempo. Como una especie de rito purificador para que olvidase todos los besos que otras mujeres le hubiesen podido dar. Cuando hube recorrido todo su cuerpo, llegó su turno. No tenía la menor idea que un hombre pudiese aguantar tanto tiempo bajo el agua, ni que las burbujas podían tener ese efecto en mi intimidad. Cuando su cabeza volvió a emerger del agua, lo recibí entre mis piernas y le dejé hacer... En el frenesí del acto nuestros cuerpos parecían derretir el agua y evaporar el oxígeno. Jamás había sentido nada igual.

Mi cuerpo parecía haber encontrado el acople perfecto para formar un ser completo. Gemidos de placer inundaron la estancia y el agua se derramaba por el borde del jacuzzi hasta ir a parar a la puerta del baño. Perdí la cuenta de cuántas veces pude alcanzar el clímax, pero me parecieron más que suficientes cuando Javier cayó exhausto a mi lado, a punto de tragar agua al haberse dejado llevar por el placer.

Nos fuimos a dormir y cuando me abrazó por detrás y sentí sus bíceps rozando mis pechos, sentí que aquel era el lugar donde quería pasar el resto de mi vida: entre sus brazos. Nos quedamos dormidos rápidamente debido al esfuerzo físico y a la copiosa cena que degustamos a base de comida pakistani que habíamos pedido que nos trajesen.

Me sorprendió el insistente “bip” de mi móvil. Miré el reloj y vi que eran algo más de las cinco de la mañana. Extrañada me incorporé y vi que se trataba de dos mensajes de texto:

Deshágase de su amigo, o no habrá trato. No debe haber más testigos. Podría estropearlo todo.

Si lo quiere a él y a su hija, sáquelo de su vida. Hágame caso, deshágase de ese hombre o lo pagarán los tres.

Miré el destinatario, me sonaba el número, comprobé la agenda. Mientras, Javier dormía como un angelito. Era el número de Mike Kennington.

¿Qué podía hacer? —Me pregunté nerviosa. No podía creer la encrucijada en que me ponían esos malditos mensajes. Si quería recuperar a Carmen, debía deshacerme de Javier ahora que acababa de entrar de nuevo en mi vida, y todavía no sabía qué significaba ese reencuentro. Qué paradójica era la vida, eso no me podía estar pasando, no de nuevo. La cuestión era cómo se habían enterado, seguramente tenían alguien espiándome. Le habían visto entrar conmigo y aún no había salido. Decidí que a pesar de que me partiese el corazón, tenía que protegerlo, aunque protegerlo fuese decirle que no quería estar con él.

Estuve llorando más de una hora en silencio, para que no me escuchase, buscando otra solución en mi cabeza. Apreté su mano con la mía, deseé que

esa noche terminase nunca, que no amaneciese y que el sol fuese coloreando nuestros cuerpos sobre la cama, arrebatándomelo cada segundo que pasaba. Seguramente, esa sería nuestra última noche los dos juntos.

Tampoco podía explicarle que se marchase ahora y más tarde se lo explicaría porque un hombre que viene a otro país, a miles de kilómetros de distancia en busca de algo, una vez conseguido no se marcha así como así. ¿Carmen o Javier? Tenía que romper con él de manera brutal, drástica. Tenía que destrozarle el corazón, tenía que hacer que se fuese a España y estuviese a salvo. A pesar de saber que cuando yo regresase ya lo habría perdido para siempre.

La claridad del día me despertó. Javier no estaba a mi lado. Asustada corrí a levantarme. Al punto apareció con una bandeja y en ella el desayuno. Se me quitó el hambre al verle al cara de ilusión y felicidad que sentía al estar conmigo, había preparado el desayuno romántico con el que tantas veces había fantaseado cuando vivía con Robert, ahora lo tenía delante de mí, entregado y dispuesto a hacerme la mujer más feliz del mundo y tenía que destrozarlo de nuevo para salvar a mi hija.

—¡Al fin juntos, mi amor! Hay que reponer fuerzas. —Sonrió travieso— He ido a correr un poco mientras dormías, ¿qué vamos a hacer hoy?

Traté de ser seca y tajante desde el principio, tenía que hacer la mejor interpretación de mi vida si quería liberar a Carmen.

—Yo tengo un montón de cosas que hacer, sobre todo papeleo, y debo viajar a Cambridge a hablar con el abogado...

—¡Estupendo! No conozco la ciudad, iré contigo.

—Javier, eh... ¿Cuándo vuelves a España? —pregunté mirando por la ventana, me dolía tanto que no podía siquiera mirarle a los ojos directamente.

Ya le había destrozado el corazón una vez. Entonces no había estado allí para verlo, ahora era diferente, sus caricias eran demasiado recientes, ahora ardían en mi piel como ácido. Pobre —pensé.

—Volvía esta tarde. Llevo varios días buscándote por todas partes y ya creía que no daría contigo. Pienso cambiar mi vuelta a España, esto lo cambia todo, ¿no? —preguntó tratando de encontrar el respaldo de mi mirada.

—¿Y la boda? —apostillé, tajante.

—¡Ah! Eso... No había querido pensar en ello, tienes razón tendría que...

—¡Casarte! —Le interrumpí a conciencia antes de que terminase la frase.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? Ahora somos libres, yo solo tengo que...

—Javier, no te confundas —seguía sin mirarle— lo de esta noche ha estado bien. No te negaré que eres un buen amante, pero yo tengo la vida aquí muy liada. Te agradezco que me salvases anoche, pero por ahora no pienso abandonar el país. Tengo que terminar el proceso de adopción... Además, la niña tiene aquí su colegio y su hogar... Seguramente viviré aquí... con ella.

—Me estás diciendo que después de lo que ha pasado esta noche, quieres continuar con tu vida en Londres como si nada... ¿Y si no llego a estar ayer para salvarte? —gritó enfurecido.

—Repito que te lo agradezco —dije destrozada al ver su rostro desencajado. Mi ácido plan estaba surtiendo efecto. Quise correr a darle un abrazo, decirle que era mentira, que todo lo que le iba a decir era justamente lo contrario. Que lo amaba con toda mi alma, siempre lo haría, pasaría cada suspiro de mi aliento con él, contemplándolo, a su lado, siguiéndolo ciegamente, sin mirar atrás—. Pero tú no puedes tirar tu vida por la borda de nuevo...

—Eso podías haberlo pensado antes de volver a tirarte a mis brazos. ¿Qué

haré cuando vengas a España de vacaciones? Fingiremos que no ha pasado nada...

—No seas bobo, Javier. Si nos apetece y se da el caso podremos darnos un homenaje —insinué, sacando todo lo peor de mí. Me había presentado como una fulana cualquiera, algo que Javier odiaba, al igual que odiaba que lo llamasen “bobo”.

Me aproximé socarronamente pero el veneno ya había surtido efecto, retrocedió y empezó a recoger sus cosas, asqueado.

—¡Estás loca! ¡Loca! ¿Cómo he podido estar tan ciego todos estos años? ¿Cómo?

—No esperarías que iba a dejar pasar la oportunidad de un marido rico como Robert por un niño que no tenía donde caerse muerto. ¡Javier espabila! Esto es la vida, si no comes, te comen.

Ese fue la estocada definitiva. Le había dicho que lo había dejado hacía trece años por un hombre más mayor, solo por su dinero. Lo peor que podía haberle dicho.

—¿Sabes qué?

—Dime —contesté preparada para lo peor.

—Me arrepiento de haberte conocido. Ojalá pudiera vivir otra vida para recuperar los años que he sufrido por ti. Ojalá jamás te hubiese visto, ojalá que no te vuelva a ver. Siento haber engañado a Susana. Creí hacerlo porque eras el amor de mi vida, y eso lo puede todo incluso la infidelidad, pero ahora me arrepiento de haber pensado siquiera en dejar a una muchacha buena y honesta por una mujer tan sucia como tú. Ya lo tienes todo: dinero, propiedades, posición. Espero que lo disfrutes y que jamás se te ocurra volver a molestarme.

Se dio la vuelta y desapareció de la habitación. Lo siguiente que escuché fue un portazo. Ahogué un grito de dolor extremo al desgañitarme chillando sobre las sábanas de la cama que todavía desprendían olor a él. Me arañé las piernas hasta que me salió sangre y arrojé contra el suelo todos los objetos que tuve a mano. Después me quedé llorando desconsolada, tirada por el suelo de la habitación sin prestar siquiera atención a los pedazos de los objetos rotos que se clavaban en mi espalda.

Lo había perdido. Esta vez para siempre. Solo esperaba que ese inmundo sacrificio sirviese para volver a ver sonreír a Carmen, aunque mi alma se hubiese volatilizado en el camino, aunque mi corazón marchito como las flores secas que me miraban desparramadas por el suelo del lujoso apartamento.

Volví a sentirme que era... nada.

Siempre he pensado que es más fácil encender una luz en mitad de la oscuridad que permanecer toda tu vida en las tinieblas.

Apenas habían pasado un par de horas desde que Javier había salido definitivamente de mi vida, cuando el teléfono sonó. No sé por qué, pero sabía que eran ellos. *¿Quién si no?* Lentamente todas las personas que me querían se iban alejando de mi vida por un motivo u otro: mi madre, Robert, Carmen, Patty y ahora, de nuevo, Javier. Quién si no iba a interesarse por mí...

—Buenas, ¿sabe por qué le llamo? —preguntó una voz masculina tan neutra que parecía usar un sintetizador de voz para evitar que le reconociesen.

—Sí, lo sé.

—¿Tiene eso? —pidió con urgencia.

—Sí, lo tengo. Ha sido difícil pero les he conseguido *eso*.

—Perfecto, entonces todo saldrá bien. Debe depositarlo en una papelera que hay justo enfrente a la puerta norte del Zoológico de Londres, a las 14.00. ¿Conoce la zona?

—Sí, por supuesto que conozco *Regent's Park*.

—Deberá dejarlo en una bolsa de basura negra que alguien pasará a recoger. No se marche hasta que esa persona pase y le haga una señal. No intente nada, está muy cerca de recuperar a su hija señora Scott.

—¿Cómo sé que no es una jugarreta, que cuando tengan lo que quieren se olvidarán del trato?

—Señora, no se lleve a engaños. Las cosas pueden hacerse de manera discreta o se puede cortar por lo sano. Hasta ahora ha cumplido con su palabra, no lo estropee ahora poniéndonos a prueba.

Me quedé pensando. No tenía otra salida, debía confiar en aquella voz etérea que se dirigía a mí como si me conociese de toda la vida, y que movía los frágiles hilos de mi existencia.

—Le aseguro que en cuanto todo esté comprobado y a buen recaudo, nos volveremos a poner en contacto con usted para que recupere a la niña.

—Eso espero...

—No intente ninguna tontería como copiar el pendrive, abrirlo o ponerse en contacto con la policía, créame lo sabríamos. Que tenga un buen día, señora.

Quise responderle que no le deseaba lo mismo, pero colgó de inmediato sin darme tiempo a responder. La línea telefónica quedó muda. Debía ponerme en marcha: eran las doce y cuarto. Si quería llegar allí debía darme prisa.

Sin saber bien por qué fui en busca de la vieja pistola de mi marido. Tenía el seguro puesto. La introduje entre mi piel y el pantalón tejano ajustado por un cinturón marrón. El móvil en mi bolsillo derecho delantero me daba cierta seguridad, qué ilusa... El pen colgaba de mi cuello, ya tendría tiempo de guardarlo en una bolsa de basura. Así, si me robaban el bolso, no me quedaría sin nada. Solo me quedaba tener fe.

Decidí tomar el metro. Estaría abarrotado de gente a esas horas. No intentarían nada en mitad del gentío del tren subterráneo. No pensé en qué pasaría si la policía a la entrada del metro me detenía y descubría el arma.

Cogí la línea de metro *Central* en *St. Paul's* hasta que llegué a *Oxford Circus*. Allí cambié a la línea *Bakerloo* y me apeé en la siguiente parada: *Regent's Park*. Bajé mirando en todas direcciones, todos me parecían

sospechosos. La angustia comenzaba su escalada hacia mi mente, debía tranquilizarme.

La paranoia me invadía, haciéndome creer que el gentío parecía mirarme y saber lo que llevaba colgado al cuello. Trataba de no caminar muy cerca de otras personas para evitar malentendidos. Al salir del asfixiante calor del metro tuve que ponerme el chubasquero, estaba lloviendo. Atravesé por mitad del parque para llegar a tiempo hasta la entrada norte del parque. Quedaban quince minutos para las dos. Mientras caminaba por el verde manto encharcado por las diarias lloviznas que mojaban Londres, divisaba los laberínticos macizos vegetales que amenazantes eran capaces de albergar cualquier asaltante. Apenas si había un alma en el inmenso lugar. Estaba lloviendo, y las familias o los turistas estarían recorriendo otros lugares en lo que pudiesen guarecerse del agua.

Comencé a vislumbrar el banco y la papelería situado en la entrada menos transitada del zoológico que seguramente estaría cerrada. Solamente era usada por algunos visitantes que ya cansados de ver animalitos salían a descansar y repantigarse en el césped al cobijo de algún tímido rayo de sol. Entonces vi a un hombre apoyado sobre el tronco de un árbol fumando. Tendría treinta y pocos, parecía no haber reparado en mí, pero no me podía fiar. Empecé a temblar pensando que todo había sido una trampa, una emboscada. Me arrebatarían lo que querían y me freirían a tiros, ahí mismo. Vaya final...

El hombre estaba situado justo en la trayectoria a seguir para alcanzar el punto de entrega. Desde el árbol hasta la papelería habría unos escasos doscientos metros. El tipo miró su reloj, tal vez disimulando que esperaba una cita.

¿Quién en su sano juicio quedaría en un lugar tan apartado?—me dije.

Ese tipo me esperaba a mí. Acaricié la culata de la pistola por debajo el

chubasquero. Seguramente al final no tendría valor para usarla, pero me proporcionaba seguridad. Sentí el martilleo de mi corazón acelerando mis nervios y secándome la boca.

Continuaba allí plantado, sin mirarme, absorto en el horizonte. Seguramente sería otro peón de ajedrez más que seguía órdenes de los de arriba. Quedaba poco para pasar a su lado. Si desviaba mi ruta, notaría que huía de él. Por otra parte, no quería darle la espalda al pasar. Justo cuando estaba a unos veinte pasos de distancia, una hermosa joven de cabellos castaños empapada hasta el tuétano saltó en sus brazos y lo besó para saludarlo.

Respiré aliviada, al menos ese no era mi verdugo. Dejé a la pareja medio guarecida de la lluvia bajo el árbol con una pizca de envidia en mis ojos: tan enamorados que no les importaba ponerse empapados, el insólito lugar de encuentro o la hora, solo estar con la persona amada. Imaginé que tal vez eran amantes y que se reunían a escondidas de sus parejas.

No intenté sentarme en el banco pues estaba calado. La papelera era un pozo lleno de bastante agua. Protegí el pen envolviéndolo con varias bolsas. No me atrevía a meter el objeto en aquella cantidad de agua. Si la bolsa tenía un poro, el dispositivo quedaría inutilizado. Terminé de preparar el paquete cuando escuché una ráfaga de aire que pasaba junto a mí. Antes de que pudiese siquiera darme la vuelta, un ciclista volaba a varios metros de distancia con la bolsa de basura en su mano. Alzó la mano con el dedo pulgar hacia arriba, a modo de señal para que no me preocupase, él sería quien debía recoger el paquete.

¿Dónde había estado oculto para no verlo?

Fuera como fuese, se lo había llevado. Sentí que una enorme losa de granito se elevaba sobre mis hombros y era transportada por los nubarrones negros; aligerando el peso sobre mi alma. Ahora era cosa suya, yo había hecho lo

acordado. Instintivamente miré el móvil, obviamente no había ni mensaje, ni llamada. El ciclista no habría salido de Regent's Park todavía.

Al mirar la salida del zoo, recordé la primera vez que vinimos Robert, Carmen y yo a ver los animales salvajes, estaba tan emocionada reconociendo y aprendiendo el nombre de nuevos animalitos, fue tan feliz aquella mañana.

Pequeña, más cerca. Carmen, pronto estaremos juntas —pensé en voz alta.

No podía hacer nada más de momento, solo esperar. Miré a los amantes de nuevo y al verlos besarse y acariciarse sin pudor o vergüenza sentí de nuevo ese vacío que la noche anterior se había disipado por primera vez en tantos años. Deseaba que Javier no hubiese vuelto a España, correr a su encuentro y que cuando regresase a mi piso estuviese allí esperándome en las escaleras con una media sonrisa que diera a entender que me perdonaba y que indicase que había comprendido todo. Decirle que me habían obligado a elegir entre él o destrozarle la vida a una niña de cinco años. No era cuestión de cariño o amor, era cuestión de protección: Carmen estaba sola en el mundo y Dios sabe dónde podría acabar si yo no la adoptaba. Esa niña me necesitaba tanto como él, pero de diferente forma. Me arrepentía a cada instante de lo que había tenido que hacer. Les odiaba por haberme hecho elegir entre ambos: las dos personas que más quería sobre la faz de la tierra, cada una a su manera. Tomé asiento en el empapado banco del que caía el agua a borbotones. Poco me importaba ya mojarme.

Las lágrimas de mis ojos se entremezclaban con las gotas de lluvia limpiando mi rostro a cada nueva amargura que llegaba a mi mente. Me estaba empapando, me daba igual. Había hecho lo imposible por salvar a Carmen, pero de nuevo, para salvar a otros había tenido que sacrificar a Javier.

¿Por qué era tan jodida la vida conmigo?

Unas figuritas menudas y curiosas se acercaron para ver si me encontraba bien. Alcé la vista y vi un grupo de turistas japoneses que habían salido del zoo.

—¿Foto? —preguntó en marcado acento oriental.

No podía creerlo, el muy cretino quería hacerme una foto en el estado en que me encontraba...

—A la mierda. —Grité en español y me levanté dejándoles con un palmo de narices.

A las ocho de la tarde, ya totalmente desesperada, llamé al señor Kennington, quería saber qué pasaba conmigo.

—¿Por qué no me han llamado todavía? —pregunté angustiada, cumplí mi parte del trato.

—¿De qué habla señora Scott? Usted ya vino a recogerla al centro de acogida, hará un par de horas...

—¿Cómo? ¿De qué habla? ¡Quiero ver a Carmen! Déjese de tonterías conmigo.

—A ver, ¿no vino usted a las seis de la tarde a por la niña?

—¡No! Estaba en casa, esperando su llamada. No han podido contactar conmigo, yo he estado aquí toda la tarde esperándoles.

—En realidad... Ahora que lo dice, yo tampoco la he llamado. Se supone que usted vino cuando yo estaba con la familia de un niño. Las cuidadoras me dijeron que me dio usted recuerdos y que agradecía todo lo que había hecho por ustedes.

—Eso es imposible... ¿Quién tiene a mi hija?

—Deje que haga unas averiguaciones y la llamo...

Colgó antes de que pudiese estrangularlo a través del teléfono.

¡Maldita sea! Tanta mala suerte no podía ser verdad.

Pero quién querría llevarse a la niña... El gobierno no podría ser. No iba a encargarse la entrega de la menor a unos empleados y a su vez ordenar a otros que la raptasen, era de locos. *¿Quién más sabía que Carmen tenía que ser entregada hoy?* Descolgué varias veces por si la línea no iba. La octava vez que lo hice sonó nada más colgar.

—Disculpe el retraso, ¿estaba usted pegada al teléfono?

—¿Usted qué cree?

—De acuerdo, he aclarado algo. Efectivamente una mujer vino a recogerla a eso de las seis. La niña la reconoció y se fue con ella. Seguramente le contaría algo para que se marchase con ella. Pero la primera impresión es que conocía bien a la mujer, las cuidadoras dicen que no huyó de ella, sino todo lo contrario.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunté exasperada.

—Me han comentado que tenía el pelo corto con algún mechón gris. Sus ropas eran más bien pasadas de moda, una de las chicas me dijo que parecía un monja y que sus modales era muy refinados, como si perteneciese a la nobleza.

Sospeché de quien podía tratarse...

—¿Tiene alguna idea de quién podría ser?

—Ni idea. Pero ahora debo dejarlo por si puede averiguar alguna pista más, por favor, se lo suplico.

—De acuerdo. Trataré de preguntar a todo el personal. Si averiguo algo

nuevo la llamo. Avisaré a la policía por si sirve de algo. De veras que lo lamento, personalmente haré lo imposible para dar con ella.

Colgué el teléfono sospechando quién se había llevado a la niña. No tenía ni idea de por qué esa persona no me había dicho nada al respecto. Era alguien que me había prometido en nuestra última conversación que la encontraría.

Marqué el número de su móvil y salía apagado o fuera de cobertura. Encima esto, vaya broma más macabra. Volví a repetir la llamada, fue inútil. Cogí de nuevo mi bolso y otra gabardina seca y me fui en busca de mi hija a Oxford.

Scottwold, así se llamaba la mansión señorial que ahora era íntegramente de mi cuñada, estaba situada en el corazón de la campiña inglesa. Se encontraba a pocas millas de Oxford al este, Gloucester al oeste, Stratford-upon-Avon al norte y Bath al sur. La *Country house*, como llamaban los ingleses a estas nada modestas casas señoriales, estaba construida íntegramente en piedra de color miel contrastando con las espumosas llanuras tapizadas por un manto de miles de tonalidades verdes, desde el más intenso al más liviano. Para muchos *Scottwold* era una pequeña maravilla de la arquitectura isabelina tardía. Tenía tres plantas distinguidas por sus gabletes holandeses festoneados con monos y demás criaturas inverosímiles para la época en que se construyó. La fachada principal daba la sensación de estar construida enteramente en vidrio, debido a los numerosos y amplios parteluces que fueron la revolución de la época. La última planta también estaba a oscuras, era demasiado tarde para que mi cuñada no hubiese encendido las luces. Tan solo el resplandor proporcionado por un candelabro emitía una tenue claridad a través de las ventanas de la enorme galería que apenas iluminaba las nueve estatuas de las virtudes con capa romana que salpicaban

la fachada de la última planta. Sentí un escalofrío. Aquellos seres tenían una apariencia fantasmagórica iluminados con la luz de las velas.

Debía haberse ido la luz porque las farolas de la fachada delantera también estaban apagadas, ahogando el color de las flores y el césped del jardín del patio de entrada. Mi coche iluminó la planta baja en forma de E. No había luz ni en las cocinas, las despensas, los elegantes salones y los comedores. Detuve el vehículo de manera brusca y alcé la vista hacia la primera planta, tampoco había luz allí, no sabía qué podía significar que ni siquiera hubiese luz en las habitaciones, ni en la biblioteca. A Alison le encantaba pasar horas acariciando y embutiéndose del olor de los viejos volúmenes del siglo XVII.

Estaba anocheciendo. Llamé a la puerta y me di cuenta que no funcionaba el timbre. Empujé la puerta y descubrí que estaba entornada, me colé con facilidad en la casa señorial donde se había criado Robert. De estar en alguna parte estarían arriba, en la gran galería de más de sesenta metros. Robert me contó que de pequeños cuando hacía mal tiempo y no podían salir fuera a jugar, algo bastante a menudo para convertirse en rutinario, jugaban a lo largo de aquella galería que ocupaba toda la última planta del edificio. Agudicé el oído y no escuché carreras o risas. El silencio lo inundaba todo. La oscuridad casi podía palparse. Estaba segura que Alison había conseguido llevarse a Carmen por pura casualidad. Habría ido para apretarle las tuercas al director y se había encontrado con que Carmen ya estaba en ese centro esperando para ser recogida. Solo tuvo que hacerse pasar por mí para conseguir que le diesen a la niña. Pero por qué había hecho eso en vez de llamarme... Fuera como fuese todo había salido bien, Carmen estaba a salvo.

Las habitaciones se comunicaban una con otra sin pasillo ni corredores de acceso como era costumbre en la época. La última planta sí tenía pasillos, así que no sabía con qué me iba a encontrar cada vez que pasaba a una nueva

estancia. Tendría que atravesarlas todas hasta llegar a las escaleras que subían a las plantas superiores. No se escuchaba un alma. La casa se volvía terrorífica a cada nuevo paso. Las pisadas sobre los antiquísimos suelos de madera advertían de mi llegada a cada nueva habitación a la que accedía, como maleducados anunciantes de mi presencia en la casa. Por el contrario, yo no sabía dónde estaban los habitantes del lugar, no quería dejar prueba manifiesta de dónde me encontraba pero las ruidosas pisadas me delataban. Tras franquear la tercera habitación empecé a ponerme nerviosa. Aquello no me gustaba. De repente, me pareció escuchar un grito ahogado desde arriba, se me heló la sangre. Estaba completamente segura que había sido la voz de Carmen. Corrí hacia las escaleras de acceso a la planta superior. Aquellas escaleras eran la boca del lobo, su negrura solo era comparable a la de un túnel en mitad de la noche, la oscuridad era total. Rebusqué en mi bolso el móvil. Pulsé el botón de la aplicación, a priori inútil, y apareció una linterna en la pantalla del smartphone. Alumbré satisfecha las escaleras de ascenso. Era uno de esos escasos momentos en que agradecía los ratos de aburrimiento consultando las aplicaciones gratuitas de internet.

¡Carmen! —grité con todas mis ganas, pero nadie respondió. *¿Qué significaba eso? ¿Estaban Carmen y Alison en peligro?*

Introduje la mano en el bolso de piel. A pesar de los muchos objetos y fruslerías que llevaba dentro localicé la pistola al instante. La coloqué en mi cinturón, esta vez sin el seguro echado. Pensé que tal vez un ladrón o un agente del gobierno las había seguido y las habían sorprendido. Tal vez habían apagado la luz para poder esconderse de él. Una furia irrefrenable se apoderó de mí, dejando de lado el miedo. Ingenua, a pesar de lo vivido, me adentré en la infinita negrura de la mansión señorial pensando conocer a mi enemigo...

Conforme subía las escaleras me pareció que no conducían a ninguna parte.

En el peor momento me acordé de aquel horripilante documental sobre la casa victoriana Winchester en California. De aquella casa decían que estaba embrujada y que los numerosos recovecos y habitaciones no garantizaban al que la visitaba que pudiese volver a encontrar la salida y salir con vida. Miré hacia atrás y eché un último vistazo a las oscuras estancias inferiores, sumergiéndome en la negrura superior. Esperaba saber regresar a oscuras puesto que no había accedido a las plantas superiores más que en dos ocasiones, de día y acompañada de Robert.

Los escalones de madera seguían crujiendo al pisarlos demostrando su solera y antigüedad, ni siquiera la alfombra burdeos que los vestía, amortiguaba mis pisadas. Me así fuertemente a la gruesa baranda de roble y comencé el ascenso. Algo dentro de mí me coartó a que volviese a gritar llamando a Carmen. Quien fuese que estuviese allí acechando y esperando en la oscuridad, ya sabía que yo estaba dentro. La inconsciente voz llamando a mi hija fruto de la desesperación sería reclamo para cualquiera que se encontrase en alguna de las cuarenta y tantas estancias aguardando mi llegada. Llegué a la primera planta y no observé a nadie, ni una leve penumbra se reflejaba en las paredes del pasillo. Miré hacia arriba y contemplé el titilar de una luz cálida como de velas. La claridad provenía de una de las torres octogonales de la mansión. De nuevo silencio absoluto, parecía estar sola pero sentía, casi palpaba, esa sensación por la que sabes que hay alguien más. Era consciente de que en cualquier momento podría toparme con algo que no me gustase. Tenía que encontrarlas. Acaricié el arma con las yemas de los dedos. Debía ser cauta, Carmen estaría por ahí también, debía usar la pistola solo en caso de emergencia. Fui subiendo uno a uno los escalones con la misma sensación que el reo al dirigirse al patíbulo, conocedora de que debía aceptar mi destino de la forma más honrosa, aunque me temblasen las piernas y quisiese poner pies en polvorosa.

Las manos me sudaban y sentía que los nervios me helaban las extremidades. Tenía que encontrarla... Si empezaba a revisar todas las estancias desde la última planta hacia abajo podría determinar si estaban allí o si mi cuñada había huido con Carmen a otro lugar. Era muy raro que no me hubiese respondido al teléfono, así que decidí llamarla de nuevo cuando llegué arriba, tal vez el asaltante tendría el móvil y podría escuchar dónde se encontraba acechándome.

Para marcar el número tuve que cerrar la aplicación del iphone. De nuevo totalmente a oscuras. Abrí los contactos y deslicé el dedo sobre su número. Al instante el teléfono sonó tras de mí. Me sobresalté por la cercanía, y al darme la vuelta la vi: el rostro desencajado, la mandíbula entreabierta, las ojeras ensombrecían más aún su rostro casi demoníaco en medio de la penumbra. Portaba algo en su mano, pero al verme lo escondió. Mi dedo se deslizó prestigiditadoramente sobre la aplicación de la linterna y la estancia se iluminó.

—¡Uf! ¡Menudo susto me has dado! —exhalé. Mi cuñada continuó callada frente a mí. Decir que su rostro me acobardaba sería mentir, me causaba pavor. Su mirada emitía una siniestra calma que pocas veces había visto en una persona— te he llamado y no contestabas...

—¡Calla! ¡Putá!

—¿Cómo? —protesté descolocada. Todos los pelos del cuerpo se me erizaron. ¿A qué venía eso?— ¿Dónde está Carmen? —pregunté casi repuesta de la impresión.

—No la volverás a ver —sentenció.

Creí que me mareaba y los oídos empezaron a pitarme por la presión sanguínea que subía de golpe a mi cabeza al analizar las palabras que esa loca me había proferido.

—¿Qué le ha pasado a Carmen? ¿Por qué te la has llevado? No entiendo nada. —espeté, tratando de dialogar de nuevo, tenía que reconducir la situación. Me imaginé lo peor.

—Vas a pagar tantos años de sufrimiento, tantos años de amor en secreto por Robert, mientras tú te pavoneabas de su brazo rechazándolo como si fuesen las sobras de algún banquete mejor que te estuviese esperando. Tú, hija de puta, lo dejaste morir solo, te desentendiste en cuanto conseguiste lo que querías. ¿Creías que te ibas a salir con la tuya e ibas a ganarlo todo? ¡NO! Yo sufro, tú sufres, así de simple. Yo no veré más la cara de Robert, tú no verás más a Carmen! —gritó abalanzándose sobre mí con un cuchillo de cocina en la mano, el mismo que usaba para matar los patos y descuartizar a las gallinas para después cocinarlos.

Di un paso atrás y esquivé el envite. Rápidamente se dio la vuelta para embestirme de nuevo. Pero lo que vio la detuvo momentáneamente. Después, fuera de sí, continuó aproximándose a pesar de ver la pistola en mi mano. Ciega de rabia saltó sobre mí. Caí de espaldas y el sonido de la pistola al disparar me ensordeció un instante. Sentí una punzada en el hombro, me había pinchado.

Me deshice de su cuerpo inmóvil lanzándolo a un lado. Mi ropa se había teñido de sangre. Le había dado de lleno en la boca del estómago. Mi herida también sangraba bastante, sentí la sangre correr y busqué el móvil que había caído contra la pared de la galería. Tenía que encontrar a Carmen, solo esperaba que aquella loca no... Mejor no pensarlo. No podía pararme a pensar que había matado a una persona, debía ser fuerte.

Caminé dando trompicones hacia el cálido resplandor que provenía del interior del torreón. La puerta estaba cerrada. La empujé, pero no había nadie dentro, tan solo un candelabro plateado apoyado sobre el suelo. Grité el

nombre de Carmen por tres veces. No hubo respuesta, creí que me empezaría a volver loca si no obtenía una respuesta pronto. Empezaba a desesperarme cuando una vocecita me respondió desde dentro del armario.

—¡Mami! ¿Eres tú?

—¿Carmen? —grité y me dirigí hacia donde provenía la voz: un armario empotrado con cerradura. Empujé y traté de abrir la puerta pero era imposible. Después pensé que esa bruja loca llevaría la llave consigo. Tenía que volver hacia el pasillo y buscarla en alguno de los bolsillos de su ropa—. No te preocupes Carmen, mi vida, enseguida vuelvo, voy a buscar algo con qué abrir la puerta.

—¡Mami, mami, no te vayas! ¡Volverá! —gritó angustiada con voz queda desde el interior del armario.

—No te preocupes, ya no volverá. No te muevas de ahí —le ordené tontamente. No podía salir de ahí aunque quisiese, pero era la costumbre.

Deshice mis pasos hasta la entrada del torreón. Miré hacia el pasillo y allí estaba su cuerpo inmóvil en el suelo como un muñeco tirado. Caminé aprisa hasta ella. Empecé a tantear sus bolsillos pero no había rastro de la llave. Al fin observé alrededor del cuello una cadena. Tiré de ella y apareció el deseado objeto. Empecé la difícil tarea de arrebatarla al cadáver. La cadena era estrecha, tendría que rodear el cuerpo para poder desabrochar el cierre. Traté de barajar la posibilidad de arrancársela de un tirón, entonces de repente una mano me sujetó del brazo con fuerza. *¡No había muerto!*

Grité de puro pánico por el sobresalto, busqué la pistola con la mirada pero no podía alcanzarla desde allí. Tiré fuertemente de la cadena y se desprendió del cuello con facilidad. Ya tenía la llave. Le golpeé con el puño cerrado en la cara y volvió a desmayarse. *¡Había que salir de ahí!*

De nuevo en la habitación recé porque fuese la llave que abría aquel armario. No podía perder más tiempo. Esa sicópata estaba viva, y me había dado cuenta que no tenía la sangre fría de matarla a quemarropa. Carmen y yo debíamos escapar. Introduje la llave y traqueteé un instante hasta al fin la puerta cedió y se abrió. Una Carmen asustada y temerosa se lanzó a mis brazos.

—¡Mami! ¿Qué ha pasado? La tía me dio un zumo y ya no recuerdo nada más hasta que desperté en el armario.

Sonreí aliviada, Carmen seguía viva y no había sufrido malos tratos.

—Cariño, debemos irnos... Tu tía... es peligrosa. Está enferma y no sabe lo que hace. Hay que marcharse enseguida, sígueme —la apremié, tras volver a abrazarla.

Debido a lo precipitado del rescate había olvidado recoger la pistola del suelo. Ahora que debíamos pasar al lado del cuerpo de Alison, me arrepentí sobremanera de no haberlo hecho.

Debes pasar con mucho cuidado cerca del cuerpo de tu tía, no mires. Ha tenido un accidente y está herida, ya viene la ambulancia. Carmen llevó el candelabro para ver mejor y corrió a asomarse...

—¡Mamá, ahí no hay nadie! —anunció, haciendo que cada gota de sangre de mi cuerpo se helara.

—¿Cómo? —pregunté asomándome. La niña tenía razón, solo había una mancha negruzca sobre la alfombra. Escaneé el suelo con el haz de luz del móvil y... la pistola también había desaparecido. Ahora sí que la habíamos hecho—. Me temo que no podemos salir por ahí, Carmen.

Mi hija se quedó pensativa y acto seguido me pidió que la siguiera.

—Mamá, recuerdo que un día papi me enseñó un pasadizo secreto. Por lo

visto una abuela suya de hacía muchísimos años construyó un camino secreto para huir en una guerra.

—¡Qué bien! Una aventura! ¡Muéstramelo! Papá se olvidó de contármelo a mí.

La figurita resuelta de Carmen, vestida con un raído vestido beige y sin lazos en su cabeza rizada, iba dirigiéndome hacia la parte posterior de la mansión. Cuando parecía que el pasillo lateral se terminaba, Carmen apoyó sus manos en un aplique de luz, y una especie de trampilla se hundió tras de mí. Corrimos a aquel estrecho habitáculo de poco más de medio metro. Alumbramos y comprobamos que unas zigzagueantes escaleras descendían tras las falsas paredes de la parte posterior de la casa.

—¡Ve tú primera! Yo voy tras de ti.

Me empecé a agachar cuando ya no se veía la cabecita de Carmen al descender, era mi turno. El choque de una bala clavándose en la pared más cercana me sorprendió. Alison estaba apoyada en la esquina, que se mantenía en pie a duras penas, a pesar de su herida mortal, estaba decidida a llevarme al otro mundo con ella. Al segundo disparo yo ya había cerrado la trampilla. Comenzamos a descender con cuidado, pero a toda prisa. Las escalinatas estaban repolladas de polvo y moho. Escuchaba crujir fuertemente los listones podridos que se tambaleaban bajo el peso de la pequeña. Si alguno cedía y se partía por mi peso, yo caería sobre ella y no pararíamos de caer hasta abajo del todo, partiéndonos el cuello con total seguridad. Los bichos que habitaban allí se retorcían molestos contra la pared cuando los rozábamos o la luz incidía en sus repugnantes cuerpecitos. Otro estruendo sobre nuestras cabezas y después otro más. Dos disparos fallidos desde la entrada al pasadizo. Conté las balas, solo quedaban tres. Era un milagro que en un habitáculo tan estrecho no hubiese acertado.

—¡Mami tengo miedo! —me comunicó mi hija deteniendo su descenso.

—No te preocupes cariño. No te detengas, aunque mami no te siga, no pares hasta llegar fuera, si logramos llegar abajo podremos escapar por la puerta principal —la tranquilicé, pero le apremié en la espalda para que continuase.

Otro disparo se clavó en el escalón que mi pie acababa de abandonar. Cuatro, cinco, solo le quedaba uno. Si disparaba y me alcanzaba todo estaría perdido, pero si no lo conseguía, estaríamos salvadas. Alison aporreaba la trampa infructuosamente, yo la había bloqueado desde dentro. La puerta tenía un cerrojo para que en caso de evacuación nadie pudiera perseguirte.

El último disparo sí acertó. Mi teléfono móvil salió despedido por los aires. Cayendo estrepitosamente hasta la planta baja. Carmen me miró angustiada.

—No te preocupes, no tiene más balas —anuncié— ya queda poco... ¡Sigue!

Escuché lanzar la pistola contra el suelo, ya no le servía. Ahora las fuerzas estaban más equilibradas. Ella estaba herida de muerte y yo tenía que correr con una niña.

Llegamos hasta una estrecha portezuela de metal. El oxidado cerrojo había aumentado de tamaño y no quería abrirse. Lo intenté con todas mis fuerzas, parecía inútil. Me acordé del candelabro y golpeé el cerrojo con su base, que terminó cediendo. Tras empujar la puerta bloqueada aparecimos en la cocina. Recordaba el camino desde allí hasta la salida, menos mal. Recogí el destrozado móvil del suelo. La pantalla estaba agrietada en millones de pequeños cristalitos, pero todavía tenía la lucecita azul que indicaba que estaba operativo.

Como dos exhalaciones dejamos atrás ollas, cacerolas y enseres minuciosamente colocados sobre los antiguos fogones a leña. Dos habitaciones más y estaríamos a salvo. Corrimos deprisa hacia la puerta de salida, arrasando con todo lo que encontrábamos a nuestro paso. Cuando llegamos al hall desde el lateral izquierdo, mi cuñada bajaba por la colosal escalera, medio a rastras. Era increíble la fortaleza de esa mujer. Nos dirigimos raudas a la puerta de salida, recordaba que estaba entreabierta. La abrí y lancé a Carmen al inquietante exterior. Sentí entonces que una mano poseída me agarraba del pelo.

De una patada logré cerrar la puerta principal, dando un portazo. Carmen se volvió y gritó mi nombre, no podía dejarla entrar, estaba fuera, al menos había logrado que aquella abominación no pudiese atraparla. Caí al suelo de espaldas consciente de que en esos instantes me jugaba mi vida y la de mi hija. Alison saltó sobre mí y quiso sacarme los ojos de sus órbitas con sus uñas. Yo traté de resistirme, pero aquella maníaca tenía una fuerza descomunal. Su herida parecía no dolerle. El cuerpo es sabio y la adrenalina que recorría su cuerpo actuaba de analgésico natural, quedando yo en desventaja. Me agarró con las dos manos por el cuello para estrangularme, con tal violencia que me mareé casi al instante. Busqué algo en el suelo, pero no llegaba a nada. El candelabro había caído junto a la puerta y amenazaba con incendiar la puerta de acceso y las cortinas de al lado.

En pocos segundos mi visión comenzó a nublarse, haciendo que cada vez opusiese menos resistencia, iba a morir en breve. Sentí un hormigueo por todo mi cuerpo, me estaba durmiendo, y si... tan solo me dormía. Ese pensamiento cobarde se disipó. No iba a tirar la toalla. Pensé que tal vez esa era precisamente mi última oportunidad solo sería mi última oportunidad, decidí entonces que me haría la muerta.

Relajé mi cuerpo y ordené a mi cerebro que no mandase órdenes contrarias para que gastase el poco oxígeno que me quedaba presa del pánico. En cuanto mi cuñada observó que no ofrecía resistencia fue aflojando las manos, permitiendo que un leve torbellino de aire entrase por mi garganta. Aproveché ese instante de confianza y abrí los ojos de golpe. Pude observar su cara de sorpresa bajo la rojiza luz del fuego que empezaba a devorar las primeras cortinas. Entonces hice lo que más podía dolerle: golpeé con mi puño la boca de su estómago haciendo que la herida se abriese más y la bala se alojase más adentro, en sus entrañas. Bramó de puro dolor y cayó hacia atrás profiriendo un insulto. Me incliné hacia un lado y alcancé el candelabro que había provocado el fuego. En ese momento, Alison sacó un pequeño abrecartas y trató de clavármelo en la yugular, la esquivé y le propiné el golpe seco más bestial que pude en la nuca. Su cuerpo cayó hacia adelante y ya no se movió.

Me giré hacia la puerta. *Por fin libre* —pensé—. Entonces me percaté que las llamas estaban dando buena cuenta de la puerta, imposible abrir.

—¡Mamá!

—¿Está bien? —preguntó otra voz desde fuera.

—Aquí hay un hombre —anunció la preocupada voz de Carmen.

—Ya salgo, cariño. En pocos minutos todo el hall estaba ardiendo. Aquello era un infierno.

¿Iba a morir achicharrada después de todo? —me dije. Empecé a oler a pelo chamuscado, tenía que salir de ahí inmediatamente.

Entonces, una ventana cercana a las estancias del ala este saltó por los aires y una sillita de niño de esas que llevamos en el coche entró en la casa.

—¡Señora Scott! —Gritó una voz familiar— ¡Por aquí!

El hombre tuvo que retirarse rápidamente para no intoxicarse con todo el

humo que se había estado reteniendo y ahora salía por ahí. Me agaché, casi arrastrándome a cuatro patas, para no aspirar el humo tóxico hasta la ventana. Pude alcanzarla, casi sin fuerzas, entonces me asomé y unos brazos fuertes me auparon ayudándome a salir.

—¡Corra Sara, debemos salir de aquí! ¡La casa está ardiendo!

—Pero... ¿cómo? ¿Qué hace usted aquí?

—Más tarde se lo explicaré.

Corrimos hasta su coche que estaba aparcado junto al mío. Una vez dentro besé a Carmen cientos de veces. Estábamos salvadas... El coche arrancó y vimos las altísimas llamaradas que lo devoraban todo hasta la tercera planta de la lujosa mansión colonial.

El señor Kennington llamó a los bomberos y a la policía. Entonces temí lo peor: *ahora era cuando me quitaban a mi pequeña*. Paranoica perdida estaba ya dispuesta a saltar del coche en marcha cuando Mike me sonrió desde el asiento del conductor.

—No tiene de qué preocuparse. Cumplió con su parte del trato. Carmen es su hija oficialmente. Tardaremos algunos días en formalizarlo todo y darle el pasaporte para que puedan salir del Reino Unido.

Sonreí feliz, no podía creerlo. ¡Salvadas! Nos abrazamos y lloré todo el camino hasta que perdimos de vista la colosal cortina de humo iridiscente. Carmen se quedó dormida enseguida por la tensión y el miedo vivido. Echada sobre mi pecho que apestaba a humo, la miré satisfecha: había merecido la pena.

—No me ha contado cómo sabía que estábamos en Oxford —pregunté inquisitivamente.

—¡Veo que aún no se fía! Verá, muy fácil. Tras hablar con usted, las cosas

no me cuadraban. Entonces decidí revisar las cámaras de seguridad del centro y efectivamente la mujer que aparecía a recoger a Carmen no era usted. Me quedé estupefacto, por un momento creí que el gobierno nos la había jugado a los dos. Cuando aproximamos el rostro de la mujer con el zoom, descubrí que me sonaba mucho su cara. Decidí enviarle una copia a mi mujer y, en efecto, ella me confirmó quién era —se detuvo antes de incorporarse a la carretera nacional—. Mi esposa es psiquiatra. Hace un par de años me comentó un caso de una mujer de buena familia que vivía obsesionada con otra mujer de su propia familia. Hasta el punto que mi mujer le requisó cientos de fotos y dibujos grotescos en los que asesinaba a esa persona. Estuvo a punto de denunciar el caso, pero de repente un día admitió su enfermedad, prometió tomar la medicación y no volvió por la consulta. Mi esposa creyó que al pertenecer a una familia tan adinerada habría buscado otro médico. Pero nada más lejos de la realidad. Cuando me lo confirmó, atamos cabos: su cuñada iba a matarla y por eso se había llevado a la niña. Había estado esperando todo ese tiempo para llevar a cabo ese siniestro plan. Le pedí la dirección a mi esposa y corrí todo lo que pude...

—Por suerte llegó usted a tiempo, muchas gracias —dije cerrando los ojos y durmiéndome en el asiento, ahora necesitaba olvidarlo todo. Tal vez... ¿Ser feliz?

A veces es necesario sentir que no estás vivo para reaccionar y darte cuenta de que el tiempo que nos queda no es para malgastarlo.

Pasó una semana hasta que todo estuvo listo. Estuvimos tan atareadas que casi olvidé la fecha que se aproximaba... Estaba tan feliz por poder dejar atrás ese país que olvidé por completo la fecha en la que nos encontrábamos. Mañana sería probablemente el día más triste de mi vida. Hasta que no fue de noche, cuando todo lo imprescindible había sido metido en cuatro maletas y el resto de la mudanza ya había salido camino de España en dos camiones a las cuatro de la tarde, no recordé la fecha que se cernía sobre mi condenada existencia.

Había sido una semana frenética. Gracias al señor Kennington pudimos acabar todo el papeleo con celeridad, el buen hombre respiró aliviado cuando dejamos el centro de menores. Carmen me miró emocionada cuando salimos.

—¡Mami! Ya es para siempre, ¿verdad?

—Sí, hija. Para siempre... Te prometo que siempre estaré a tu lado y te ayudaré en todo.

—¡Biiien! Las niñas decían que me habías abandonado y que no te acordarías de mí. Esta mañana les dije que tú siempre cumples tu palabra. ¿Nos vamos para Málaga?

—Por su puesto, mi amor. Donde tú quieras.

Tuve que contarle al día siguiente lo de la enfermedad de Robert. Estuvo muy callada durante los siguientes días, pero al final volvió y me dijo que lo

había comprendido y que le tiraría besitos hasta las nubes donde estaba descansando.

Yo aún miraba dos veces a la calle cuando salía de casa. Mi recelo era comprensible, media ciudad me había perseguido durante las dos últimas semanas. Envié al mercado de *Portobello* todo lo que pude para vender. Las antigüedades no eran lo mío. El dinero que obtuviesen sería para los sin-techo de Londres. Los anticuarios de la zona estuvieron muy complacidos al ver las piezas de las que me desprendía.

Scottwold ardió hasta las entrañas. Se perdió todo. Evidentemente el cadáver de mi cuñada no fue encontrado. Imposible bajo toneladas de los valiosos escombros del palacio del siglo diecinueve, una verdadera lástima por ser una joya arquitectónica de la época victoriana. Aún no sabía nada del seguro, pero decidí que el dinero sería empleado para los estudios superiores de Carmen.

La noche antes de volver, mientras me untaba algo de crema sobre mi cuerpo para hidratarlo y Carmen roncaba a pierna suelta, comprobé la fecha impresa en las tarjetas de embarque: 20 de agosto.

¿De qué me sonaba esa fecha? —recordé irónicamente—: La maldita boda de Javier.

Mañana a estas horas ya estaría felizmente casado con una novia perfecta a la que tal vez no amaba, o al menos, no amaba tanto como a mí. Cualquiera no coge un avión hasta Londres a pocos días de su boda en busca de otra mujer, su primer amor... Yo había sido una imbécil, y ahora lo pagaría el resto de mi vida. Había estado sometida a tanto estrés y presión que no supe encontrar una manera de indicarle que le estaba mintiendo, que lo amaba con toda mi alma. Me lamentaba de no haber sido capaz de haber encontrado la manera de retenerlos a los dos, al menos uno de ellos estaba conmigo.

Hice un último intento de cambiar mi vuelo, nuestro avión de British aterrizaba en Málaga a las 18:15. Demasiado tarde, la boda era al mediodía. Traté de buscar decenas de webs por si vendían tickets de última hora para la Costa del Sol. Mi desesperada idea de coger un avión más temprano para llegar antes de la boda fue inútil. Todos los aviones de la mañana iban llenos. Era la época turística más fuerte y a los británicos le encantaba mi tierra. Después de marearme de portal en portal de internet apagué el Ipad tirando la toalla.

De todas formas era inútil. Javier me odiaba tras escuchar todas las mentiras que le había gritado para protegerlo. Al igual que una de esas protagonistas perfectas en sus eternos veintitantos de las películas de la sobremesa, podría correr hasta el altar y gritar que lo amaba con toda mi alma, que no podría vivir otra vida sin él, que le había mentido por protegerlo; pero ese no era mi estilo, ni esto era una película, esto era la vida real. Su prometida no tenía la culpa, aquella pobre muchacha no podía reducirse a un mero daño colateral. Ella también lo amaba y yo no tenía derecho a destrozarle la vida. Apagué la luz y lloré por cada paso que Javier daría hacia el altar y a su vez se alejaría de mí. Lo imaginé tan guapo vestido de chaqué... Cuanto más se alejaba yo me enganchaba más a él.

¿Podría sobrevivir viviendo a su lado? —pensé resignada y medio dormida. Estaba segura que no. Menos aún después de haber vuelto a probar el olor de su cuerpo, las caricias íntimas de sus manos, las sensaciones que despertaban sus besos apasionados húmedos. Al menos trataría de vivir allí un tiempo. Después nos mudaríamos. Sería insoportable ver a la morenaza enganchada a su cuello todo el día. Llegaría a ser enfermizo escuchar tras las paredes...

El vuelo 4609 de British Airways llegó un poco retrasado, veinte minutos.

Cerca de las siete; ya no tenía esperanzas... Cuando salimos por las llegadas, Carmen corrió a los brazos de mi hermana y saltó de alegría al ver a sus primos. Ese era mi regalo, ese era el tesoro que Robert me había dejado: Carmen. Sonreí con cierta melancolía al comprobar cómo una idiota que Javier no estaba allí. Pero... qué esperaba...

Mi hermana reconoció mis ojos cargados enseguida. Saludó a Carmen con un cariñoso abrazo, la cogió en brazos y me miró pensativa, reconociendo el dolor que llevaba dentro.

—Cariño, no te preocupes, ya pasará —susurró al oído abrazándome.

Mi cuñado, que la acompañaba, creyó que lloraba por la emoción de haber vuelto a casa. Ese lenguaje casi telequinésico entre dos mujeres era imperceptible para los hombres, pero mi hermana sabía perfectamente cómo me sentía.

—Sabes si...

—Sí. Me temo que hoy había cierto revuelo por el barrio. No he ido a verlo, pero sé que alguna boda ha habido. Las campanas han repicado a eso de las dos de la tarde. —relató mi hermana secándose las lágrimas e indicándole a su marido que se aligerase y cargase con mis maletas.

No era justo, pero como ya dije al principio de mi relato: la vida es todo menos justa. Y menos conmigo. No volvería a regañarle a mi destino por tirar por el camino más difícil y robarme las mieles de la felicidad. Tal vez si hubiese hecho las cosas de otro modo, tal vez si hubiera regresado antes y hubiese luchado por su amor, tal vez si... tal vez...

Me sentí tan miserablemente triste que nada más soltar las cosas cogí el coche para marcharme. Cuando yo salía llegaban mi hermana mayor y mi madre. Las saludé con la mano desde dentro del vehículo y aceleré dejándolas

allí como dos pasmarotes.

¿Por qué? ¿Por qué había sido una cobarde? ¿Por qué no pude retenerlo? ¿Por qué siempre había mirado antes por los demás que por mí misma? ¿Por qué...? —Pregunté gritando al cielo a la vez que el aire *terral* se colaba a toda velocidad por la ventanilla mientras atravesaba la autovía.

No sabía dónde me dirigía, no sabía qué hacer ahora que todo había terminado... Había perdido el rumbo. Ya creía haber pasado el capítulo de morir de amor por una persona, que me costó una década encerrar. Me encontraba de nuevo en el mismo punto. Miré de reojo las barreras laterales de la carretera cuando cruzaba el puente elevado sobre el río. Era demasiado cobarde para siquiera suicidarme. No lo habría hecho de todas formas por la niña, le prometí que siempre estaríamos juntas, un juramento vital que mantendría, por encima de todas las cosas.

Recorrí varios kilómetros llorando amargamente, totalmente desfasada. Tantas lágrimas se acumulaban en mis ojos que empecé a ver borroso. Busqué un pañuelo por el coche, pero no tuve más remedio que secarme con la parte baja de mi camiseta. Cuando conducía acercándome a la zona de *Pedregalejo* sentí de nuevo ese aroma a marisma intensa. Ya eran pasadas las ocho y media, pensé que podía aparcar allí el coche y caminar por la playa. La mayoría de los turistas ya se estarían marchando. Tal vez acabaría con mi vida como la protagonista de *The awakening*, arrojándome al mar y dejando que sus saladas aguas me abrazasen hasta que fuese demasiado tarde.

Cuando llegué al paseo marítimo todavía había algunas familias en la playa. Sentí la necesidad imperiosa de tocar el agua. Comencé a caminar en dirección al atardecer, descalza y medio cegada por el anaranjado sol, que ya estaba muy bajo. El agua cálida me rozaba de manera deliciosa. La espuma se metía por en medio de mis dedos, y la suave brisa comenzaba a mecer mis

cabellos que observaban divertidos cómo miles de gotitas se pegaban a la parte de mis piernas que quedaban al descubierto debajo de mis shorts.

Al fondo vi el espigón, aquel en el que me besó, aunque no con la intención que yo hubiese querido. Decidí ir allí a regodearme en mi sufrimiento. Tal vez un empacho de amargura me ayudase a salir del pozo. Un baño en aquella zona sin ser molestada tampoco vendría mal.

Conforme me acercaba vi a alguien en el espigón, se me habían adelantado y ya no habría baño privado. Decidí continuar caminando hasta el siguiente. Me detuve en seco al comprobar que había una pareja en el césped haciéndose fotos de boda. El corazón se me paralizó y me di la vuelta rápidamente hacia el primer espigón y el banco que ya estaban ocupados. Estaba muy nerviosa, a punto del colapso. No podía creer que fuesen ellos. Me había parecido pero... Tan solo había mirado un instante. Sabía que si giraba la cabeza podría asegurarme, pero eso me dolería más. De repente sentí que me moría de vergüenza. Necesitaba sentarme, ocultarme tras el banco. No podía imaginar nada más bochornoso que el hombre de tu vida estuviese haciéndose las fotos de su boda al lado de una princesita vestida en encaje blanco y aparecieras tú de repente como que pasabas por allí, en shorts, con la camisa churreteada y la cara roja como un tomate después de un atracón de llorar, patético.

Escuché las voces de los fotógrafos que recogían sus bártulos y se dirigían hacia donde estábamos. De un salto me oculté tras el banco. Por suerte ahora estaba vacío. Me agaché y miré a través de las rendijas del banco. Crucé los dedos para que no se dirigiesen hacia donde me ocultaba. A unas malas me tirarían al mar, aunque me ahogase. El agua estaba algo revuelta y podría acabar destrozada contra las rocas. Por suerte vi a las elegantes figurillas caminar junto a un restaurante e introducirse dentro.

¡A salvo! —pensé.

—¿Sara? ¿Eres tú?

La sangre se me heló y el corazón empezó a latir a mil por hora. Quise evaporarme y desaparecer de allí. Era imposible que de entre todos los lugares del mundo y las personas que habitan en él, me fuese a encontrar con esa persona, precisamente ese día.

—¿Sara? ¿Qué haces aquí? —preguntó la voz más maravillosa del mundo.

Me giré lentamente como en un sueño, al menos a mí me lo pareció. Los ojos iban a salirseme de las cuencas. Mi aspecto era parecido al de alguna de las locas que deambulaban con un carrito en busca de chatarra y tapones. Él, en cambio, vestía un elegante pantalón de smoking remangado hasta la pantorrilla y descubierto hasta sus pies mojados. Arriba vestía una camisa blanca desbotonada hasta la mitad, dejando al descubierto parte de su torso.

—¡Ho! ¡Hoola! Javier, ¿qué tal la boda? —pregunté bien sin saber por qué había hecho esa pregunta tan ridícula.

—¿Debería importarte? —Dijo con desdén acercándose hacia el banco. Tenía el pelo despeinado. La verdad que llevaba unas pintas algo descuidadas para estar celebrando el banquete de boda. —¿Qué diablos haces aquí?— suspiró.

—Llorar por ti. —respondí ya sin miedo en el cuerpo. Ya no había solución, qué más daba quedar como una panolis.

—¿Cómo dices? —preguntó extrañado.

—Mira, Javier. Te lo diré una vez para que te regodees si quieres. He llegado esta tarde desde Londres con una angustia en el estómago que casi hace que me tire al mar y me deje ir contra las rocas. Desde anoche he estado buscando vuelos para venir antes y poder presentarme en tu boda y tratar de decirte que me muero por ti y que te quiero más que a mi vida. Que todo lo que

te dije era mentira, era para salvar tu vida porque mi marido me involucró en algo peligroso y no quería que tú pagases los errores de mi vida. He llegado a mi casa y he dejado a todos los que han venido a recibirme con ilusión porque sentía que me asfixiaba, porque siento que me ahogo si no estoy contigo, a tu lado —paré para tomar aire, su cara era impasible, cada vez más blanca, pero ya lo soltaría todo—. Sé que viviré el resto de mi vida como un alma en pena porque sé que tú eres la mejor persona que podré encontrar en esta maldita vida que me ha tocado vivir. Eso ya lo supe cuando teníamos diecisiete años. Al igual que sé que te he recordado cada noche cuando me iba a dormir durante tantos años, el último pensamiento del día siempre era y será para ti. Entonces soñaba con volver a encontrarte y veía tus ojos en cada rostro con el que me cruzaba por las calles. Hasta mi marido comprendió que jamás podré amar a nadie más que no seas tú, que mi amor por ti era inquebrantable. Por eso cuando averiguó que estaba muy enfermo de cáncer compró la casa para tratar de arreglar lo que había destrozado, por eso trató de...

Mis palabras se ahogaron en sus labios. Javier me plantó un beso de amor desesperado, el hambre, el anhelo que sus labios me transmitieron fueron un ruego por alcanzar la felicidad que nos robaron. Como si de un catalizador se tratase, mi cuerpo comenzó a bullir y salté sobre sus piernas. Nuestras respiraciones entrecortadas por el ansia de besar al otro pronto nos empujaron a separarnos para poder respirar. Lo miré y estaba llorando. Un llanto silencioso y entrecortado como el llanto de un niño que ha perdido de vista lo que más quería. Lo atraje hacia mí.

—No te preocupes mi vida. Todo ha sido culpa mía, fui una cobarde. Siento el daño que te he hecho. Lo siento, no llores, amor. No pasa nada... Ella no tiene la culpa. Sé que es demasiado tarde. Lo entiendo... Estás casado. Nuestro destino es estar separados.

Entonces comenzó a reír.

—¿Qué pasa? —dije separando mi mejilla de su hombro con rubor. Pensé que se reía de mí.

Secó sus lágrimas con la manga de su camisa antes de hablar.

—No lloro por lo que tú crees. Lloro por lo que me has dicho. Por lo que yo también siento y no te he dicho nunca. Porque yo sí he sido un verdadero cobarde al no haberme plantado en Londres hace años y traerte de vuelta. Me he engañado tantas veces pensando que eras feliz, que era lo mejor para ti... Soy un idiota al no haberme dado cuenta que estabas fingiendo, que también te sacrificabas por mí, por mis sueños. Cuando el único sueño al que he aspirado en la vida es a estar contigo... Debo reconocer que hubo un momento que dudé, eres buena actriz.

—No podía hacer otra cosa, había demasiado en juego... ¿Por qué te has reído? No creo que la situación sea graciosa. Tu esposa debe estar buscándote, es el día de tu boda —dije separándome. Él me cogió por la cintura y me rodeó apretándome contra él.

—No creas que voy a dejarte escapar otra vez...

—Pero...

—¡No ha habido boda! Estoy soltero —rió a carcajadas.

Me quedé tan perpleja que cuando se acercó a besarme no pude responderle. Me tiró de espaldas en el banco y me besó por todo el rostro, lentamente, con delicadeza, mientras me explicaba lo sucedido.

—No ha habido boda, en parte gracias a tu hermana mayor —susurró.

—¿Cómo? ¿Por Magdalena?

—Sí. Resulta que esta mañana bien temprano se presentó en mi casa.

Extrañada, mi madre la hizo pasar. Me dijo que debía hablar conmigo a solas. Pensé que iba a contarme algo del pasado, de por qué nos separamos. Iba a decirle que ya no había nada entre nosotros cuando me contó a bocajarro que Susana me engañaba. Por lo visto había ido a tu casa a regar y limpiar un poco ya que sabía que regresabas. Escuchó risas y juegos de alcoba en mi casa. Pensó que era yo, pero se sorprendió mucho cuando vio asomado al balcón a otro hombre calvo en nuestro dormitorio. ¡El jefe del gimnasio de Susana! — aclaró con una media sonrisa—. Corrí a preguntarle y se atrevió a negarlo. Por suerte, tu hermana había hecho algunas fotos con su móvil mientras los dos se abrazaban y besaban en la terraza.

No imaginaba a mi hermana mayor de paparazzi. Conociéndola, debió ser algo muy desagradable para ella.

—Así que se suspendió la boda y desde esta mañana he estado vagando por todos los sitios a donde fuimos, recordando nuestra última cita. Tu hermana dejó caer que volvías pronto con la niña y que te quedarías aquí definitivamente... Deberías agradecerle a ella que no se haya celebrado la boda y que a estas horas no esté casado con esa niñata.

En cuanto viese a mi hermana le daría el abrazo que ambas llevábamos años buscando. Había resarcido el daño que me había procurado años atrás. Lo miré y dije:

—¿Vamos?

—¿Adónde?

—A disfrutar juntos de la mejor parte de nuestras vidas.

—Estoy de acuerdo, pero antes debo hacer algo.

Clavó su rodilla en el suelo y sacando un anillo del bolsillo me miró con ojos de ilusión.

—¿Qué haces?

—Lo que debí haber hecho hace mucho tiempo.

—Pero ese anillo no era para mí...

—Sí que lo es. Lo compré pensando en ti. Siempre ha sido para ti, Sara. Ahora calla o tendremos que esperar otro montón de años para poder regalártelo.

Me callé de inmediato mientras Javier me pedía que me casase con él. Por supuesto le dije que sí, jamás le dejaría ir, ni él me dejaría a mí.

Enlazamos nuestras manos con firmeza y fuimos caminando por la orilla recién comprometidos, con la luna como única testigo que bendijera nuestro amor, esta vez para toda la vida.

-FIN-